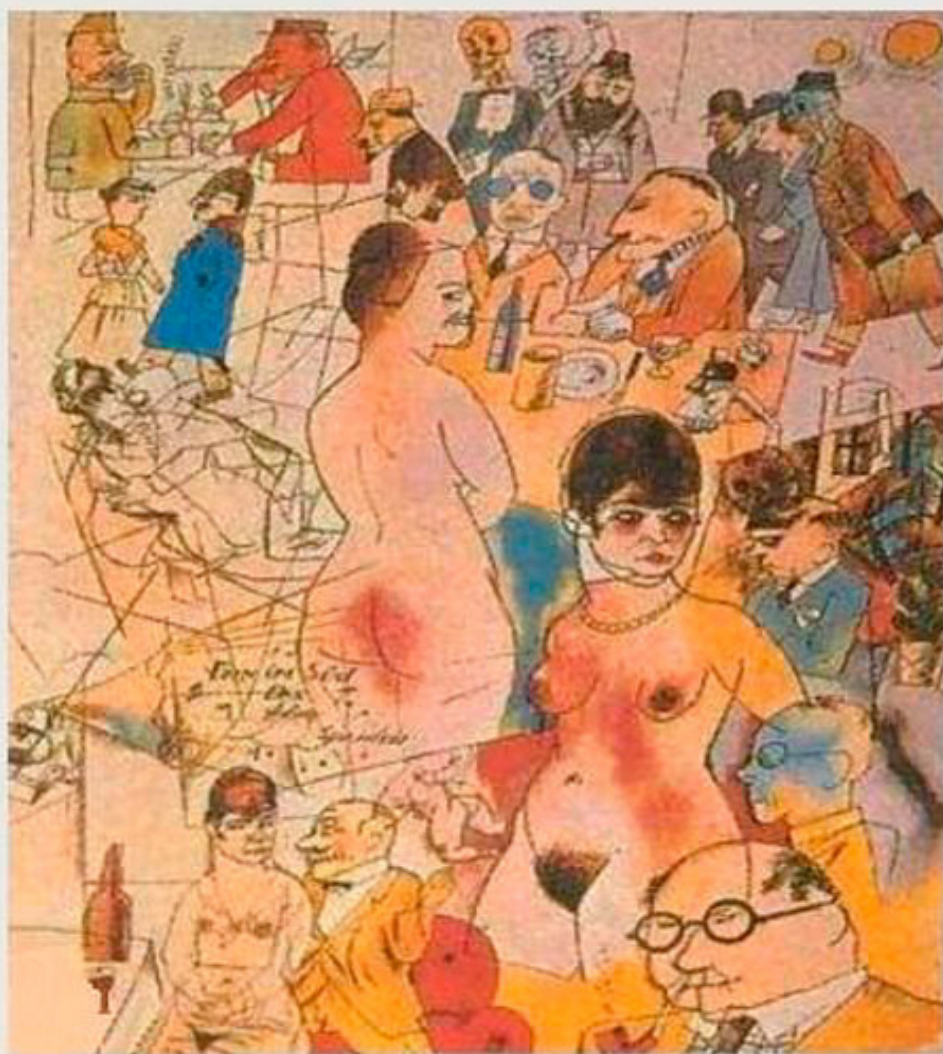


Francisco Umbral Memorias borbónicas

Una novela magistral
que narra la decadencia de todas
las aristocracias franquistas y la irrupción
de una «nueva derecha».



Crónica social, novela vivísima, acta literaria de este tiempo, *Memorias borbónicas* es una narración coral (con protagonistas muy evidentes) que recoge el sentir y el vivir de toda una alta clase centralista y privilegiada. Novela de postrimerías, el autor cronifica en ella la decadencia de todas las aristocracias franquistas y la llegada, agresiva y abrupta, de una nueva clase que no es sino, contra lo que esperaban muchos, una «nueva derecha» o derecha exquisita que viene a sustituir no sin crueldad al viejo paleo capitalismo de casi medio siglo.

Pero todo esto viene dado por Francisco Umbral no mediante el análisis social o político, sino muy vitalmente, en una novela de gran agilidad y riquísimo entramado, donde la autenticidad de los personajes y la magia deslumbrante del diálogo (magistral, y tan infrecuente hoy, en esta época de malos y pocos dialogadores) nos acerca la verdad de la narración y de la Historia hasta inmiscuir en ella al lector como un personaje más. A este efecto fascinante contribuye el evidente paralelismo entre la actualidad más difundida (o secreta) de nuestra «beautiful» y el texto de *Memorias borbónicas*, que glosa y pone en pie lo que está pasando ahora mismo, poniéndole a la vida un apasionante argumento que quizá la vida no tiene.



Francisco Umbral

Memorias borbónicas

ePub r1.0
Titivillus 18.08.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Memorias borbónicas*
Francisco Umbral, 1992
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

De lo que se trata es de desacreditar la realidad.
SALVADOR DALÍ

FE SEGOVIA

FE SEGOVIA se pinta los ojos egipcios, la boca de mentira sobre la boca que no tiene, las mejillas de un rojo casi mate y el pelo de un negro sin brillo, profundo como el humo y alto como una diadema. Fe Segovia se fabrica una máscara indochina de lujo, sobre la máscara natural de su rostro, para la fiesta de esta noche en casa de Petra Paula, duquesa de San Marcial.

—¿Te gusta cómo me va quedando el nuevo maquillaje, Crescencito?

—Superideal.

—Lo recibí ayer de Londres.

—¿Y qué tal por Londres, Fe?

—No te lo aconsejo. A la familia real le ha dado por casarse con plebeyos y artesanas. Buckingham se viene abajo.

—Sería un desastre para todos nosotros.

—Y que lo digas, Crescencito.

Crescencito, maricono con clase, niño andaluz sin dinero, hace monerías y fisgues en torno de Fe Segovia. Parece no comprender que las reales personas de Gran Bretaña tomen decisiones arriesgadas sin consultarle.

Fe Segovia le da mucho vuelo a la cena de esta noche en el palacio de Petra Paula, duquesa de San Marcial, pues que Fe Segovia se ha traído un gestaltista inglés que va a hacer números y milagros en la fiesta. Fe Segovia, desde que las monjas le dijieran, allá en Segovia, que no tenía alma para pastorina, se dedica a esta segunda religión de la magia, los filtros, el gestaltismo, la gente que tiene poderes y la gente con buenas o malas vibraciones.

—Te encantará conocer a míster Thomas, Crescencito. Es un bellezón de hombre y un tocado por la mano de lo sobrenatural.

—Me metes miedos y conjuros en el cuerpo, Fe, hija. Ahora, si el inglés es tan hombrón como dices...

Y Crescencito fuma antiguo en todos los espejos.

A los padres de Fe Segovia, banqueros usurarios, a su padre espiritual, a las pastorinas de Segovia no les gusta que la niña (cuarenta y tantos y soltera) ande negociando tanto con el demonio, pero es lo que ella dice: «Yo nací para lo sobrenatural y me habéis cortado el camino. Tengo que buscar otro.» Su lucha es conseguir un triunfo deslumbrante de las fuerzas ocultas para que la familia y la Iglesia le permitan dedicarse de lleno a esto, que es lo suyo. Fe Segovia tiene poderes, o está segura de que los tiene. Por ejemplo, a Crescencito le ve el aura algunas veces.

—Ahora mismo te estoy viendo el aura en los espejos, Crescencito.

—Por Dios, Segovita, que no me llega la camisa al smoking, déjame en paz. Y los sustos que me da esta mujer.

Crescencito se acerca a un espejo, no para comprobar el aura, sino para arreglarse la corbata.

Humos para el pelo, inciensos para las manos, anillos para una dama, cuarzón para el escote, collarones para el cuello. Fe Segovia va estando cada vez más parecida a sí misma.

—¿Y cómo va la pesada de la San Marcial? —pregunta Crescencito.

—Ahora, además de un loro y un mono, ha metido una urraca en la alcoba.

—Cosas de mujer sin hombre.

—Hombres es lo que le sobran.

—Como a ti. Sois dos hembras sin macho que dais en desparrames.

—Los hombres sólo vienen por mis Bancos.

—Y a la San Marcial le van por sus títulos.

—Eso.

—Sólo que ella es más desahogada y se permite maravillarse a alguno.

—Hijo, cómo hablas, dónde aprenderás tú esas palabras.

Fe Segovia iba para monja, ya se ha dicho, pero le faltaba la determinación, le fallaba el alma o el cuerpo, eso nunca se sabe, o sólo lo saben las pastorinas. Cuando la echaron del convento, decidió retirarse del siglo, pero tenía un primo aventurero que quería ser indígena en los mares del Sur.

—¿Y cómo va a ser indígena de los mares del Sur un señor que ha nacido en Cebreros? — decía don Antonio María Zacarías, el padre de Fe, un viejo amarraco de buen sentido, un prestamista simpático y menudo, un judío castellano con ocurrencias. Pero los primos se hicieron novios y los dos querían ser indígenas en una isla de los mares del Sur. Confundían indígena con salvaje, pero don Antonio María Zacarías, el usurario, que era un coñón nunca les sacó del equívoco. Hasta que el primo se fue solo a ser indígena, porque había nacido para indígena, y Fe Segovia volvió a quedarse sola en su reino de alcázares y acueductos. Luego la familia se instalaría en Madrid y don Antonio María Zacarías vivía de cobrar de madrugada a los morosos, sacándolos de la cama y poniéndoles los muebles en la calle.

El estilo un poco orientaloide favorece a las mujeres feas. El estilo un poco orientaloide es una cosa que despista y fascina. Fe Segovia, que se había quedado sin el amor divino ni el amor humano, se dedicaba al amor social, a reinar en los saraos y a escribir cartas astrales a los amigos, que solían darle los datos personales equivocados, por indiferencia o por maldad.

La gente hoy es que es muy escéptica y hasta fuma negro.

El estilo un poco orientaloide era lo que permitía a Fe Segovia lucir en los salones como el bellezón que no era, aparte los millonazos de papá, que a estas alturas ya ha creado un Banco, a partir de una pequeña Banca agraria que se trajo de su pueblo. Fe Segovia gusta más a los maricones que a los hombres porque es un objeto como de Loewe, una joya grande, cara y falsa, una silla Luis XV que queda bien en cualquier parte. Los homosexuales sólo ven la mujer decorativa y los no homosexuales sólo ven la mujer follable. Entre unos y otros, Fe Segovia profundiza su soledad, mejora su look y estiliza sus artes negras, su diálogo fecundo y vulgar, difícil y tedioso, con el demonio. Fe Segovia es la hacedora de lluvia de la tribu de oro de la jet.

—Me parece que esta noche también llegamos tarde, Segovita, amor —se impacienta el marica.

—Sólo es tarde o pronto cuando llego yo, como las reinas — enfatiza Fe Segovia.

—Pero es que por casa de la San Marcial siempre caemos a las mil, querida.

—Maravillosa hora, las mil, para los prodigios que vas a ver esta noche, Crescencito.

—Preferiría ver un chapero jovencito y cariñoso, que son todos unos bruscos.

—A mí no me cuentes tus pecados, Crescencito.

—Por los menos yo tengo pecados. Tú es que no tienes más que represiones, hija. Sólo te falta el mono y el loro, como a la San Marcial.

Fe Segovia y Crescencito tienen una amistad antigua, ingenua, malvada, profunda, consolatriz y verdadera. Ese amor sin amor que sólo puede nacer entre la mujer sola y el hombre que no lo es. Da una hora tardía en todos los relojes de la casa, que es un palacete del viejo Madrid. Fe y Crescencito (ella se ha puesto en pie, está deslumbrante a su manera) se miran a los ojos, se besan sin besarse y se disponen a salir:

—Qué par de putonas hacemos, Segovita, amor.

ISABEL DE PORTUGAL

CUANDO ISABEL DE PORTUGAL se masturba, le nace una rosa del coño, una rosa blanca de inocencia y roja de deseo. Y el metal amaneció clarín. Arthur Rimbaud era un jovencito rebelde e insoportable, caprichosito, que inauguró la poesía del siglo xx. Isabel de Portugal sabe poco de Arthur Rimbaud, pero se masturba con una lujuria verleniana. Y el metal amaneció clarín.

Ya en el siglo xix, isabelón y conspiratorio, los Portugal figuran como generales amotinados, pronunciados, asonados, contra el liberalismo de Isabel II. La última e ilustre bastarda de los Portugal ha pasado su infancia en cuarteles y capitanías generales, de modo que el clarín remoto de un cuartel madrileño, clarín vespertino, le suena a tiempo y familia mientras se masturba con ese frenesí aplicado y correcto de las frías, mientras una rosa blanca y roja le nace en el coño desnudo como el fruto mejor de su virginidad perdida, de su nueva soltería, taraceada de maridos, amantes, novios, hijos, familias y viajes.

Los Portugal siempre la han tenido por una cabra loca, mayormente porque sale en el «Hola», y a las familias realmente bien no les gusta salir en el «Hola», con la Preysler, ni en nada. Cuando Isabel de Portugal se masturba, etc. Arthur Rimbaud era un jovencito con granos y metáforas, un insoportable, un mal escolar, un loco. A Isabel de Portugal le hubiera gustado conocer a Rimbaud, pero ni siquiera sabe que existe, que existió. Y el metal amaneció clarín.

El metal vespertino, después de la siesta calentorra del agostorro, cuando Isabel de Portugal se despierta desnuda en su lecho blanco de separada y se masturba por aclararse un poco las ideas.

—María, que esta noche voy a casa de la San Marcial, a una cena, y me gustaría llevar el traje largo de viuda que vino el otro día de París.

—De acuerdo, señora. ¿Algo más la señora?

—Y que me acuesten a los niños pronto y que no se pongan muy pesados.

—Bien, señora.

—Si se ponen muy pesados, una aspirina y la tele.

—Bien, señora. ¿Algo más?

—Nada más.

—Bien, señora.

—María.

—Qué.

—Les pone usted los spitting de la BBC, es lo que más les gusta, me han salido unos hijos muy politizados, como su abuelo. O vaya usted a saber a quién salen estos niños.

—Claro, señora.

—Cómo que claro. ¿Es que duda usted de la paternidad de mis hijos?

—No, señora.

—Pues yo sí.

Isabel de Portugal ha tenido maridos militares, maridos yuppies y maridos en general. Ni los maridos ni los amantes le han hecho nunca llegar al orgasmo definitivo. Ni siquiera un japonés con el que hizo experiencias Emmanuelle. La rosa blanca y roja de su coño siempre se marchita antes de tiempo. Es una rosa fugaz. De modo que Isabel de Portugal no sabe si los hombres le interesan (pues le siguen interesando) por la cama, por el dinero, por la soledad, por el prestigio o por todo junto.

—María.

—Qué.

—¿En Filipinas leen ustedes a Rimbaud? —Perdone la señora, pero no entiendo a la señora.

—Nada, María, sólo era una pregunta.

Y el metal amaneció clarín al crepúsculo vespertino, sobre un paisaje urbano de

tejados, crepúsculo, seminarios, cuarteles, luz roja y tarde abrasada. Arthur Rimbaud hubiera sabido meter el demonio en el cuerpo a Isabel de Portugal, que es una rimbaudiana sin saberlo, pero en este jaleo de los siglos hay gentes, nacidas la una para la otra, que jamás se encuentran, y eso que Isabel va mucho a París, al París de los ochenta, y allí frecuenta antiquités, librerías de viejo, restaurantes de putas caras y bares de bebidas verdes. Raro que, pese a la diferencia de un siglo, el niño atroz y ella nunca se hayan encontrado.

Cuando Isabel de Portugal se masturba, caída la tarde, dormida la siesta, sobre la cama blanca e inmensa de un matrimonio destruido, le nace del coño pequeño, paridor, frígido y hermético, una rosa blanca y roja que la consuela mucho. María es filipina y hace lo que le manden. No entiende nada, pero hace lo que no entiende y a veces resulta. Y esta noche la cena en casa de la San Marcial.

Y con la pesada de Fe Segovia, que verá al demonio o a Nosferatu o a alguien. La verdad es que no me apetece nada arreglarme. Pero a las cenas de Petra Paula San Marcial siempre van unos jóvenes terratenientes extremeños, curtidos de olivares, recastados en Madrid, y lo que ella busca es un marido nuevo, rico y no demasiado viejo, que aún le dé alguna alegría y la salve de este rito de la masturbación. Suena el teléfono.

—Qué.

Es un teléfono blanco de cuando se llevaban teléfonos blancos, en el cine mayormente.

—Soy Fe Segovia. Que si vas a ir esta noche a lo de la San Marcial.

—Me temo que sí.

—No me faltes. Traigo un gestaltista inglés que hace maravillas.

—¿Está bueno el gestaltista?

—Mujer, no lo mires así.

—¿Se gana dinero con eso del gestaltismo?

—Últimamente sólo me hablas de dinero, Isabel.

—Es que desde el divorcio he descubierto que soy carísima, y a ver quién paga todo esto.

Isabel de Portugal está segura de que esta noche, después de la cena en el palacio de la San Marcial, se va a acostar con alguien, pero no sabe con quién, quizá con uno de esos caballistas extremeños, que huelen a oro salvaje y que previamente han sido amantes de la San Marcial. Algún hombre innecesario, inmerecido y violento va a tronchar esta noche la rosa blanca y roja que crece, como un asombro, como una adolescencia, en el coño experto, frío y breve de Isabel de Portugal.

—María.

—Qué.

—Y la ropa interior toda blanca.

—Sí, señora.

—Pero la que he traído de París. No estas horteradas españolas de madre de familia.

—Sí, señora.

—Tú ya me entiendes, María.

—Sí, señora.

María no entiende nada, pero cobra a fin de mes. Rimbaud no publicó nada en vida, o muy poco, y nunca le dio un franco la literatura. Pero Rimbaud se manejaba muy bien en la cama con las mujeres y con los hombres. Un periodista le explicó una vez a Isabel que Rimbaud era bisexual, pero Isabel no quería saber lo que era eso, le sonaba a pecado y se puso a hablar de la nueva cocina francesa.

Fe Segovia va a la cena de Petra Paula de San Marcial porque espera asombrar a todos con su gestaltista inglés, míster Thomas, y porque en el fondo está un poco enamorada del gestaltista, que es alto, maduro, y tiene algo marino en la mirada y la tristeza, como todos los ingleses.

Crescencito va a la cena de la San Marcial porque a veces caen por allí algunos sarasates que han chuleado a la duquesa, y siempre puede salir algo, que es que ya está una harta de chaperos, hija, que es que son unos bruscos.

Isabel de Portugal, bisnieta, nieta, hija, sobrina y prima de militares levantiscos y legitimistas, va a la cena de la San Marcial por aburrimiento y porque sueña encontrar allí algún caballista extremeño o andaluz, como otras veces, con el que matrimoniar si está soltero y con el que pasar una noche si está casado. ¿Pero es que todo el mundo va a follar a casa de la San Marcial? Así parece.

—María.

—Qué.

—No, nada.

Isabel de Portugal, desnuda y rubia, blanca y lírica, tuvo una época de parecerse a Catherine Deneuve, todo el mundo se lo decía, es usted la Catherine Deneuve española, pero un día vio a la Deneuve en un restaurante de París y no se parecían nada.

FERMÍN GUADALAVIAR

EL LORO SE LLAMA PEREJIL y sabe decir yo soy yo y mi circunstancia. Fermín Guadalaviar, marqués de Guadalaviar, tiene un loro que se llama Perejil y sabe decir yo soy yo y mi circunstancia.

—Un día vino un periodista y escribió que mi loro se debiera llamar Ortega. No sé a qué venía eso de Ortega, un apellido tan vulgar, cuando está claro que el loro se llama Perejil, no hay más que verle.

Fermín Guadalaviar, marqués de Guadalaviar, está dando de cenar al loro, que pica un poco de todo. El marqués de Guadalaviar es el marquesado puro, la marquesidad, nunca ha hecho otra cosa en la vida que ser marqués, nació marqués y ya está.

—¿Y usted nunca ha hecho nada en la vida? — le preguntan los periodistas.

—Lo que yo he hecho es ser marqués, ¿le parece poco?

—Su padre fue marqués y su abuelo y su bisabuelo. Guadalaviar, que es como se le conoce en sociedad, está en bata de boxeador caro, dando de cenar al loro Perejil. «Anda, Perejil, hijo, termina pronto, que tengo que arreglarme para ir a la cena de la San Marcial». Perejil deja de picar, levanta la cabeza, dice yo soy yo y mi circunstancia y sigue con el picoteo. Guadalaviar hace a hombres, mayormente a mozos, pero nunca ha dado un escándalo. Guadalaviar es un gran personaje de la vida madrileña no por lo que hace, como otros, qué horterada, sino precisamente por lo que no hace, porque no hace nada. El loro, a Guadalaviar, se lo trajo Fe Segovia de la India, una vez que fue a estudiar religiones orientales y se enamoró de un gurú, del que saldría huyendo al comprobar que en las religiones orientales también se peca con la carne.

—Adrián.

—Señor.

—Véteme eligiendo algo presentable para una cena en casa de la San Marcial.

Adrián era un chaperero de la calle Almirante a quien Guadalaviar metió en su casa de valet. El chico ha salido entrefino y parece que lo hace bien. Al principio tuvieron una relación apasionada, pero las cosas ahora se han encalmado y apenas son otra cosa que eso, uno para el otro, señor y valet.

—Sí, señor.

Fermín Guadalaviar es feo, noble, artrósico, con algo de un Austria bastardo, la boca hundida y maldiciente de Góngora, el mentón heráldico y las manos remodeladas en peor por el reuma, aunque él las mueve con gracia. Guadalaviar habla suave, educado, irónico y cordial. Guadalaviar habla un poco sarasate, pero tampoco demasiado.

—Perejil, hijo, que se me hace tarde.

—Yo soy yo y mi circunstancia.

—¿Y por qué querrían ponerle a este loro Ortega, que es un apellido tan plebeyo?

Fermín Guadalaviar, marqués de Guadalaviar, tiene buena amistad con Fe Segovia y ella le ha prometido que cuando se le muera el loro le trae otro, porque Fe Segovia viaja mucho, por aprender las magias y sabidurías del atlas.

—Mujer, qué cosas dices, cómo se me va a morir Perejil.

—Dice cosas demasiado profundas para ser un loro.

—A lo mejor es un filósofo griego transmutado en loro.

—Eso que dice de la circunstancia no me gusta nada, Guadalaviar.

—Tienes razón, Fe, guapa, no se entiende y además suena a rojo.

Fermín Guadalaviar, cuando los rojos en Madrid, hace más de medio siglo, se paseaba de camisa azul falangista, con ese extraño valor que sólo sacan a veces algunos homosexuales y algunos domadores de circo. Franco supo elogiarle su valentía, salvarle el patrimonio, y ahora los borbones, aunque le mantienen a distancia, le respetan el linaje.

—Adrián.

—Señor.

—¿Qué camisa me has planchado?

—Una.

—Está bien.

Desde que cesaron sus relaciones amorosas, Adrián y el marqués han vuelto a tratarse de usted. Una cosa es la cama y otra el protocolo.

—¿Y tú por qué te volviste de la India, Fe, guapa?

—Porque el gurú me quería dar por retambufa.

—Qué gurú tan gracioso, Fe, guapa. No creas que eso de la retambufa es tan malo.

—Prefiero lo de toda la vida.

—Lo que eres es una santa. Ya sabes que soy muy buen amigo de tu padre. Nos vemos en la Gran Peña.

Antonio María Zacarías, el banquero padre de Fe Segovia, es amigo de Fermín Guadalaviar guardando las distancias. «Marqués será muy marqués, pero a un centenario como yo no se lo folla ni el rey». Porque Antonio María Zacarías tiene ciento tres años y hace a putas, a whisky y a trasnoches y alternes. «Para eso soy el primer banquero de España». Lo que más le va son las lesbianas.

—Adrián.

—Señor.

—Me han dicho que tienes un novio.

—Decires, señor, todo son decires y calumnias.

—No, si yo no estoy celoso, pero me gustaría que me lo contases. Somos amigos ¿no?

—Yo no soy en esta casa más que el valet, señor.

La casa es una finca en el Parque de Orgaz o la Alameda de Osuna, por ahí, con un jardín neoclásico y un efebo de piedra al fondo. Perejil se ha terminado su cena, yo soy yo y mi circunstancia, y Fermín Guadalaviar, maduro, habsburgo, mentón, elegante y artrósico, lleno de una cultura natural, concéntrica de su noble incultura, comienza a dejarse arreglar despacio por Adrián para la cena de la San Marcial.

ANTONIO MARÍA ZACARÍAS

ANTONIO MARÍA ZACARÍAS tiene ciento tres años sostenidos, apuntalados por el whisky, el póker, las mujeres y el dinero.

—Yo empecé aquí en Madrid cobrando a los morosos. Yo era el que se presentaba al alba, que es cuando coges a los morosos dormidos, como a las truchas, y les enseñaba una orden de deshaucio. A más de uno le he puesto los muebles en la calle de Toledo.

Antonio María Zacarías, el señor Zacarías de la Banca nacional y franquista, es pequeño y pelón, pero pelón como los niños, no como los viejos, es simpático y decidor, es noctámbulo y descarado: «Luego compré una Banca agraria de Segovia, la instalé en Madrid y se ha convertido en lo que ahora véis». Al señor Zacarías le preocupa la soltería de su hija única, Fe. Al señor Zacarías Segovia le humilla un poco, aunque no lo dice, el que su hija, que es la soltera de oro de Madrid, no encuentre marido. A veces se lo pregunta a su mejor amigo, o sea al que más desprecia, Eugenio Beltrán, un poeta segoviano, intelectual y diplomático, falangista y franquista, que anduvo de embajador de Franco en Hispanoamérica.

—¿Y tú por qué crees, Eugenio, que Fe se ha quedado soltera?

—A mí no me culpes, Zacarías, que en su día, siendo jóvenes todos, solicité su mano cumplidamente y me mandaste a la mierda.

—Es que tú no eras más que un poetilla falangistilla, y me parece que Franco te dio una embajada en el Paraguay o algún sitio así, y de eso no se come, Eugenio.

Eugenio Beltrán es hombrón, poetón viejo, grandón, Eugenio Beltrán es un puro aumentativo vacío, con los ojos claros, caídos y tristes, ojos inyectados en perro, y en la boca torcida por un parálisis el dibujo amargo del fracaso. Algunas noches, Zacarías se siente más joven que otras, siempre se siente joven, y echándose por encima una toquilla negra e italiana de su señora, se va con Eugenio Beltrán a tomar unas copas en el Casino de Madrid.

Ahora por julio se está bien sentado a la puerta del Casino de Madrid, en los grandes sillones alfonsinos que los ujieres sacan a la calle de Alcalá. La calle Alcalá, otrora muy viva, discurre en la noche estival, vacía y suntuosa, como un río negro y lento donde se refleja el oro de los grandes Bancos.

—Que yo te he visto de camisa vieja, Eugenio, que a mí no me la pegas, que tú venías a dar el braguetazo con mi niña. Que los falangistas erais todos unos muertos de hambre y Franco lo sabía.

Eugenio Beltrán, triste y enfermo, viejo y poeta, embajador de quien nadie se acuerda, académico frustrado, calla y sonrío, se emborracha un poco con el buen whisky del Casino, que paga Zacarías, y no se sabe bien en qué piensa, aunque lo más probable es que no piense en nada.

—Lo tengo todo en esta vida, Eugenio, hasta la inmortalidad, ciento tres años, pero hay una espina que se me clava, la soltería de niña Fe.

—Tú eres el culpable, Zacarías.

—Si te pones impertinente te mando a casa, Eugenio, que yo te he conocido de camisa vieja, mientras los banqueros le plantábamos cara al Caudillo.

—Digo que tú eres el culpable porque frustraste aquellos amores con su primo, el que se fue de indígena a los mares del Sur.

—Eso era un incesto y un disparate.

—A ti no te preocupaba el incesto, sino que el primo no tenía un duro.

—Segovita, mi hija, es el primer fortunón de España.

—Y muy desgraciada.

—No voy a dejar que se la lleve el primer cazadotes, como tú.

—En sociedad la llaman ya la solterona de oro.

—Tú es que andas demasiado en sociedad, Eugenio.

La calle de Alcalá en su primer tramo, el del Casino y el Ministerio de Hacienda, cerca de Sol, es cañada, majada, camino por donde pasan rebaños al alba, cabras y ovejas con un balar dulce que no quiere despertar a los vecinos, cabreros irreales, de manta y sueño, de perro y monosílabo. Al llegar a la altura de la Puerta de Alcalá, las cabras y ovejas triscan un poco en los jardines y luego atraviesan la Puerta por sus arcadas, como los reyes antiguos y los poetas modernistas. Los sumilleres del Casino de Madrid ponen buen whisky y ahuecan los almohadones a los señores socios de toda la vida, como Zacarías y Eugenio Beltrán. Un whisky del primero que llegó de Irlanda, cuando los españoles no nos poníamos tarascas, como ahora, reclamando Gibraltar.

En la calle de Alcalá la noche es virgen, solitaria, solemne, consciente de que guarda mucho oro. En el interior del Casino, la gente se juega el dinero desesperadamente. El paso del ganado ha sido como un sueño de la gran calle, como si Alcalá hubiese contado ovejas para dormirse. Eugenio Beltrán es poetón viejo y sin porvenir, como Cervantes, que vive un poco del patrocinio de Zacarías, quien se asesora de él para sus fundaciones culturales, que conducen a evadir impuestos. La amistad de Zacarías mantiene en pie y en sociedad el corpachón bueno, fallido, enfermo y cansado de Eugenio Beltrán. Tiene toda la traza de académico, pero siempre le faltaron cinco votos, que a él le duelen como cinco espadas, porque sabe quiénes son.

La calle de Alcalá, vía pecuaria, a esta hora de la noche, es el espejo bruñido y negro donde se miran los dioses recalentados de julio. Antonio María Zacarías tiene ciento tres años sostenidos, apuntalados por el anciano whisky irlandés, casi tan anciano y joven como él, el póker, al que siempre gana, como a la Bolsa (Segovita también es buena bolsista), las mujeres y el dinero. Las mujeres ya sólo le gusta verlas en los sextliving, versión lesbianas, que ha traído la democracia. El señor Zacarías está pensando en llevarse a su amigo Eugenio Beltrán a un sextliving de Atocha a tomar el último whisky y mirar cómo se comen el coño de mentira unas funcionarias del sexo a quienes sus maridos, generalmente empleados del Catastro, esperan por la salida de artistas para llevarlas a casa y alguna de ellas, que está lactante, le dé la teta al niño, que no se calla.

—No es un espectáculo para nosotros, Zacarías, todo el mundo te conoce.

—Soy el primer banquero de España, le presté mucho dinero a Franco y ahora a los rojos. El que tenga algo que decir que lo diga.

—Eso, que le prestaste dinero a Franco.

—Pero jamás me puse la camisa azul, como tú, Eugenio, segoviano de mierda, jefe provincial del Movimiento por Segovia.

—Cómo me humillas, Zacarías.

—Entre amigos se dice todo ¿no? Y dime ahora ¿por qué se ha quedado soltera Segovita?

—Creo que eres un sadomasoquista y te gusta que te lo recuerde. Tú hablaste con el primo indígena para que la dejase en paz y tú hablaste con las pastorinas para que le quitasen la vocación.

—Quería lo mejor para mi niña.

El señor Zacarías se abriga con una toquilla negra e italiana de su señora, ya se ha dicho, porque incluso en estas noches de julio refresca un poco, como ya dijera el común amigo difunto marqués de la Valdavia.

—Aquél sí que era un marqués, Eugenio, y qué manera de apalear los duros, de llevar el clavel en la solapa y decir ordinariieces a las hembras, que es lo que hay que decirles.

—Podíamos jugarnos un póker ahí dentro.

—Claro, como tú pierdes con mi dinero. Ni hablar de eso. Hoy el cuerpo me pide mujeres.

Y el cuerpecillo de Zacarías se remueve en el gran sillón, sillones de casa grande, en

que está acurrucado, y se abriga un poco más con la toquilla amorosa de su señora, mientras el sumiller le trae otro whisky con mucho hielo, sin agua, que es vasodilatador y le ha hecho a Zacarías llegar a los ciento tres años.

—Y lo que venga, Eugenio, y lo que venga. Meacabo esto, pide tú otro, y nos vamos a ver cómo se comen el coño esas putonas de Atocha.

El poeta francés Charles Baudelaire le dedicó algunos alejandrinos solemnes, suntuosos y confusos al amor de las lesbianas. La escritora Colette hizo lesbianismo público y privado besándose con su amante en el escenario de los teatros de París. Cleo de Merode, tan casta y hermética, tuvo, aparte dos amores masculinos e imposibles, un amor de toda la vida con una lesbiana achinada que era la más famosa de París. Lo más obsceno de las lesbianas asalariadas y mercenarias de Atocha es que tienen hechuras y anchuras de ama de casa de Moratalaz y no les va nada esto de comerse el coño mutuamente con aplicación, virtuosismo y horario. Sus esposos, efectivamente, funcionarios municipales o encargados de obras y contratadas, las esperan en la salida de artistas (son cuatro, dos parejas que en el número final se intercambian todas), y se las llevan a casa a planchar, a dar teta al pequeño, a ver la tele (los pomos tardíos de Canal Plus) o a follar matrimonialmente según la postura tradicional del misionero, sin las gimnasias y los atletismos del sex/living.

Luego duermen tan a gusto, cogidos de la mano áspera, mano de asperón, mano de lejía, mano de jabón lagarto, mano de cargar mercancías en la iseta. El poeta francés Charles Baudelaire, etc.

—Lo que no me gusta, Eugenio, es que Segovita salga tanto con la San Marcial, esta noche me parece que cena en su casa. La San Marcial es una loca salida que se tira banderilleros y bailarines del conjunto. Le viene de familia. Pero Segovita se ha educado en las pastorinas.

—Te empeñas en seguir viendo a tu hija como una niña, y tiene los cuarenta muy largos.

—Eres un impertinente, Eugenio.

—Creo que a Fe no le vendría nada mal una pasada por los banderilleros y los bailarines.

—Calla, calla.

Los sumilleres del Casino de Madrid sacan sillones de gutapercha y sillones de paja, pintados de blanco, al verano de la calle Alcalá, por las tardes, para que los pálidos espectros del interior, los muertos ilustres que han preferido la posteridad del Casino a la posteridad de la Sacramental y la gloria, se sienten a tomar un café, dormir la siesta, ver pasar al mujerío y decir a las tías piropos antiguos que no se les entienden. De noche quedan sólo los más bravos, como Zacarías Segovia. Todos, vivos y muertos, van de cuello duro, gafas negras y esqueleto limpio (consejo médico) bajo sus claros, elegantes y frescos trajes de verano. El poeta francés Charles Baudelaire les dedicó algunos alejandrinos solemnes, suntuosos y confusos a las bellas y atroces discípulas de Safo de Lesbos. Estas amas de casa de Moratalaz hacen lo que pueden por ponerle pasión y morbo a su trabajo gimnástico con la vecina, y Zacarías Segovia, en primera fila, chupa whisky y siente que su virilidad de ciento tres años se enciende baudelerianamente con el amor de las sáficas.

Eugenio Beltrán ha encontrado en el whisky el último consuelo, ancho y amargo, de su vida. Fracasado en la política, en la Falange, en la economía y en la lírica, fracasado en la vida y las mujeres, se emborracha y escribe versos geniales que quedarán, ya lo creo que quedarán, entre el garcilasismo de su juventud, inolvidable García Nieto, y el satanismo del citado Baudelaire.

—¿No podrías tú, Eugenio, apartar un poco a Segovita del trato de la San Marcial?

—No pretenderás que haga de cabestro. A Fe ya me la negaste cuando te la pedí.

—Tú no eres más que un embajador y un escritor frustrado que vive de mí, que soy

generoso.

—Cómo me humillas, Zacarías.

—Mira esa rubita cómo le come el coño a la gorda. Yo creo que éstas van de verdad.

El poeta francés Charles Baudelaire, etc. La gran escritora Colette, etc. Cleo de Merode, la mujer más exquisita de la belle époque, que ganó en un concurso de belleza a Sarah Bernhardt, se dice que también, con aquella chinoide que controlaba a las tortilleras de París. Eugenio Beltrán tiene cierta cultura literaria y le gusta imaginarse, en lugar de estas dos gordas teñidas, una escena de cama entre la desbocada Colette y la dulce y entregada Cleo de Merode. «Ni Baudelaire llegó a ver eso», piensa.

Son las tantas. En el teatrillo de Atocha ya huele a coño. Zacarías Segovia se ha dormido torciendo la cabeza pelona y judía sobre su vaso de whisky. Eugenio Beltrán comprende que ha llegado la hora de llevárselo a casa y eso le alivia. Mañana tiene que escribir un artículo para el suplemento literario del ABC. Eugenio Beltrán le arregla un poco a Zacarías la toquilla negra, italiana y amorosa de su señora.

—La San Marcial tiene mala fama y no quiero que Segovita coja mala fama.

—Pero la San Marcial está llena de títulos y vosotros sois unos provincianos que no tenéis más que dinero.

Eugenio Beltrán aprovecha el alba y el entresueño para decirle las verdades a su protector. Cleo de Merode, con el pelo en bandós, desnuda y blanca, delgada y virgen, se deja follar violentamente por la sentimental, sensible y sensitiva Colette, que le da besos en la boca y en los grandes labios a la musa de la belle époque.

El coche y el mecánico de Zacarías esperan a la puerta del sex/living. Es un coche negro, un Austin señorial que se desliza por un Madrid elocuente de madrugadas, llevando dentro a un centenario con toquilla, borracho y dormido en los brazos de un poeta falangista, bondadoso y frustrado.

Los regadores del alba van de retirada.

PETRA PAULA SAN MARCIAL

PETRA PAULA SAN MARCIAL, duquesa de San Marcial, vive en el palacio de San Marcial como una loca perdida en el Museo del Prado. Los rembrandt la ensombrecen, los goya la persiguen, los velázquez la amonestan, los zurbarán la condenan.

Petra Paula San Marcial, duquesa de San Marcial, tiene toda la nobleza de España y parte de Europa sobre sus hombros débiles, cansados y enfermos.

—¿Y usted es que nunca usa chal?

—A mí el chal es que se me cae.

Y lo dice con sencillez, porque tiene los hombros bajos, ya se ha dicho, y porque la naturaleza de todo chal está en caerse. Petra Paula San Marcial, duquesa de San Marcial, algunos anocheceres sale en un mini con su amiga Fe Segovia y se van a las cafeterías de Argüelles a ligar provincianos que durante el día han hecho un buen negocio o una buena gestión en un ministerio de Madrid.

—Nada, que os llevo a casa, tengo ahí el seiscientos.

No desean, claro, que el tío descubra la casa, tras haberse fornifollado a una de ellas, el palacio de San Marcial, y le dan largas. Pero el tipo se empeña y al final Petra Paula, que es la que se le ha beneficiado, le indica la puerta de servicio del palacio.

—Coño, ya sé por qué no queráis que os trajese. Porque estáis de criadas de la duquesa de San Marcial. Cuando cuente en mi pueblo que me he tirado a una primera doncella de la San Marcial no se lo van a creer.

En las chimeneas, en cada chimenea, por el invierno, arde un leño que es como un criado de la duquesa puesto al fuego, con su chaleco gris de ceniza. Lo único que no le asusta a la San Marcial, de su casa museo, es un Picasso pequeñito, barato, que compró en París, orillas del Sena, en un viaje solitario. Al día siguiente moría Picasso y el cuadro se ponía en miles y miles. Es lo que dijo Fe Segovia cuando Petra Paula se lo contaba:

—Dinero llama dinero, hija, está visto que es verdad.

Fe Segovia es que se maneja mucho con la paremiología y no le va mal.

Fe y Petra comentan estas aventuras de media tarde, estos ligues con ejecutivos de provincias, y se ríen como colegialas. Fe es siempre la que se queda al margen y Petra Paula la que se tira a quien haga falta. Pero Petra Paula, entre sus muchas virtudes, tiene la de no practicar el proselitismo, de modo que nunca ha animado a su amiga íntima a que pruebe a beneficiarse a un corredor de comercio de Chiclana.

Ya se ha dicho aquí. Fe Segovia se ha quedado soltera por falta de oportunidades y Petra Paula por exceso de oportunidades. A Petra Paula no le gustan los cuadros antiguos que visitan en su palacio hasta los turistas japoneses. A Petra Paula le gusta el cuadro de Picasso que compró en las orillas del Sena y le gusta el retrato que Claudio Brayo, un hiperrealista de moda, le hizo a un novio suyo homosexual, el verano pasado, en Formentera.

Petra Paula, de joven, salía de torera goyesca en las Ventas, cuando se lo pedían, y le escribía hermosos reportajes Marino Gómez-Santos. Petra Paula piensa que España son los toros, el baile flamenco, el cante de Camarón, que anda como muriéndose, y ella misma.

—¿Y cómo ve usted lo de Camarón, señora?

—Se cuida poco ese chico.

—Pero la voz...

—La voz es única. Y el alma.

Camarón de la Isla es como más bien de izquierdas y están enamoradas de él las alemanas que viven en Madrid de hacer traducciones. Petra Paula San Marcial, duquesa de San Marcial, pone a veces un disco de Camarón de la Isla, en sus habitaciones particulares, no museísticas, pero el mono y el loro arman tal cirio que no es posible oír nada. De todos modos, a la duquesa le gusta.

La duquesa, esta noche recibe. Es la última cena de la temporada, antes de iniciar sus viajes de verano. Hay un criado negro, alto y rizado, que tiene una tabla con el mapa de los invitados, para mostrárselo cuando vayan llegando y que cada uno sepa dónde se sienta y al lado de quién.

—¿Es verdad que su antepasada posó desnuda para Madrazo?

—Váyase usted a la mierda, estudie un poco de periodismo y de Historia de España, y luego vuelva.

Su amigo Eugenio d'Ors, ya difunto, hizo lo mismo cuando un reportero inició la entrevista preguntándole qué libros había escrito. D'Ors le pasó a su biblioteca, le mostró su obra numerosa y le dijo:

—Cuando haya usted leído uno solo de estos libros, joven, vuelva y me entrevista.

Eso hace la duquesa desde que su amigo y maestro d'Ors le enseñara la fórmula. Los periodistas es que no paran, andan siempre por en medio y dan mucho el coñazo. Petra Paula San Marcial, duquesa de lo mismo, recibe esta noche a Fe Segovia y su gestalista, a Isabel de Portugal, a otras gentes que ahora no recuerda, pero en cuya olvidanza se mezclan caballistas extremeños (me los quitará la Portugal) e intelectuales de moda, como el filósofo Mario Goretti y el político Juan Gualberto, que quiere traer la tercera república (y presidirla, claro) mediante los votos.

Petra Paula va delegando cada vez más esto de las cenas en los primeros y segundos mozos de comedor, mientras se mete en su dormitorio, con el loro y el mono, a ver «Farmacia de guardia», que le gusta mucho, y al final se pone cualquier trapillo de rebajas para recibir a quienes tanto se han acicalado para visitarla. En eso se conoce que es una reina.

No es una reina, pero sí una loca solitaria perdida en el Museo del Prado. Los milicianos salvaron su palacio de los bombardeos de Franco, lo cual la ha hecho para siempre un poco de izquierdas.

—Oye, Crescencito, ¿y tú crees que con la legalización de Santiago Carrillo me van a quitar todo lo que tengo?

—Mujer, qué cosas. Carrillo ha ido a la ventanilla, con su escrito, le ha puesto una póliza y ya está. Pero eso no le da ningún poder.

—Yo creía que ya éramos comunistas.

—Petrita, amor, no te pases, que Suárez no está loco.

—¿Y por qué les ha legalizado?

—Porque en las alcantarillas son más peligrosos, como las ratas.

—Eso sí que no lo entiendo.

Los Rembrandt la ensombrecen, los Goya la persiguen y le tiran de la faja, los Velázquez la amonestan con cara de Buero Vallejo, los Zurbarán la condenan, con la cara de su confesor. Lo único que alegra su pobre vida de la mayor rica de España es un Chagall grande, luminoso, fresco, que la permite volar con las parejas de novios, vivir en un ramo de flores, como los burros, y tocar el violín en el tejado de su palacio, que es lo que siempre ha soñado.

La mesa es oval, iluminada por el oro interior de los renacentistas de las paredes, ensombrecida por los candelabros de plata vieja y maciza. La mesa es oval, con algo en el centro, flores o frutas, y establece unas distancias entre los invitados que obliga a cada uno a hablar en voz baja con la dama que tiene al lado, lo que evita alborotos de mal gusto y conversaciones cruzadas. La mesa es oval y está vigilada por negros decorativos, criados antañones y lanceros de Velázquez.

Al palacio de San Marcial se llega, de noche, con los coches rodando sobre una grava de luna. A partir de ese momento, ya todo es lunar. Los invitados firman en un libro grande y antiguo, como libro de coro, y este trámite no se sabe si es un registro policíaco o un registro poético para la Historia. Petra Paula San Marcial, duquesa de San Marcial, ha recibido a los invitados con cariñosa desgana, con una dejadez ni

siquiera elegante, con una sencillez de siglos que ni siquiera conseguiría la última aldeana de España. Ahora, insignificante, preside la mesa.

A Mario Goretti, el intelectual libertario y ácrata, le han sentado junto a don Juan Gualberto, el republicanista intelectual, el marxista mecanicista que quiere salvar España de la transición, de Suárez y de Felipe González.

En la mesa lucen las joyas y los chales de Fe Segovia, los senos de Isabel Portugal, incendiados en oro, las manos artrósicas y elocuentes de Guadalaviar, el mundanismo de Crescencito, le melena blanca, como de obispo loco, que se ha dejado Mario Goretti, el español de mister Thomas, el gestaltista, que es el único que se obstina en hablar castellano, cuando todos hablan inglés o francés, y el señorío rancio de don Juan Gualberto, el profesor Gualberto, en cuyas gafas excesivas e irónicas da una luz de cuchillo que no se sabe de dónde viene. En la gran mesa oval hay banderilleros de paisano que parecen los parientes pobres, hay bailarines de conjunto que exageran una homosexualidad de dengue y pluma, seguramente falsa, pero que ellos creen de buen gusto. En la mesa oval está Cristóbal Benito, poeta y dandy, jesuita y pobre, músico e irónico, con melenita plata y monóculo, delgado, sin edad ni clase, lleno de rientes erudiciones. Se dice que coquetea con la San Marcial.

—A mí Franco me hizo un favor exiliándome de la cátedra y de España mediante los bomberos.

—¿Mediante los bomberos? Qué gracioso.

—Si es que el Caudillo tenía unas ocurrencias.

—Con la manga riega, que si no, no me voy. Pero luego, en California, di y recibí clases de la nueva cristología hippy, el cuerpo del amor de Norman Brown, los tratados sobre la juventud de Paul Goodman, el zen de Alan Watts, todo eso, y desde entonces puedo decir que Cristo era un hippy.

—¿Cristo un hippy?

—El profesor Goretti se burla.

—Ni me burlo ni soy ya profesor.

—¿Pero qué es lo que usted explica ahora en sus cursos?

—Eso, cristianismo hippy y libertario, apertura a lo abierto, la mística de la droga, que en mi caso es el whisky, por cierto, mozo, traiga uno, y la teología de la liberación.

—Todo eso puede difundirse prescindiendo de Cristo —objeta el profesor Gualberto.

—Pero entonces caemos en el anarquismo histórico.

—Es que ustedes dos son dos viejos anarquistas históricos pasados por el 68 de París —interviene Cristóbal Benito, concentrando miradas y llamas en su monóculo de hierro (ha estudiado en Alemania.)

—Esta cena se está poniendo completamente anticristo —sentencia Fe Segovia, sin entender muy bien lo que pasa.

—Más anticristo son tus misas negras, mona —le dice Crescencito, por quedar de confanzudo.

—¿En qué momento de la fe estamos?, y se lo pregunto a la Historia —se yergue Cristóbal Benito, en un gesto dedicado a la San Cristóbal.

—En el momento de la fe sin fe, más allá de la fe —canoniza Mario Goretti, probando su nuevo whisky por ver si está en su punto.

—En el momento de la fe en Marx, pero sin Marx —asesta el profesor Gualberto.

—No entiendo nada, Petra Paula, rica —le dice Fe Segovia a la San Marcial—. ¿Por qué no jugamos luego a las prendas?

Por entre Marx, Cristo, Paul Goodman, Alan Watts, Palo Alto y los hippies transitan melancólicas lubinas dos salsas, espectrales vichisoás, licores macho, carnes rosa como muslo de Colette cuando era vicetiple, o sea rosa pálido, cigarrillos turcos, oros y platas, vajillas de belleza antigua y fugaz, toda una historia de pastoras adúlteras y mitológicas en el fondo de los platos.

—La idea de Cristo hay que respetarla según el Evangelio para poder profanarla — aventura Fe Segovia.

—Yo soy de misa dominical y no quiero tiranteces con Dios — sonrío Crescencito—. Cuando tengo esquí los domingos, oigo misa el sábado, que te la convalidan.

—Pues yo oigo misa cualquier día de la semana, con tal de que no sea domingo, porque no soporto volver a la infancia — dice Isabel de Portugal con su voz niña, irónica y tan femenina.

—Aquí al capellán ya le tengo avisado que unas misas rápidas, que si no me resfrío en la capilla —cronifica la duquesa y anfitriona de San Marcial.

—Pues yo la misa la oigo en Chicote, con cigalas —ríe Guadalaviar de su propia gracia, como tiene por costumbre.

Mario Goretti, Juan Gualberto y Cristóbal Benito sonrían de tanta ignorancia. Sus sonrisas son como cuchillos de postre, plata y filo, que se intercambian los tres intelectuales. Banderilleros y bailarines de conjunto, viejos garañones de la duquesa, hacen un silencio pedernal ante tanta sabiduría como se derrocha en la mesa.

Camilo Celis, viejo galán de Cifesa, que se tiró a la San Marcial en una hormigonera, por humillarla (Camilo Celis tenía sentido de clase), tampoco ha entendido nada, pero es listo y sospecha que no van en serio. Camilo Celis, el anciano macho del cine franquista, rojo perdido y follador violento, está en una esquina de la mesa oval como en una esquina ya remota de la biografía de la duquesa. Camilo Celis tiene la belleza de los bandidos generosos y la violencia de los primeros comunistas españoles. La cena se disipa y balcaniza en tertulias de cuatro o cinco, hacia la terraza, hasta que Fe Segovia les llame para el número del gelstaltista, que espera impaciente su ocasión. Los Rembrandt y los veroneses follan estivalmente en las paredes, con una alegría renacentista que hoy se ha perdido.

Reunidos todos en el salón de los veroneses, el gelstaltista inglés, míster Thomas, que es el imbécil que Fe aporta hoy a la tertulia, se pone en pie y deja balancearse de su mano un péndulo de oro.

Los intelectuales están tras su barricada de whisky, coñac, cigarros puros, sonrisas e ironía. El mujerío se deja ganar pronto por la apostura antigua del inglés. Los criados observan a distancia. El coro de banderilleros y bailarines entiende mejor esto que los intelectualismos de la cena.

La noche de julio entra por los grandes balcones abiertos casi como una presencia humana y perfumada. Míster Thomas dice en el silencio:

—En esta casa hay un muerto.

Se hace una pausa de Agatha Christie, llena de anhelos y sospechas. La duquesa de San Marcial, perdida en lo hondo de un diván, con su voz débil y aburrida, rompe la pausa:

—Bueno, en la capilla, abajo, hay enterrado un militar, un abuelo de papá.

Todos respiran hondo, devueltos a la cotidianidad tan grata de las copas y los tabacos.

—Necesito ver a ese muerto —se asegunda míster Thomas.

Fe Segovia mira a su amiga la duquesa, pidiéndole el favor.

La duquesa, educada en los más finos matices ingleses de la hospitalidad, ordena que se abra la tumba que hay abajo, detrás de la capilla, en el sótano. Es la capilla de las misas rápidas y friolentas, de los arrepentimientos urgentes de la duquesa, en la confesión de sus pecados de soltera.

Y se abre comitiva con criados y hachones (abajo no hay luz), otros criados con picos y palas para el desenterramiento, mujeres y personajes en general. Ellas van delante, Fe Segovia la primera, como Juana de Arco hacia la hoguera, y luego la duquesa, apoyada en dos hombres, y después todo el gentío de los flamencos, y el actor de Cifesa, que se junta a los intelectuales, últimos, condescendientes y escépticos. Siguen hablando de la polémica HeideggertAdorno. Crescencito y Guadalaviar van de braceté,

pues cualquier alteramiento del orden natural de las cosas ayuda a los homosexuales a sentirse con derecho a todo: por fin ha llegado su momento y su libertad.

Los hachones ponen una santa compañía de sombras en la escalera profunda. Un olor de humedad y pasado va subiendo a medida que se desciende. Cuando empiezan a sonar los picos y palas (han corrido un poco el altar, dejándole al tresbolillo, como una cómoda), aquello es como un entierro a la inversa, un desentierro sin grandeza ni sentido, una exhumación que apenas importa a nadie.

Los que se han quedado al pie de la escalera oyen gritos allá adentro, la voz exaltada y todavía un poco provinciana de Fe Segovia, está besando al muerto, que está besando al muerto, a la momia, corre la voz, el gelstaltista se pronuncia, el péndulo se ha parado sobre el corazón comido de este hombre, de este cadáver nacen todas las grandezas y gracias de la casa de San Marcial; él le da gloria, fortuna, poder y nobleza a esta casa y familia, Fe Segovia regresa hacia los invitados, os veo el aura, ahora os veo a todos el aura, y mira un poco por encima de las cabezas, con obstinación y madrugada. Ha visto y besado un esqueleto con cruces isabelonas, y trae un regusto podre de santidad en los labios.

Después de este paso por lo sobrenatural, es imposible reanudar una tertulia intelectual y mundana en el salón de los veroneses, de modo que la gente empieza a despedirse como a la salida de misa, aunque son las cinco de la mañana. Los coches vuelven a rodar sobre una grava de luna, con un crujido discreto, inervante y confortable. Fe, con su gelstaltista, va en el fondo del mercedes familiar, loca de visiones, exaltada de muertos, ciega de trascendencia, desazonada y sola.

EL PROFESOR JUAN GUALBERTO

JUAN GUALBERTO, viejo profesor de derecho, política, historia y más cosas, pasea por la calle de Santa Engracia con sus fieles, ya madrugada, les explica y les cuenta:

—La otra noche, en casa de la duquesa de San Marcial, asistí a un espectáculo de irracionalismo y necrofilia que me hace temer una vuelta de las clases aristocráticas, con la monarquía, al viejo fundamentalismo anterior incluso a Franco.

Y les resume la escena.

Pasean por Santa Engracia, camino de un viejo tabernón donde todavía le dan al profesor anís machaquito, que es lo suyo, y que ya no se fabrica o casi no. El viejo profesor tiene un grupo de intelectuales, abogados, economistas, con el que proyecta fundar un partido socialista alternativo, mediante el que arañarle poder al PSOE.

—Estos chicos calvitos del PSOE no van a hacer más que una demagogia de colores planos y a meternos en la OTAN. El republicanismo azañista y el marxismo mecanicista tiene que volver ahora, que es su oportunidad.

Casi ninguno sabe lo que es el marxismo mecanicista, de modo que callan, escuchan y pasean. Las elecciones están cerca y Madrid es una ciudad que tremola, como una bandera, de eslóganes y caras. La noche de julio es como una novia vieja y amorosa, como una amante joven y vistosa que le coge a uno del brazo. Chamberí tiene un largo sueño de geranios y pianolas muertas en sus balcones galdosianos, en sus persianas a medio subir, a medio bajar, persianas verdes desteñidas por el sol que no se ponía en Flandes.

—El PSOE renovado viene fuerte y ese Isidoro tiene marcha.

—Yo nunca he probado el machaquito.

—Si hacemos un partido, tiene que ser buscando el voto de calidad, el electorado de clase media culta, profesionales y liberales, la España que resta del azañismo, hoy puesta al día por la pasada marxista.

El viejo profesor don Gualberto, como le dicen algunos, reparte doctrina y camina despacio. Es deferente con todo el que habla, pero se le ve fijo en su idea, en sus ideas, sólo atento a lo que él mismo dice y satisfecho de tener un auditorio reducido, peripatético y selecto.

—El machaquito es el mejor anís que se ha fabricado nunca en España.

—¿Y la marca viene del torero?

—Del torero, claro, pero de qué torero, porque machaquitos vienen nueve en el Cossío. Don Gualberto, el profesor, también es erudito en anises. Como mejor se funda un partido político es caminando. Caminando corren las ideas, circula la sangre, se le ocurren a uno cosas y se ve mundo. Don Gualberto también sabe todo esto y por eso hace pasear a sus muchachos.

—Además de «El Capital», resulta que el viejo profesor también se ha leído el «Cossío».

—Y todos ríen la broma.

Infancia soriana, estudios de niño listo, visión castellana de España, sobriedad institucionista, triunfos académicos y represión franquista. A él, como a Mario Goretti, lo echaron de la cátedra los bomberos de Franco, con la manga riega.

En el tabernón del anís machaquito todos degustan una fina copita culona, va siendo ya como un rito, como una comunión, como el nacimiento místico de un partido o una religión laica.

El tabernón está ilustrado de toreros antiguos y mujeres como la Goya o la Tirana. A don Gualberto, los de la casa le llaman profesor. Se ha liado un diálogo sobre la esencia y presencia de la cultura. El profesor, que estaba hablando con los taberneros, interviene hermético, irónico, siempre en sabio y en lapidario:

—Cultura, señores, es todo lo que ignoramos.

ENRIQUE BRINDIS

ENRIQUE BRINDIS, de la familia de los Brindis, una suerte de kennedis españoles, es linfático, leucémico e irónico. Enrique Brindis es un esdrújulo que lleva su esdrújula con gracia, desgracia y sonrisa.

Un día le llamó Suárez a su despacho, cuando Suárez tenía despacho:

—Que quiero que te inventes la M/30.

—Tranquilo, presidente, que yo me invento la M/30.

Y Suárez le hizo ministro de la cosa.

Enrique Brindis está casado con una mujer ilustre, pero que no le gusta. Como ambos se van a morir de cáncer, antes o después, como todo el mundo, el cómo se lleve el matrimonio es cosa que da un poco igual. Enrique Brindis es delgado, irónico, kennediano, con un mechón rubio caído sobre la frente y una mano con el cigarrillo, caída también, como si el fumaque le pesase insoportablemente. Es el mejor de los Brindis, después del padre que ya loquea entre el Papa y el padre Pilón, que le ha encontrado agua en una finca que no la tenía. Enrique Brindis se perfila como el líder de un partido liberal (derecha civilizada) que le pare los pies al socialismo que viene, pero Enrique Brindis es poco emprendedor y además empieza a sentirse enfermo. Su inteligencia, para él, su inteligencia política, quiere decirse, es más un juego que una herramienta para conquistar el poder.

—¿Y usted va para presidente del Gobierno? —le preguntan los periodistas recién salidos de la Escuela.

—Esas cosas nunca se preguntan así, joven. Así nunca le voy a decir a usted la verdad.

Enrique Brindis iba para presidente del Gobierno, o, cuando menos, para presidente de una derecha liberal, culta, moderna y kennediana. Pero le había cogido demasiado gusto a las grandes clínicas de Madrid, donde se sentía como en el Titanic a punto de naufragar.

—¿Y a usted qué le parece esta clínica, señor ministro?

—A mí me parece el Titanic a punto de naufragar, pero con un único náufrago.

—¿Que es...?

—Yo, naturalmente, joven. Cada día preguntan ustedes peor.

Y tenía razón.

Enrique Brindis gusta a las mujeres por inteligente y a los hombres porque tiene carisma de jefe. Eso que llaman carisma no es exactamente el aura que ve Fe Segovia en sus invitados, pero se parece algo.

—¿Y usted cree que el ministro señor Brindis tiene aura, señorita Segovia?

—Lo que creo es que tiene mucho talento, como su padre, que me pretendió de joven.

Fe Segovia, como todas las solteras maduras, presume de pretendientes ilustres en su juventud.

Enrique Brindis dice todos los días una cosa inteligente al jefe del Gobierno, una cosa divertida a la Prensa y una cosa triste a sus médicos:

—Que me encuentre peor, oiga.

Hasta se dice que le llevaron a Tejas y le hicieron un trasplante de médula, como a José Carreras, el cantante. Pero la leucemia siempre vuelve.

Por la noche, después de todo un día de ingenio, talento político y enfermedad, Enrique Brindis se refugia en las cenas de Áurea, embajadora del tercer mundo, donde le dan whisky, reposo, tranquilidad, auditorio y paz. Áurea es de un oro negro y guerrillero. Áurea tiene un cuerpo noble y sucio como todo el Oriente, como dijera Maurois, qué más hubiera querido Maurois que tirarse a Áurea, embajadora de muchos hombres, muchos dátiles, muchos pecados, guerrillera de la libertad negra y gran dama de los conciertos parisinos. Cuando Áurea se le insinuaba a Enrique Brindis, éste le decía sonriente, cogiéndole la crencha con una mano:

—Que el Brindis follador es mi hermano, amor.

Enrique Brindis es uno de esos personajes segundo imperio que tiene el perfume de su época antes de que pase la época, que tiene la insolencia, el distanciamiento y la ironía de su familia mejor que ningún otro. Explica que ha dejado a su mujer diciendo que su mujer le ha dejado a él. En cualquier partido, en cualquier ministerio, en cualquier sitio del Gobierno, del Poder, puede hacer una gran labor, pero de momento ha iniciado un crucero en el crucero de la gran clínica donde está hospitalizado. Desde aquí gobierna un ministerio, inspira a toda España, da alma a la transición, ironiza con los periodistas y escribe unos artículos largos y muy literarios (demasiado, como diletante que es) comparando la clínica con un viaje, que es la vieja manera barroca española de comparar la vida con un tránsito fugaz.

—¿Y usted es partidario, señor ministro, de hacer una M/40 después de la M/30?

—Yo soy partidario de que me dejen en paz, joven.

En su desprecio a los periodistas había un desprecio de clase y todo este capítulo se ha escrito sólo en pretérito, porque Enrique Brindis se muere, se murió o se morirá al final de la novela, yo qué sé, qué más da. La embajatriz mora le dona frutas y caricias. Suena una música africana y dulce, Brindis ha salido de la clínica para venir a esta fiesta. Al final se lo llevan al coche entre cuatro, rendido. «Valéry, es que he pasado la tarde leyendo a Valéry, y eso no hay quien lo aguante.»

FE SEGOVIA

LA CASA DE LOS RUIDOS ha salido en los papeles porque los vecinos denuncian ruidos misterios y crujidos, durante la noche, en todo el edificio. Parece que la casa está enduendada. Fe Segovia visita de vez en cuando al muerto del palacio de San Marcial. El inglés sir Thomas se volvió a Inglaterra y ella le ha prometido seguir en contacto astral con el muerto. Su amiga la duquesa, como la conoce y la quiere, ya le tiene el cadáver casi dispuesto, de modo que Fe Segovia manda salir a los criados, se queda a solas con el militar romántico y tendido, con la momia de almoneda y patriotismo, y le roza las manos de hueso, la frente de hueso, la hojalata y el oro de las cruces, la seda podrida del fajín, hasta sentirse llena de vibraciones y podredumbre, de poderes y más allá. El militar fue bello, la momia se conserva y Fe Segovia, con el poder que le ha imbuido su visita a este ser sobrenatural, sale al mundo dispuesta a cambiarlo. Lo primero la casa de los ruidos. Se va a ver al alcalde, que es entre franquista y tiene una Madonna en su despacho.

—Perdone, don Buenaventura, pero vengo a interesarme por el problema de la casa de los ruidos, en Entrevías.

—Usted, señorita Segovia, siempre tan sensible para los problemas de los humildes. Don Buenaventura, el alcalde, tiene algo de registrador de la propiedad de un pueblo remoto. Va con el pelo blanco a cepillo, el bigote de la guerra, gran puro en la boca y una varonía caballerosa de hombre que ha ido mucho de caza con los canónigos.

—Yo tengo poderes, usted lo sabe, y lo de la casa de los ruidos es un problema paranormal que me interesa mucho, por esa pobre gente y por los peligros sobrenaturales que les amenazan.

—Le informaré primero, señorita Segovia, que por debajo de la casa pasa el Metro y muy cerca la vía del tren. Mis expertos opinan...

—Conozco todos esos detalles técnicos, que no son sino la manifestación exterior de un fenómeno más profundo.

Don Buenaventura pasea su despacho barroco de alcalde, frecuenta la imagen de la Madonna, que es suya y se llevará consigo cuando le echen, la llena de humo y de besos.

—Pues usted dirá, señora mía.

El Ayuntamiento le debe un préstamo y unos réditos muy fuertes al Banco de Zacarías Segovia. A lo mejor la señorita Fe ni siquiera lo sabe.

—Que me gustaría hacer una visita a esos humildes, respaldada, a ser posible, por cierta autoridad municipal.

—Excelente idea. ¿Para cuándo, señorita?

—Si pudiera ser para esta misma tarde...

El despacho ha quedado lleno de humo y perfume italiano, del que usa la dama. En su cuadro, la Madonna, que tiene algo de Gioconda religiosa, se diría que sonrío.

La comitiva de coches, taxis, amigos, gentes, partió hacia el Este de Madrid. En cabeza va el coche del alcalde, con el banderín municipal y cuatro motoristas delante, abriendo paso. Cuando paran en algún semáforo, el alcalde le da un puro al guardia urbano. Llegan a Entrevías a media tarde. Guadalaviar, Crescencito, Isabel de Portugal, Eugenio Beltrán, Camilo Celis, Cristóbal Benito y algunos otros se bajan de los coches sacudiéndose un polvo que no llevan, como en una excursión de señoritos a principios de siglo. Luego miran en torno un desierto con vías férreas, unas chabolas y una fuente muy abundante, adonde beben cerdos y gallinas. Ellos miran el entorno y el entorno les mira a ellos. Un farallón de viejos negros, un graderío de parados e insolados, mujeres con un pañuelo de hombre atado a la cabeza, con cuatro nudos, como los ciclistas antiguos. El barrio ha comprendido que éstos vienen por lo de la casa de los ruidos. El alcalde saluda como en una inauguración o primera piedra, pero nadie responde. A su lado, Segovita, cogida de su fuerte brazo que hizo la guerra, se desescocña un poco la

compostura y los tacones por los desmontes, los espartales y los caballones. Los chicos del barrio miran las grandes motos de los guardias. Uno de los agentes conduce la comitiva hasta la casa de los ruidos. Es un edificio viejo y blanco, de cuatro plantas y un añadido, comido por el sol y dibujado por el humo de los trenes. La comitiva comenta:

—¿Y esta loca a qué nos ha traído aquí?

—Esto va a ser como lo del muerto de la otra noche.

—Pero qué urgencias, por Dios. A mí me ha cogido en batín y sin nada debajo.

—No nos cuentes tus intimidades, Crescencito.

—Es que a uno le gusta salir arreglado, aunque sea al Sahara, como esta tarde.

—¿Y qué es lo que buscamos en esta casa?

—Ruidos.

—Ruido ya hay bastante en Madrid.

—El que no tiene ninguna clase es el señor alcalde, y que Dios me perdone —secretea Guadalaviar.

—No esperarías encontrarte al alcalde de Zalamea, Fermín, marquesazo.

—Todo esto es una locura.

—Esta Segovita nos da una vida que no es vida.

—Si no fuera porque es ella y porque la queremos, yo no estaría aquí.

—Pues claro que la queremos, pero a mí esta mujer es que me suliveya.

—No te pongas popular, Crescencito, que esto ya es bastante pintoresco —le reprende Guadalaviar. Siempre hay entre ellos como una riña y una dulce reconciliación aplazadas.

En la casa de los ruidos, todo el vecindario está en las ventanas. La casa ha salido retratada en los periódicos, pero ahora los fotógrafos de Prensa, avisados no se sabe por quién, lo retratan todo. A la puerta de la casa hay una cabra, blanca y bella, que no deja de parecerse un poco a Fe Segovia. La cabra mordisquea tronchos. Les mira, se asusta y huye escaleras arriba, como una niña o un ángel anunciador.

El señor Teodosio San Federico puede que sea maestro ebanista, encurtidor o tundidor de pellejos. En cualquier caso se ve que es el jefe natural del inmueble, el hombre sensato y tranquilo, sabio y preciso, que necesita toda comunidad, y lleva en la boca un perpetuo palillo que viniera a ser como su cetro o vara de alcalde.

El señor Teodosio San Federico, que es apaisado, chato, serio, y huele a todos los oficios, recibe a Fe, el alcalde y su cortejo quitándose un momento la boina y poniéndosela otra vez.

—Mi sentir, señores autoridades, es que esta casa anda en peligro por el paso del Metro y el ferrocarril.

—Pero las propias vecinas dicen que la casa está encantada —gallea Fe Segovia.

El señor Teodosio San Federico les ha recibido en el comedor de hule de su casa, que huele a vino, en el tercer piso. Han tenido que subir tres tramos de escalera larga y empinada, salvo los que han preferido, como Crescencito y Fermín Guadalaviar, quedarse abajo fumando un poco. Vecinas y vecindonas, todo el personal femenino del inmueble marujea por pasillos, asomadizos, puertas y ventanas. El señor Teodosio San Federico parece preferir dirigirse al alcalde:

—Señor alcalde, ninguna casa soportaría mucho tiempo tanta vibración, Metro y vía férrea, y menos ésta, que es una casa del Instituto Nacional de la Vivienda, mala y vieja.

—Luego usted deduce...

El alcalde le ha dado un puro al vecino. En el alcalde don Buenaventura esto de dar puros es como un tic. El señor Teodosio se pone el puro en la oreja sin dar las gracias y sigue:

—Yo deduzco, aparte la parlería de los periódicos, que aquí se nos cae la casa encima

una noche de éstas.

—Luego sugiere usted un traslado. Eso no es fácil...

De la conversación va saliendo que el señor Teodosio San Federico es tipógrafo, gloriosa tradición de Pablo Iglesias, y quizá sea de la refundada UGT.

—¿Hay alguna persona, hombre o mujer, de conducta paranormal en esta casa, epilépticos o subnormales, me refiero, para que me entiendan? — tercia Segovita, viendo que el tema se le va de las manos.

Las vecindonas son unísonas:

—Hay un tonto en la buhardilla que vive solo recortando periódicos.

—Le subimos comida por turno.

—Su madre se fue con un barbero y padre no tenía.

—Tampoco tiene edad ni nombre, pero le llamamos Carmencito, porque su madre era la Carmen, y entre todos le vamos sacando adelante.

—A veces no se guarda ni las partes...

—Si usted quiere verle.

—Pues claro que quiero.

Y Fe Segovia sube la escalera pina hasta los desvanes del añadido, que huelen a sol de julio y pintura marrón. Carmencito, efectivamente, no tiene edad ni sexo, se diría, si el sexo macho no lo enseñase tan virginalmente. Está tirado en el suelo, recortando periódicos y revistas que las vecinas le suben con la comida, para que se distraiga.

—Leer no sabe, pero le gusta recortar los santos.

Todo el marujeo se ha subido tras doña Fe Segovia, a la que conocen por la prensa del corazón. Carmencito tiene unas partes blancas y hermosas, con poco vello, pero gran abundancia mitológica en el testiculario y el falo. Se dice que alguna vecina, al subirle la comida, le hace una paja o se la mama. Milagrosamente, como atraídos por el poderoso gilipollas, Crescencito y Guadalaviar asoman el cuezo por la puerta. Carmencito les mira a todos con indiferencia y sueño. Se ve que está acostumbrado a las visitas incómodas.

—Este muchacho emite radiaciones nocivas y potentísimas, esta presencia del mal explica los ruidos y alteraciones de la casa — explica la papila Fe Segovia con voz neutral—. Que se lo lleven en seguida a un centro de subnormales y la casa recobrará su paz.

—Es que también tiene ataques —dice la vecina del perejil prestado.

—Eso es la clave de todo —sentencia Segovita—. En sus ataques genera una potencia inconmensurable y maligna que pone en peligro la vida de la casa y la de ustedes. Hay que recluirlo.

El público es mayormente femenino, salvo Crescencito y Guadalaviar. Se ve que las abundancias y los dones mitológicos del tonto le han ganado la simpatía y la protección femenina en su soledad de subnormal sin padres. Pasa el Metro y todos tienen un jadeo de muerte. Pasa un tren y las ventanas se llenan de un humo alegórico que hermosea al mancebo sin cerebro.

Crescencito interviene tímido:

—Yo, por mandato de Guadalaviar, me ocuparía de trasladar a Carmencito a un centro adecuado,

Fe.

Y Guadalaviar:

—Estas gentes incultas ya se sabe cómo son y lo irán dejando de un día para otro.

—Me parece generoso y cristiano por vuestra parte —dice la pánfila Fe Segovia.

Don Buenaventura, en tanto, se despedía cordial, en el tercero, del señor Teodosio San Federico, y le regalaba un segundo puro, con vistas a las elecciones, que ahora no es como con Franco y la alcaldía hay que ganársela.

La gran comitiva vuelve hacia Madrid, ahora con algún aplauso desganado de los

parados y las viejas de Entrevías, que han oído que se va a hacer justicia. Los cuatro motoristas municipales de gala van delante, con grande polvareda. Tras el coche escolta, el coche del alcalde, con banderín municipal, y en él don Buenaventura, el alcalde, y Segovita, muy en santa milagrera:

—¿Contenta, señorita? —pregunta el alcalde.

—Más contenta si usted no fumase esos puros apestosos.

—Perdón, señorita.

Y tira el puro por la ventanilla.

—Cuéntele a su padre, mi querido don Antonio Zacarías Segovia, esta interesante aventura que usted ha capitaneado.

(Y el alcalde medita en sus deudas municipales al Banco de Zacarías.)

Crescencito y Guadalaviar, en el fondo del último coche, se miran a los ojos y sonríen, recordando los genitales bíblicos y púberes de Carmencito. Hasta se cogen una mano.

ALICIA CARROLL

ALICIA CARROLL tiene los ojos de mujer fatal, la melena de ángel de Pasolini, la boca de puta y el cuerpo de Norma Duval. Alicia Carroll, que es de Albacete, pero habla un entrefrancés sugestivo, tiene unos testículos y un mandado, o sea el pollamen, de magnitudes excepcionales. Alicia Carroll, Nazario de nacimiento, hace su número todas las noches en un club gay de Tirso de Molina. La mariconería madrileña se arremolina por verla y pocos son los íntimos que acceden a su camerino. Alicia Carroll hace un número de mujer fatal. Alicia Carroll canta mal, baila mal, habla mal, pero su cuerpo gusta a los hombres y a las mujeres. Alicia Carroll es el unicornio de la noche madrileña.

—Hija, Alicia, que cada día estás más guapa —dice Guadalaviar mirando el desnudo de Alicia en el espejo del camerino.

—Yo diría que cada día está más artista —corrige Crescencito, que se ha traído un modelo ranglan que es una preciosidad.

Nazario, ajeno a los elogios de sus buenos amigos, se desnuda entre armarios, y al fin se sienta, en bolas, entre los dos.

—¿Os ha gustado la función?

—Te superas cada noche, Alicia.

—A los machirulos es que los traes locos —gestea Crescencito.

—Y quién tuviera ese poderío para los hombres que tienes tú, Alicia.

Nazario, con las piernas cruzadas, todo el taller al aire y un rictus macho en la boca, se lía un cigarro de negro y parece descontento.

—No sé, no me gusto a mí misma.

—Has triunfado en Madrid, Alicia.

—Lo que no debieras es seguir liando picadura de negro.

—¿Por qué?

—Eso te hace la voz más hombre y te masculiniza un poco.

—En Albacete, y lo mismo en Carcagente, donde hice la mili, se seguía liando el negro. Es un vicio que no me he quitado.

—Si lo supieran los espectadores que te ven fumando en boquilla, tipo Gilda.

—Yo soy más Gilda que la propia Gilda, y además tengo lo que ella no tenía.

Fermín Guadalaviar, marqués de lo mismo, se pone erudito:

—Tú eres, como Julio César, la esposa de todos los soldados y el marido de todos los senadores.

—A mí no me vengas con historias de antiguos, Guadalaviar.

—No hago sino glosar tu singularidad.

—¿Me habéis traído un poco de coca?

—La que pidas, Alicia, eso ya sabes.

Nazario esnifa la coca y luego se fuma despacio su pitillote de negro mal liado.

—Ahora me siento más tranquila.

—Así me gusta, Alicia.

—Qué pechos, qué muslos, qué polla, eres la perfección griega, Alicia.

—Sí, pero me falta culo y caderas, y el personal se fija —aduce, sañado, el señor Nazario, que hizo la mili en Carcagente, de cabo primera.

—Qué se han de fijar, qué se han de fijar, cosas tuyas, Nazarito.

—No me llames Nazarito que me jode.

—Uy, perdona, Alicia, hija, pero de verdad que el caderamen y el nalgatorio lo tienes justo, sin esas ordinaciereces de las tiacas.

—Las tiacas vienen a ponerme defectos.

—Que se los pongan a sus maridos. Díselo así en el escenario.

—No puedo. Son mi público y me dan de comer.

—Nosotros también somos tu público, Alicia.

—Vosotros sois mis camellos.
—Camellos no, que no te cobramos la mercancía.
—Esperáis cobraros en material.
—Y a quién le amarga un dulce.
—¿Es que nunca nos vas a dejar hacerte siquiera una pajita?
—Y hasta una mamada, siempre que no falte la coca.
El camerino es largo y estrecho. Huele a humedad y enfermedades. Nazario se mira de reojo en todos los espejos. Ahora hay un clima de coca, tabaco negro y el coñac que toman los visitantes.
—Por retambufa no esperéis que voy a daros jamás. En eso estoy muy cara.
Crescencito se insinúa, maligno:
—Un día podría faltarte la coca.
—Y qué.
—Que no tendrías coca por menos de un polvo.
—A ti todavía te lo echo, pero esta vieja de la Fermina anda ahí que se muera.
—Alicia, hija, yo siempre he sido bueno y desinteresado contigo. Ya sé que mi ancianidad no te anima, pero me conformo con tu amistad.
—Ni amistad ni hostias. Sois dos camellos.
—Dos camellos gratis.
—Dos camellos gratis que esperan el pago en polla.
—Te queremos y te admiramos.
—Y una mierda.
Nazario esnifa más coca y se lía otro pitillote de picadura. Crescencito y Fermín, al lado de su cuerpo desnudo y bisexual, viven fascinados, entregados, felices.
—Por nosotros nunca te faltará la coca ni nada que pidas.
—Gracias y hasta otra.
Crescencito hace morisquetas en la despedida. Guadalaviar se inclina de pronto y le besa el capullo a Alicia Carroll. Alicia Carroll le da una hostia.
—Hijo, qué maneras.
—Bussinnes is bussinnes —anglosajoniza Alicia. Los dos pelmas se van.
Alicia Carroll, desnuda frente al tocador, se da albayaldes y retoques. Alicia Carroll, frente al tocador, se hace un pajote con su gran picha de cabo primera en Carcagente. Nazario, el hombre más bello de España, se riza el pelo delante del espejo, con el secador y la laca. Nazario, el hombre más bello de España, se va poniendo una lencería francesa, femenina, delicada, rosa y blanca. Nazario es en el espejo la mujer más hermosa y tentadora de Madrid, Nazario, en su soledad femenina y espléndida, como una Norma Duval de plastiqué, va liando el pitillote del tabaco cuarterón de la mili.

BRÍGIDO

ISABEL DE PORTUGAL SE BAÑA desnuda en la piscina de Brígido, Somosaguas. Julio es una gracia de frutos pálidos y flores rubias en el cuerpo de Isabel de Portugal. Brígido, en camisola y pantalón corto, con zapatillas de chancleta y gafas de relojero, anda enredando entre sus cosas de solitario. Brígido es alto y un poco gandulón, y tiene la cabeza y la barba (corta) rizadas y blancas como de emperador romano de la decadencia o de filósofo presocrático que no figura en la lista.

—¿Y cuántas muñecas tienes ya, Brígido?

—Veintiuna. Lo último que he recibido de París es un bellezón. Se llama Solsticia.

Es la media tarde. El gran jardín de Brígido se abre como una sola flor, verde y monstruosa, blanca y caliente, en torno a la piscina, de un azul artificial. Isabel y Brígido se han sentado a la sombra, bajo el gran magnolio de la hora, a tomar un whisky y fumar un cigarrillo.

—Pero tu preferida seguiré siendo yo.

—Claro.

Brígido vive en su gran chalet de Somosaguas, solitario, con sus muñecas de tamaño natural.

Canta un pájaro. Picotea una urraca. Vuela el primer murciélago. El sol se baña, como un semidiós desnudo e intruso, como un intruso de oro, en la piscina caliente, grande y sola. Brígido e Isabel de Portugal se fueron una vez a París y encargaron una muñeca de goma que era igual que Isabel, quien posó desnuda para el diseñador industrial.

—¿Hacemos mucho el amor últimamente, Brígido?

—Casi todas las noches, Isabel.

Y Brígido la mira por encima de sus gafas de relojero, con una sonrisa de infantil maldad.

—¿Y no me traicionas con otras?

—Que no, que no.

Pero Brígido baja la cabeza como un niño, un niño de casi sesenta años, para mentir.

—¿Y ese bellezón de Amsterdam?

—Bueno, he tenido que probarla.

—¿Has tenido que probarla?

Y la Portugal finge unos celos cómicos que esconden algo más negro.

—Hay que amortizarla, mujer, hay que ir amortizándola.

Brígido tiene un sentido estricto y restringido de la economía que es conocido por sus amigos, el mismo círculo de Isabel de Portugal. Brígido es como el Luis II de Baviera de las muñecas de goma y otros modernos y carnosos materiales.

La Portugal bebe, fuma, sonrío, ríe. Mira con amor a Brígido, ahora que él está con la cabeza baja y enredado con unos nudos de pescador.

—Brígido, lo nuestro es un poco raro, ¿verdad?

—¿Lo nuestro?

—Vete a la mierda.

Y la Portugal se extiende sobre la hierba. Una batalla medieval de sol y sombra se plantea sobre su cuerpo de pechos seguros, de vientre esbelto, de coño rubio y muslos inesperadamente poderosos.

Canta su feo canto la urraca. El mes llega, sin saberlo, a su apoteosis de luz, oro y sangre. Brígido canturrea como para sí cosas antiguas, de las películas cífesa de los cuarenta, bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez, o algo así.

—Cómo desafinas, Brígido.

—Ya sabes que no es lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo, amor? —pregunta Isabel, con un calambre de ironía en la voz.

—¿Dime, Isa, en qué se diferencia una hechicera de una bruja?

—Otra vez el viejo chiste. Vete a tomar por cofa. Brígido ríe como un dios plebeyo,

mientras se levanta y se aleja:

—En tres años de matrimonio, jajajá...

Isabel se queda sola. Se pega otro baño y busca más whisky. Ahora, su cuerpo desnudo está vestido de humedad en la espalda, de oro en los hombros, de sombra en los pechos, de blancura en los muslos, más las sandalias de luz de sus pies góticos.

Canta la urraca su feo cántico, mientras pica ciruelas. Vuela, ya se ha dicho, el primer y desconcertado vencejo, o murciélago o lo que sea, Isabel no entiende. Ladran perros en otras fincas y canta un bracero lejanísimo.

—Estoy hasta las tetas de tanto bucolismo —se dice Isabel.

Se levanta a mirar por la rendija de persiana que ella ya sabe y encuentra lo que esperaba: Brígido se está follando la muñeca que es la viva imagen muerta de ella, de Isabel de Portugal. Isabel vuelve a la piscina, se sube en la colchoneta flotante, con whisky y libro de Francisco Umbral, y deja pasar el tiempo. El tiempo, el hombre, pasa solo, pasa como puede, en las lentas tardes de julio. Canta la urraca, etc.

Dos horas más tarde, cuando todas las flores del jardín principian a volverse moradas y el gran magnolio del día perfuma con una desesperación de muerte, Isabel, que quizás ha entredormido un poco, se pone un chal indio sobre su cuerpo desnudo y resfriado, y entra en la casa con pie descalzo y sandalias de silencio.

Sube al primer piso. Brígido, bien bebido y bien follado, duerme boca arriba, en su cama, con la bragueta de las bermudas abierta. Isabel desanda el camino hasta encontrarse con su doble parisina, la muñeca de sustancias misteriosas y lujuriantes, todavía caliente de la fiebre del hombre. En toda la casa sólo se oyen los ronquidos de Brígido.

Afuera pasa la totovía, picotea la urraca, vuela el último vencejo y el primer murciélago, yace la piscina como un hermoso cadáver de agua y sol.

Con la punta del cigarrillo, Isabel de Portugal le quema los pezones a la muñeca.

JUAN GUALBERTO

EL VIEJO DON JUAN GUALBERTO, el profesor de ética marxista, el mártir de Franco, el hegeliano de Chamberí, camina por Santa Engracia, en la noche dulce y caliente de julio, acompañado por su discípulo, Raúl Ordóñez. Van camino del tabernón del anís machaquito, pero el grupo (partido político en embrión) se ha reducido a ellos dos.

Son más bien la ausencia de un partido.

—¿Qué ha pasado aquí, Ordóñez?

—Que los sondeos son los sondeos y hoy los sondeos tienen importancia de elecciones generales en un mundo informatizado.

—De modo que nos hemos quedado solos por los sondeos.

—Alguno volverá.

Lo cierto es que en la reunión política de la tarde, en el piso de Marqués de Cubas que servía de sede al futuro partido (un socialismo a la izquierda del PSOE), se recibieron por ordenador los sondeos previos a los sondeos previos y la formación del profesor está bajísima de votos.

—Lo que más me asombra es lo del queso, Ordóñez.

—¿Y qué es lo del queso, profesor?

—Que cuando todos se habían ido y usted se quedó apagando las luces, yo bajé delante y les vi a todos en el bar de abajo, por el escaparate, comiendo queso, mucho queso.

—No está mal la anécdota, jefe, pero no es más que una anécdota.

—¿Pero por qué comían tanto queso? Quisiera yo comprender la relación ontológica entre el queso y la frustración política. Y estaban muy alegres, parecían liberados de algo.

El fieltinfiel Ordóñez sonríe ante la capacidad del maestro para seguir haciendo boutades en el fracaso y el aislamiento. Santa Engracia es un ancho río de soledad y noche, de silencio y sombra, por donde caminar, como por la orillas nocturnas del Rin, meditando en las vanidades de la política, la soledad de los perros y la amistad del alcohol, que siempre espera, como un chulo viejo, a los hombres golpeados y cumplidos. El Madrid pre-borbónico es una paz de hogares dormidos y putas discretas en las esquinas.

—Este rey viene de Franco, Ordóñez.

—Pero está traicionando heroicamente la herencia de Franco.

—¿Pruebas?

—El que un hombre como usted pueda formar un partido político.

—Eso. Un partido político para que los amigos coman queso en régimen de partido, en lugar de comerlo en casa.

—Todo va a cambiar.

—El suarismo es un franquismo con buenos modales.

—Lo que viene es el socialismo, profesor.

—Un socialismo auspiciado por los americanos y por el Papa.

—Para evitar eso estamos nosotros.

—A nosotros nos pierde el queso.

—Yo creo que los compañeros volverán.

—Y yo creo que los ordenadores se equivocan, porque la democracia es cosa de hombres, desde los griegos, y no de esclavos (los ordenadores son hoy nuestros esclavos).

—Pues ya está.

—Pero es que en estas elecciones no van a votar los individuos, sino los ordenadores.

—Exagera usted un poco, profesor.

—Sólo lo imprescindible para que usted me entienda.

Ante esta delicada insolencia del jefe, ambos callan y caminan. La verdad es que les

apetece contrastar sus penas con el machaquito. El profesor Gualberto lleva el mismo traje cruzado y recio, con chaleco, del invierno, pero no acusa el calor, y Raúl Ordóñez va con un trajecillo ligero de último de Filipinas. Santa Engracia tiene tramos muy hermosos, con buen comercio, ahora cerrado, claro, que alterna graciosamente con la pequeña y mediana industria, o sea el tallercito eléctrico y la bombilla encendida toda la noche del practicante de guardia.

—Ya hemos llegado, profesor. La verdad es que empezaba a cansarme el paseo, con este calor.

—Ustedes los jóvenes se cansan pronto.

En la esquina de Santa Engracia con la plaza de Chamberí está el gran rótulo del fotógrafo Alfonso, que es generacional. Ya todos los Alfonsos se han muerto, pero el rótulo sigue ahí, como la bandera de un navío varado para siempre. Los Alfonsos fotografiaron todo el siglo xx, pero hoy nadie se acuerda de eso, salvo el profesor Gualberto. Los jóvenes falangistas y los jóvenes socialdemócratas que entran a gobernar desde provincias, no conocen Madrid ni les importa.

En la esquina de Ríos Rosas hay una gasolinera modernista que un tiempo estuvo servida por señoritas. Eran los años sesenta, la moda de las señoritas. Luego casi todas acabaron haciendo estrip-tease, cuando el destape, o directamente de putas en la calle de la Cruz.

Santa Engracia es una calle señora, madrileña, con apresto y anchuras y hechuras de gran calle, que unos años humillaron llamándola Ruiz de Alda o algo así. El profesor Gualberto y su fiel Ordóñez entran en el tabernón del machaquito.

—Machaquitos ha habido muchos, en el Cossío vienen nueve, Ordóñez, me parece que ya se lo he contado a usted.

—¿Y éste que sale retratado en la botella?

—Éste es el legal, como diría Ramoncín, el legítimo. Se retiró muy tarde, bien cumplido, maestro de la fiesta, y vivió en Córdoba, su pueblo, rodeado de veneración y cariño, hasta los noventa años. Así me gustaría acabar a mí, Ordóñez.

—¿Cómo, jefe?

—Como un viejo torero antiguo.

CARMENCITO

EL LORO DE GUADALAVIAR se llama Perejil y sabe decir yo soy yo y mi circunstancia.

—¿Y por qué se empeñarán en llamar a este loro Ortega, que es un apellido artesano, cuando está tan claro que se llama Perejil?

—Nunca se sabe, señorito.

Carmencito, el loco frenético, el epiléptico recogido por Guadalaviar, vive en el desván abuhardillado y confortable, pero le gusta bajar al jardín y conversar un rato con el loro, que tiene un cerebro mucho más acreditado que el suyo:

—Perejil, lorito, maricón.

—Yo soy yo y mi circunstancia.

—Que no entiendo a este loro, don Guadalaviar.

—Es un resabiado y un masón. Tú déjale que hable.

—Perejil, lorito, ¿te gusta la lechuga fresca?

—Yo soy yo y mi circunstancia.

—Con este loro es que no hay manera de entenderse, don Guadalaviar, dice unas cosas rarísimas.

—Y encima le llaman Ortega, hijo.

—¿Por qué Ortega?

—Y yo qué sé, porque la gente es mala. En la siestorra calentorra del agostorro, Guadalaviar sube a la buhardilla confortable de Carmencito con bocatas campofrío.

—Te traigo un tentempié, hijo. ¿Me dejas que te haga una pajita?

Los genitales blancos y enormes de Carmencito, entre renacentistas y pornográficos, tienen en una llaga a Guadalaviar.

Carmencito se come los bocatas campofrío mientras Guadalaviar, el viejo, le hace una pajita con sus manos artrósicas y su boca sin dientes, para no dañarle, como las que hacía doña Emilia Pardo Bazán a Galdós y Blasco Ibáñez, quitándose la prótesis. Cuando la eyaculación, Carmencito suspira levemente y sigue buscando comida entre el papel de plata.

—¿Te ha gustado, Carmencito, hijo?

—Muy bueno el embutido, don Fermín.

Y don Fermín Guadalaviar, marqués de Guadalaviar, llora lágrimas de viejo sobre los genitales blancos y hermosos del tonto angelical.

Crescencito es otra cosa. Crescencito viene, llega, coge, agarra, y le da por el culo directamente al tonto.

—No irás a tirártelo, Crescencito.

—¿Pero no ves que es tonto, Guadalaviar?

—Por eso merece un respeto.

—Tú porque no se te empina. Allá arriba que me subo. Y voy de esmoking.

—¿Quieres llevarle provisiones a nuestro ángel?

—Ni provisiones ni hostias. Éste lo que necesita es provisión de culo.

Crescencito, que es el macho de este clan de homosexuales, le da por retambufa al tonto a placer, y parece que le gusta. Luego el tonto le pide provisiones y Crescencito le llama puta:

—Putas, que eres una puta, sólo las putas piden cosas después del polvo.

Carmencito tiene un culo grande, redondo, hermoso, casi femenino, pero hecho, ay, de carne masculina que no excitaría a ningún macho, y Crescencito es el que lo disfruta. La penetración de Crescencito daña los esfínteres del tonto, pero al tonto le gusta. Cae la tarde. Fermín Guadalaviar, de esmoking, sentado en un banco del jardín, fuma egipcios y espera a Fe Segovia, que la Segovita viene esta noche a cenar. Cae la tarde. Crescencito, señorito andaluz, terrateniente y sin un duro, asimismo de esmoking, baja de follarse a Carmencito y se sienta en silencio junto a su amigo

Guadalaviar. Cae la tarde.

—Yo soy yo y mi circunstancia.

—Tú eres un loro hijoputa y redicho que no dice más que bobadas.

—Adrián, amor, no me trates así al loro.

Adrián, desde que Carmencito se instaló en la casa, está como celoso y tarasca. Y se desespera con el loro, por persona interpuesta.

—Yo soy yo y mi circunstancia.

—Lorito de mierda, te voy a sacar de la jaula y te voy a dar dos hostias.

—Yo soy yo y mi circunstancia.

Adrián ha subido a la buhardilla de Carmencito, con zapatilla de silencio, y le ha dicho al tonto, menos inteligente que el loro, la frase enigmática.

—¿Y tú qué me traes, Adrián, la merienda?

—Yo te traigo una polla que te va a entrar entera.

Carmencito se asusta y se enternece.

Adrián, celoso de los privilegios de Carmencito en la casa, está dispuesto a resolver la cuestión. Le da a Carmencito por cofa y le masturba. El tonto gime, ríe, llora, habla, dice yo soy yo y mi circunstancia. Adrián le clava entre las paletillas, a la altura del corazón, el cuchillo de desescamar el pescado. Carmencito cae muerto en el acto. Cae la tarde.

Fe Segovia llega a cenar en el Austin de papá. Es tarde y hace fresco, pero cenarán en el jardín. Adrián sirve la mesa con las manos teñidas de sangre, bajo los guantes blancos.

—Que he matado al tonto, señorito.

—Y precisamente esta noche, que tengo a Segovita a cenar.

Fermín ya contaba con esto cualquier día.

Candelabros, luz patética, luna de julio, jardín con los últimos resoles, gatos y tortugas, el loro dormido, los gatos egipcios por el fondo de las alamedas. «Que he matado al tonto, señorito.» «Y precisamente esta noche.» Los celos le han cegado. Candelabros, luz de gas, luz que agoniza, Crescencito y Fermín tienen una larga cultura cinematográfica. Un gato le iría bien en la cabeza al egipcismo de Fe Segovia, pero los felinos recelan de ella.

—¿Y cómo está mi querido Carmencito, al que fuisteis tan buenos en recoger?

—En Almería, en una residencia para subnormales rehabilitables, desde donde nos escribe unas cartas muy hermosas.

—Me gustaría ver alguna.

Los gatos egipcios miran de lejos a esta egipcia falsa. Lo de las cartas ha sido un error. «Bueno, otro día con más calma, están todas en mi apartamento de Madrid. Incluso creo que eres tú la destinada a guardarlas.» Cae la tarde, cae la noche. Cae la luna. El cadáver del tonto, blanco y hermoso, se enfría en la buhardilla. El loro aún cloquea bajo la funda negra que le ponen:

—Yo soy yo y mi circunstancia.

CUQUI FIERRO

A CUQUI FIERRO, muy de mañana, le preparan el pelucón natural para cualquier fiesta de la noche.

—Cada día está usted más vistosa doña Cuqui.

—Gracias, hija.

A Sara Montiel, muy de mañana, le preparan el pelo liso, con raya al medio en bandós, como la enseñó a peinárselo su marido, su difunto marido, Anthony Mann.

—Cada día está usted más guapa, doña Antonia.

—Gracias, hija.

Sara Montiel permite a las peluqueras de confianza que la llamen Antonia. De donde son los cantantes. Ahí están los cuatro, triste lote de genios celulíticos, cancerados de gloria, pálidos de quirófano y malfamados de pluma. Montserrat es una María Callas cebada para la matanza. Doña Lola grita a los reporteros, de acera a acera de la Castellana (la Castellana es más ancha de noche, como un Amazonas madrileño):

—Umbrá, Umbrá, joputa, constipaílo, que te voy arrancá loj huevo si escribe tú más de mí.

Las adolescentes del último piso del Real, siempre se enamoran de José Carreras, que sale a cantar dejando en el camerino a la muerte, como una puta vieja e impresentable. El Rapa, Raphael, tiene una voz de terciopelo macho que jamás tendrá Julito Iglesias, ese Sinatra de Pinochet. Don Jaime de Mora y Aragón ha realizado mejor que nadie el modelo de señorito verdemadriles, cruzado de hidalgo golfo que vive de sus deudas y empeña todas las semanas el clavel de la solapa, en el Monte de Piedad, para ir comiendo.

Cuando su hermana Fabiola salió reina de los belgas, le robó el diario íntimo y quería subastarlo. Fermín Beltrán, Crescencito y Adrián, el valet, trabajan toda la noche, una vez que se ha ido Fe Segovia, para enterrar a Carmencito en el jardín.

—Sabía que un día u otro ibas a hacerlo, Adrián.

—Usted disimule, señorito, pero uno estas cosas las resuelve así.

—Te has pasado Adrián, te has pasado —sentencia Crescencito, dándole al pico y la pala con su juventud de maduro. Los tres de esmoking, los tres cansados y aburridos, los tres en mangas de camisa, bajo un semidiós desnudo de fabricación en serie, cavan la fosa del muerto, por el que nadie va a preguntar nunca, salvo la tonta Segovita.

—Yo le voy a escribir a Segovita unas cartas del tonto que van a ser un primor.

—Es lo menos.

La Caballé está demasiado gorda para hacer de Julieta, es una Julieta con gota, y así no funciona. José Carreras está demasiado enfermo para hacer de cualquier cosa. Sara Montiel todavía luce sus buenas piernas. Cuqui Fierro luce su peinado hacia arriba, que la hace más alta y más joven. Lola Flores llora de alegría, Carreras ríe de tristeza, el Rapa tiene un riñón parado y está a régimen, pero la garganta le va como los ángeles. Don Fabiolo toca el piano en Marbella, y en su música hay la tristeza, la angustia y el whisky de un marcapasos. La Reina Fabiola, su hermana, ha dejado abandonados en Madrid un montón de perros, el amor todo lo puede, y los perros lloran en un rincón del jardín bajo las cámaras de la prensa internacional. Fermín Guadalaviar siente que le va a dar el infarto.

—Que me va a dar el infarto, hijos, de tanto socavar.

Se sienta sobre la tierra, se mete una pastilla bajo la lengua y espera. Esto de tirarse infantes locos tiene su belleza y su grandeza, pero luego lo pagas con el entierro, todo se paga en esta vida, y lo rico que estaba el Carmencito, me recuerda un mancebo que me beneficié, años treinta, en un reservado de la Gran Peña, yo soy socio de todos los clubs de Madrid, pero lo resuelvo no yendo a ninguno.

—Venga, Guadalaviar, que a este ángel lo hemos matado entre todos.

Crescencito trata de quitar hierro a la muerte del tonto y sonrío en la noche al valet Adrián, con quien pone cuernos a Guadalaviar siempre que puede.

—Hijo, qué presencia de ánimo tienes, Crescen.

—Estamos enterrando a un muerto, como mandan las obras de misericordia.

—Al que previamente hemos matado.

—No tú ni yo, Guadalaviar.

Crescencio y Adrián cruzan una mirada dura bajo la media noche.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el reo está en nuestro poder.

El muerto, envuelto en una manta, es sólo un bulto bajo la luna. Crescen y Adrián se sostienen la mirada.

—Tengo yo mucho más que denunciar que ustedes, ricos de mierda.

—Tranquilo, Adrián. Sólo se trata de que sepas tu situación. Has matado a un hombre y sólo nosotros somos los testigos.

—O sea, a tomar por retambufa en esta casa toda la vida.

—Yo no soy de la casa. Habla con el marqués.

—El marqués hace lo que digas tú. Yo digo que me voy.

—Y una mierda. Estás controlado.

—Puedo acabar con vosotros como acabé con el tonto.

—Yo soy yo y mi circunstancia, Adrián.

Guadalaviar, recostado en los caballones de tierra de la tumba, asiste al diálogo de los dos hombres, donde la luna pone su grito de pecheras blancas y la noche su bulto de crimen.

—Eso no es más que una pijada del loro.

—Eso es una sentencia de don José Ortega y Gasset, el primer filósofo de España y quinto de Alemania. Y tu circunstancia, Adrián, es la sumisión o la cárcel.

—¿Me van a matar por un filósofo?

—Te van a matar por un crimen, Adrián, amor, que por otra parte eres un bellezón de hombre. Por un crimen.

MAGDALENO APÓSTOL

EL PALACIO DE SAN MARCIAL y la Embajada tercermundista de Áurea fueron los dos salones políticos y literarios de Madrid en los tiempos de la Santa Transición.

A la Embajada de Áurea iban gentes como OPS, el humorista surrealista y cruento del tardofranquismo, como un niño de los curas, y su chica, como una niña de las monjas. A la Embajada de Áurea iba Rosa María Mateo, musa espontánea del socialismo renovado, e hija de un militar franquista de Burgos. A la Embajada iba Luis Eduardo Aute, que jamás ha conseguido borrar su perfil de existencialista cutre de las Cuevas de Sésamo, calle del Príncipe, Tomás Cruz. Con Aute iba su musa, que tenía algo de existencialista desnutrida, de Juliette Grecó en el paro. A la Embajada iba Ramoncín, disfrazado de John Lennon, e iba su mujer, una judía argentina tetona y coñazo que hizo algo de cine. A la Embajada iba Francisco Umbral, demasiado elíptico de escritura para saber en qué punto político estaba, pero muy claro, en cambio, en sus entrevistas: un hombre del eurocomunismo de Carrillo y Berlinguer. A la Embajada iba Felipe González, mozallón de pana y vaqueros, pisando los entarimados como un revolucionario, con barba de tres días y la seguridad dialéctica de que España era suya, como el que ya se ha tirado a una mujer.

A la Embajada iba Carmen Romero, esposa de Felipe, dulce, simpática, riente, captando adheridos no por la línea dialéctica, sino por la línea de la amistad.

El que menos me gustaba de todos era Umbral, el que me parecía más falso, siempre envolviendo mentiras y verdades en su prosa barroca, ruanesca, celiana, tremendista y sensitiva. Lo jodido es que el público le leía. Y mucho. Los directores no son tontos y no tiran su dinero en pagar a un columnista ilegible.

Por el salón de la San Marcial iba Fraga, el hombre/conferencia, que no dejaba hablar a nadie hasta haber terminado su rollo, que no terminaba nunca. Por el salón de la San Marcial iba don Carlos Arias Navarro, a llorar lo que le faltaba por llorar en la televisión, porque no le habían dejado más sitio.

Entre estos dos salones se dirimía la política española y el porvenir de España. El jeque de Fe Segovia se llama Magdaleno Apóstol y es un hombre cuadrado, grande, de bigote fiero y breve, un árabe con algo de cartaginés, un rico del petróleo.

—Tú y yo, Fe, fuimos hermanos en una vida anterior, tú y yo, Fe, estamos destinados a entendernos y conocernos.

Fe está fascinada y dice que sí mientras el jeque no pase a mayores.

El jeque tiene un rolls de verdad, cuatro hombres que le guardan y mucho dinero en petróleo. A Fe le han enseñado sus papás que sólo los hombres con mucho dinero ofrecen de verdad amor eterno.

A Fe y a Magdaleno Apóstol se les ve mucho por los grandiosos vestíbulos circulares del Ritz y el Palace. ¿Bajan de hacer el amor en una habitación? ¿Son dos amigos que han coincidido en la religión de la irreligión, o sea la magia, o en esa otra religión aún más mágica, o sea el dinero?

—Tú y yo, Fe, hemos sido hermanos en una vida anterior y estamos llamados el uno para el otro.

El jeque, sin sus galas de jeque, tiene algo de estibador argelino.

—Eso de la otra vida me parece bien y verdad, Magdaleno Apóstol, pero ¿cómo se hace realidad entre nosotros?

—Te lo diré esta noche, en la cena que tenemos con tus amigos.

La cena con los amigos de Fe era en el Paseo de La Habana, en un restaurante oriental donde se come cuscús y se baila (las bailarinas profesionales de la casa) la danza del vientre.

Entre los comensales, Isabel de Portugal con Brígido, la San Marcial con un bailarín, Crescencito y Guadalaviar por libre, y en este plan.

Entre cuscús y cuscús, el jeque Magdaleno Apóstol coge a Fe Segovia de una muñeca

y le dice:

—Tú no vas a dormir esta noche a casa de tus padres, tú te quedas esta noche conmigo, todas las noches, las mil y una noches (sorprende la cita erudita de un texto oriental que sólo hacemos los occidentales).

El rostro de Fe Segovia cambia, se hace enérgico, blanco y violento:

—Escucha, moro de mierda. Yo no quiero acostarme contigo ni vivir contigo. Yo no me voy de esta cena porque estoy bien educada, pero al final me espera el chófer de papá para volver a casa y olvídate de mí. Yo no voy a ser una mora más de tu harem.

El momento ha sido tenso, pero la Portugal y las otras acuden a apagar el fuego/Fe.

—No hagas caso, es un loco, no nos conoce a los blancos, te lo tiras y sacas lo que puedas, luego que se vaya a tomar por cofa, que es lo que realmente les gusta a los árabes.

Al terminar la danza del vientre, el jeque pide permiso para ir a los lavabos. Al cabo de media hora se comprende que no va a volver nunca más. Fe paga la cuenta de todos a nombre de su padre, o del Banco de su padre. Se van disipando los grupos en coches y amigos. Fe Segovia es un poco la novia a la que el novio ha dejado plantada a la puerta de la iglesia. Se organiza una caravana de autos para llevarla hasta su casa/palacio, en la calle Don Pedro.

Del jeque nunca más se supo, de momento, salvo que sus pozos estaban agotados y vivía de un crédito sin fundamento; Fe Segovia, de tarde en vez, sueña en él como en un Sandokán cuadrado y violento que vino a redimirla de su vida triste de princesa solitaria de la jet. Fe Segovia sueña, sufre y se duerme.

Magdaleno Apóstol, el gran jeque o barón del petróleo, desapareció de Madrid dejando muchas deudas.

SARA MONTIEL

SARA MONTIEL se había convertido en la musa transitoria del socialismo por unas declaraciones al Blanco y Negro diciendo que ella había sido socialista de toda la vida, que tenía hermanos, primos y tíos socialistas en todos los penales de España (Ocaña, Alcalá/Meco, el Dueso, Etc.). Sara Montiel, nacida Antonia en Montiel, o sea María Antonia Abad, organiza unos cirios en su casa que tienen cierta gracia retro. A la manchega no le falta vista para ponerse al día y estar con lo que viene:

—Que yo no fui nunca a La Granja a bailar para el enano.

—A lo mejor es que no le gustabas al enano.

—Vete a la mierda.

Esto es la novela de una transición y hay que contar las cosas como fueron, pero a nivel de la calle y con el gentío, siquiera sea un gentío de oro, para que se entienda algo y no quede todo en el coñazo político.

—Que tienes una sastra que te cose muy bien, Antonia.

—Y una mierda de sastra. Pepe y yo que nos vamos a París y nos traemos de lo mejor, y encima barato, que una sabe comprar.

Norma Duval es la heredera poderosa, mejorada, sublimada, lírica y sosa de Sara Montiel.

—Estoy actuando en la Gran Vía, salgo desnuda y estáis invitados todos el día que queráis, a un palco de Pasapoga.

—Lo que pasa, Norma, es que a mí me erotiza más verte vestida que desnuda —ironiza Brígido, siempre en sus enredos psicosexuales.

—Eso no te lo entiendo, oyes.

—Pues muy fácil, hija. Que a mí me erotiza más vestir a una mujer que desnudarla.

—Y encima le gustan las muñecas hinchables —satiriza Isabel de Portugal.

La Antonia tiene una hermana que parece la asistenta. El garañón de la Duval es un cincuentón extranjero que no dice nada, pero parece que en la cama no hay queja. Luis de los Cobos va de artista romántico de Ateneo de provincias. Tiene una mujer bella y extranjera que tampoco dice nada. Se limita a estar buena y con eso ya cumple. Marino Gómez-Santos y otros periodistas hablan de crímenes del oficio cuya sangre sólo llegará al río de otros periódicos. Pepe Tous es el padre putativo de las dos niñas que se ha comprado la Antonia.

—Lo que no has caído, Pepe, es que a la niña le habéis puesto Taus y tú te apellidas Tous.

—Pues tienes razón, no había caído.

—Cuando diga su nombre en los aeropuertos y las aduanas, Taus Tous, se va a sentir muy desgraciada.

—Hombre, tampoco es eso.

—Y cuando le pregunte un hombre, en la cama, por su nombre ¿qué va a decir: Taus Tous? Eso le produce al tío gatillazo seguro.

—Tampoco te pongas así, oyes.

—Os habéis comprado una niña para hacerla una desgraciada. En general no me gusta el tráfico de niños.

Severo Ochoa, premio Nobel, es un hombre alto, elegante, amargo, aburrido y sabio. Perdió un ojo en una operación y con el otro no ve. Sólo ve con una lentilla que se pone en un ojo o en otro, y entonces coge el coche y se va él solo a conocer España, que es su país, pero no lo conoce (ni lo ama demasiado). Ochoa es un científico que no considera la ciencia una cuestión personal. Bebe whisky todo el día y por la noche toma un coñac y un valium para dormir.

—Eso es muy malo, doctor.

—Y usted qué sabe. Duermo como un niño. Entonces te acuerdas de que es premio Nobel de medicina y te entra el corte.

—¿Y lo tuyo con Ochoa cuándo se sabrá, Antonia?

Ambos presumen de que coincidieron en Méjico, hace muchos años (ella había ido a hacer una película) y tuvieron un amor apasionado, violento, destructivo e inolvidable. Quizá sea mentira, pero entonces no se explica qué hace Ochoa en las fiestas de Sara Montiel.

—Que estás muy guapa, Antonia.

—Ya ves.

En Hollywood le quitaron quilos y la enseñaron a arreglarse. Mayormente su marido, Anthony Mann. Esta noche lleva el pelo recogido bajo una triple diadema de monedas de oro. Esta bellísima y uno desearía que fuese su madre para tirársela.

—¿Pero a usted la que le gustaba no era la Duval?

—Usted disimule, caballero. Divagaba.

Están celebrando el santo de la Antonia, pero están celebrando en realidad lo que toda España: ese temblor de libertad que hay en el aire, que es de todos y no es de nadie, ese entretiempe de democracia y país nuevo que hace tremolar Madrid como una bandera. Monárquico o comunista, republicano o socialista, este país toma posesión de sí mismo y no se oyen campanas en las iglesias (buena señal), sino canciones por el cielo.

La casa de Sara Montiel es acogedora, barroca y está abrumada por la presencia de la artista. Los periodistas que la han entrevistado estos días dicen que es demasiada casa para una socialista, llenos de ingenuidad. Los oros, las platas, las purpurinas, el estofado de lujo urgente que tiene todo, el poso antiguo, triste y brillante de los recuerdos de toda una vida de artista, ponen melancólica la velada, en la que Sara, inevitablemente, con Cobos al piano, acaba cantando la Violetera. La hermana de la Antonia habla poco, pero con fundamento:

—¿Y usted qué piensa de todo esto que está pasando, señora?

—A ver si esta república nos sale mejor que la otra, digo yo.

—Pero esto no es una república, señora. Tira más bien a monarquía.

—Los reyes son buenos, pero no saben mandar.

—Eso decía Unamuno.

—Usted dispense, pero no le conozco. Se conoce que viene poco por esta casa. Y aquí viene de lo mejor.

Norma Duval sale encopetada porque tiene que ir a desnudarse a Pasapoga. Va como una niña que tiene que hacer los deberes.

MARÍA LIGORIA

MARÍA LIGORIA es una señorita ladrona, una señorita que salió ladrona, quiere decirse, como otras señoritas salen vicetiples, enfermeras, juezas, monjas de las Adoratrices, directoras de cine o putas. María Ligorita roba en sociedad, esto ya se sabe y todo el mundo tiene a gala haber sido robado por María Ligorita (hasta le dicen Ligorita, cariñosamente, con esa tendencia de la gente bien a vivir en diminutivo).

Ligorita le tiene robados a Fe Segovia unos pendientes de segoviana popular tradicional, o sea el traje regional, que eran de mucho mérito. Fe Segovia sabía que la ladrona era ella, Ligorita, pero no le parecía de buen gusto decirle nada ni pedirle unos pendientes que al fin y al cabo van a dormir siempre en los últimos arcones de la casa, donde están los perfumados orígenes agrarios de la familia y su dinero.

De modo que Fe Segovia lo habló con Gerardo.

—¿Y a usted qué le parece, Gerardo, que podemos hacer?

—Todavía no tengo el ensalmo, señorita Fe, pero yo le prometo que esos pendientes aparecerán.

Gerardo es un carpintero medio rubio, con poco pelo y edad difícil, un hombre que tiene poderes, quizá como San José y todos los carpinteros. Gerardo va de mono, el mono del oficio, y gorrilla que nunca se pone, pero que le sirve para saludar. Gerardo es un hombre reservado, íntimo, humilde, como un santo del viejo Año Cristiano. Gerardo es un artesano de la santidad, pero de esta santidad negra de los poderes, y con decir poderes ya está dicho todo.

Gerardo le tiene encontradas muchas cosas a la señorita Fe Segovia: una mantilla que perdió en los toros, un zapato que le robó una criada (era una criada rara que robaba impar), una sortija de un novio de su juventud, que se dejó en un lavabo de señoras al lavarse las manos, después de mear, y en este plan.

Gerardo, el carpintero con poderes, después de darle vueltas a la cabeza y a la boina durante unos días, decidió recuperar los pendientes de la señorita Fe por el sencillo procedimiento de ir a pedírselos directamente a la ladrona, María Ligorita. Gerardo, que le hace muchas chapuzas al gran mundo, sabe que Ligorita no es una ladrona de empeñar ni de vender, sino una ladrona de guardar, como las urraquitas. Ligorita es una urraquita que, como mujer, parece un cruce de asistenta y monaguillo.

—Señorita Ligorita, que yo venía a pedirle los pendientes de la señorita Fe.

Las ladronas de nacimiento (no de afición, ocasión o necesidad) se distribuyen como hemos dicho: las que empeñan lo robado, las que venden y las que guardan. La raza más pura, claro, es esta última. Son las virtuosas del latrocinio, las que practican, sin saberlo, el acto gratuito de André Gide. Son las que tocan el piano para sí mismas. De esta raza privilegiada, de este género altruista y virginal es María Ligorita:

—¿Y qué le hace a usted suponer, Gerardo, que los pendientes segovianos los tengo yo?

—Ya sabe usted, señorita, que uno, en su modestia de carpintero, tiene poderes.

Ligorita se peina y despeina con los dedos su melenita de asistenta, pone su cara pícara de monaguillo y dice:

—¿Y qué gano yo dándole a usted los pendientes?

—La ocultación de su delito.

—¿Y usted qué gana, Gerardo?

—El prestigio de mis poderes. Yo no diré a nadie que los pendientes los tenía usted. Yo sólo estoy autorizado a revelar que los pendientes han venido a mis manos porque soy un hombre virtuoso, sencillo y con poderes.

De modo que llegaron a un acuerdo y Gerardo le llevó los pendientes de segoviana a Fe, limpiándose la suela de las alpargatas en la esterilla, a la entrada del palacete de la calle Don Pedro.

—Gerardo, es usted un milagro de hombre.

—Uno vive de la gracia, señorita Fe.

—Es muy hermoso que le hayan llegado los pendientes de mi bisabuela por la vía paranormal.

—Ya ve.

Y Gerardo le daba vueltas a la gorrilla.

—Cuántas cosas le debo, Gerardo, cuántos hallazgos, cuántos milagros, cuánta fe en los poderes ocultos que nos rigen.

Y le dio veinte duros de propina.

María Ligoría viene de gente muy bien y por eso se le perdona todo. Es casi un demérito no tener algo propio, una sortija o una braga, en el cofre ladrón de María Ligoría, cofre que nadie ha visto nunca. Si María Ligoría robase por necesidad ya la habrían metido en la cárcel. Pero María Ligoría roba como otras tocan el arpa, bailan la redova, una cosa tan antigua, o cantan por la Caballé y les sale igualito.

En ciertas clases sociales lo que más se respeta y admira es esto, el arte por el arte. Lo plebeyo es hacer una buena o mala acción por beneficio. En el mundo de Fe Segovia, que es un mundo que ignora el trabajo, sólo se tolera que alguien pinte un cuadro a condición de no venderlo, que alguien escriba unos versos a condición de no publicarlos. Todavía en la Santa Transición había una clase gentil y ociosa que, mejor que no hacer nada, como creen los pobres y los historiadores (que vienen a ser los mismos), hacía las cosas para nada.

Fe Segovia, otra vez con los pendientes en su poder, piensa que es una antigualla guardar eso, que no se va a poner nunca, y manda de tapadillo a venderlos a un empeñista de la calle Pontejos.

ENRIQUE BRINDIS

EL ENTIERRO DE ENRIQUE BRINDIS constituye una verdadera manifestación de duelo. Los Brindis, movidos y conmovidos en su espíritu kennediano de casta, forman a la cabecera del cortejo, enlutados, rubios, elegantes, duros, homogéneos y casi cinematográficos. Una mujer de peineta, Isabel de Portugal, que es prima de los Brindis y tiene una idea de la muerte próxima a la idea de Semana Santa.

Se dice que Enrique Brindis, en su casa, se puso los auriculares para oír a Haendel, se tomó un tubo de tranxilium y así lo encontró la enfermera particular, con la sonrisa que se les pone a los muertos cuando están oyendo a Haendel.

—Le ha ganado por la mano a la enfermedad.

—Era buen cristiano y no puede haber hecho eso.

—Hay obcecaciones.

—Y malos momentos.

La carroza fúnebre, con caballos negros, es como una alegoría de la muerte que cruza el Madrid de los rascacielos. El patriarca de los Brindis, que ha ido viendo morir a sus hijos con el estoicismo de los viejos (no se sabe si es egoísmo, indiferencia o parentesco con el dolor), va en cabeza, alto y aquilino, casi distraído, entre ministros, banqueros, políticos y hasta intelectuales. El presidente del Gobierno ha mandado una digna representación. Joaquina, la viuda, es una madrileña remorena y parlera que acentúa un cierto populismo de clase bien. Joaquina es bella, nerviosa, violenta, castiza en intelectual y templada en desgracias familiares. También se había puesto de peineta, pero tiene que quitársela para entrar en el auto con Fe Segovia, el viejo Zacarías, Crescencito y Fermín Guadalaviar. Es un auto de éstos como empalmados, de los que usa la familia. Quizá sólo ella, Joaquina, tiene el secreto de la muerte de su marido. Habla mucho en el entierro, pero de otras cosas. Petra Paula de San Marcial va en coche aparte y lleva con ella a Cristóbal Benito, don Buenaventura, el alcalde, Cuqui Fierro y Ligorita. Digamos que al sepelio ha acudido prácticamente todo el salón de la San Marcial, aunque el difunto frecuentaba más el salón tercermundista y la izquierda exquisita de Áurea. Y es que los amigos que tenemos en vida casi nunca son los amigos que tenemos en la muerte.

Isabel de Portugal lleva al lado un cacereño recastado de millones, eso se ve, y quizá ha acudido al entierro como presentando en sociedad a un posible marido con encinares en Extremadura. La Portugal va pensando, mientras luce la peineta y la mantilla (una Virgen rubia de las jesuitinas), que Brígido, con sus manías y sus muñecas, es divertido y perverso, pero no le resuelve nada.

—Entre el intelectual y el tonto, lo mejor es quedarse con los dos.

Porque piensa seguir viéndose con Brígido en Somosaguas, después de casada, ya que forma parte del harén de muñecas del loco.

—¿Decía usted algo de intelectuales y tontos?

—Iba rezando mi rosario, señora.

Porque la Portugal lleva entre los guantes negros de redecilla un rosario de garbanzos de plata hueca. En el mundo de Fe Segovia, la hacedora de lluvia de la tribu de oro de Madrid, un entierro es todavía un acontecimiento social, una boda inversa, una ocasión de volver a verse todos a la luz del día, ya que sólo suelen conocer sus personalidades nocturnas, que por supuesto son otras. Pasar la prueba de la luz de las cinco de la tarde, en un julio de soles verticales, es algo definitivo para quienes todos los días pasan la difícil prueba de la noche.

—Se nos ha ido la última esperanza de una política sensata.

—Al decir *sensata* querrás decir *nuestra*.

—Pues no creas; yo a Enrique, últimamente, le veía un poco rojeras.

—Campmany, en el ABC, les dice rogelios.

—Campmany es que es una luz.

—Yo lo que digo es que se nos ha ido un gran amigo.

—Y a mí un marido —voltea los ojos Joaquina Brindis, con tijereteo de miradas. Luego saca una pitillera y fuma.

Joaquina es la que devuelve siempre a todos a su realidad segura, confortable y profunda de que van a vivir y morir en grupo y bien acompañados unos por otros. Joaquina tiene poder de convocatoria y coqueteos de viuda desde mucho antes de quedarse viuda. Fuma como un hombre y los caballeros del coche se sienten liberados para fumar ellos también. Mientras la alegoría negra cruza un Madrid con fiebre de criatura (los turistas japoneses lo retratan todo, felices: no esperaban tal fiesta), la cosa va tomando confort de tertulia dentro de los coches. Los tabacos habituales devuelven el olor fuerte de la vida a los seguidores fieles del muerto.

Ligorita aprovecha para robar alguna pitillera de oro.

En el cementerio es donde todo parece ya un garden party. La buena educación traiciona a esta gente como la mala educación a otros. En cualquier caso y en cualquier clase, siempre se resuelve la vida en alta comedia o en sainete.

—Cada vez hay más Brindis en el cielo.

—La Portugal parece que ha cazado un agrario.

—A Enrique no le ha matado la leucemia; le ha matado el tranxilium.

—Tomaba demasiado para dormir y olvidar.

—También puede ser que le haya matado Haendel.

—El patriarca está muy entero.

—De él debiéramos aprender.

—La representación del Gobierno yo la veo pobre.

—Enrique se dice que conspiraba.

—Los muertos siempre conspiran.

Fe Segovia, ajena a parlerías, fija en el muerto, ahora visible, no se sabe si reza o atrae las últimas y poderosas vibraciones del cadáver.

ALICIA CARROLL

EL TANATORIO DE LA M/30, hacia las tres de la mañana, es un jardín negro con luces blancas y un silencio también negro. Los automóviles, pocos, ruedan sobre la grava del jardín como en el palacio de San Marcial, sólo que aquello es grava de luna y esto es grava de muerte, como huesecillos calcinados. A Alicia Carroll la encontraron muerta, asesinada en su camerino, anoche a primera hora, cuando empezaba a prepararse para sus actuaciones. Guadalaviar tiene los ojos enrojecidos, pero no llora, y se diría que ha envejecido unos años en esta noche. La Prensa y los policías andan enredando con los sospechosos de costumbre. Estas cosas entre maricones ya se sabe. Los homosexuales se aman más que los otros, pero también son más crueles, dañinos, imaginativos y perdurables en sus odios y venganzas. Odian más porque aman más, o quizá sea al revés, nunca se sabe. Guadalaviar ha llegado en compañía de Crescencito, que está serio, duro, rígido, y no para de fumar. Alicia Carroll, Nazario, tenía muchos amigos, pero también muchos enemigos, claro, admiradores, despechados y fanáticos. El silencio negro del tanatorio está sutilmente bordado de murmullos, conversaciones en voz baja, suspiros. Hay otros dos grupos de gente en la gran sala. La bajamar madrileña ha arrojado esta noche tres cadáveres, por lo que se ve, tres muertos de esos que se mueren en mitad de la calle, atropellados por un taxi o por un viejo amor. Pero el cadáver espectacular e interesante es Alicia Carroll, Nazario. Alicia Carroll, Nazario, ha llegado con la muerte a ser la hembra total que soñaba, ya que el asesino le arrancó los genitales, o sea los testículos y la polla.

Guadalaviar le pide tabaco a Crescencito, pero luego se olvida de fumar. Adrián, el valet, se ha vestido de señorito para el duelo, con camisa negra, corbata blanca, gafas negras modelo Alain Delon y zapatos de medio tacón. Adrián no llora ni habla ni fuma. Ahora no es un valet, sino sólo un hombre que sufre. De la M/30 llega un rumor de mar, de camión o de barco, un rumor fuerte, lejano, inexistente. Es el rumor de la noche y la playa, en el secarral madrileño, acompañando el silencio de los tres cadáveres. A Alicia Carroll, Nazario, la han vestido de teresiana, como ella quería, y está más mujer que nunca, con los labios pintados, los grandes pechos de silicona reventando el hábito y, ya se ha dicho, sin genitales masculinos. Alicia Carroll, Nazario, ahora sí que es una mujer completa y lograda, la más guapa de Madrid.

Cristóbal Benito, de quevedos y melenita sucia, de sonrisa triste y abanico, reparte los periódicos que todos han leído ya, la pequeña gacetilla con el asesinato de Alicia Carroll, Nazario. Cristóbal Benito fuma mucho, distribuye tabaco, cambia continuamente de boquilla, mira sus varios relojitos de bolsillo y es el que le da un tono de tertulia a la fúnebre reunión, una temperatura de amistad.

—¿Habéis entrado a visitarla?

—Está bellísima como nunca.

—A mí me falta presencia de ánimo.

—¿Y qué deducís de los periódicos?

—Nada, lo mismo que tú.

—Los nombres de costumbre.

—La pasma acaba archivando estas cosas.

—Asuntos de mariquitas, dicen ellos.

—Cuidado cómo hablas, Crescencio, que ella está de cuerpo presente.

—Todos la quisimos mucho.

—Unos con más suerte que otros.

—No es momento de mezquindades — atempera Guadalaviar. Y llora.

Crescencito le da un pañuelo y luego se pasea un poco por el negro salón.

—No sé si volver a verla.

—Valor que tienes.

—Una última despedida.

—Nunca será la última.

Adrián, que no tiene nada que decir, pero que fue quien tuvo más fortuna con Alicia Carroll, Nazario, recuerda cosas, calla y se siente el verdadero viudo de la muerta. Cristóbal Benito, con más sentido social que ninguno, decide que sería imperdonable no hacer una última visita a Alicia Carroll, Nazario.

—Sería imperdonable no hacer una última visita a Alicia.

Y de nuevo rodean el féretro encendido y lujoso. Alicia Carroll, Nazario, es la muerta más bella del mundo, la teresiana más pura desde Santa Teresa, y los labios, pintados color naranja por decisión de su agente artístico, le dan un encanto juvenil que iba perdiendo. La verdad es que la muerte rejuvenece a las mujeres hermosas. Es como si la muerte hubiese revelado, al fin, la verdadera naturaleza de Alicia Carroll. Ella sube a los cielos y quien ha muerto es Nazario, pues que al cuerpo le arrancaron los órganos masculinos.

De madrugada, con luces secretas que vienen de un Oriente inexplicable y frío, los periódicos arrugados y dispersos, los periódicos de la noticia, parecen manchados de sangre. De madrugada, los cuatro hombres conmovidos, que se han pasado la noche fumando y sufriendo (una petaquita de whisky corría entre ellos), son ahora cuatro rostros desprendidos, cuatro maquillajes donde la noche ha impreso su mano como en un barro, cuatro máscaras de lágrima y colorete, cuatro hombres que sufren con toda la violencia y la oscuridad del sufrimiento humano compartido, en ese momento acre e intolerable en que se aúna el dolor de la vida con el dolor de la muerte.

Para el entierro, a primera hora, van llegando hombres grises, travestís (mucha gafa negra), imitadores de la muerta, famosos vergonzantes que sólo parecen homenajear a la famosa. Y fotógrafos. Es el otro, el verdadero mundo de Nazario, que, más que la muerte, les arrebató el cuerpo adorado a los cuatro amigos. La M/30 ruge ahora como un mar que blasfema contra sus ahogados nocturnos. Empieza a hacer calor de finales de julio.

PEREJIL

DESPUES DE TODA LA NOCHE de velatorio, Guadalaviar, muy cansado, vuelve a casa en su coche, que conduce Adrián. Adrián y Guadalaviar se tutean en la intimidad. Guadalaviar, al fin, se reclina en un diván alfonsino de su casa.

—Hijo, Adrián, y qué entero estás.

—Usted acuéstese un rato, que ya no está para estas cosas.

El «usted», en Adrián, es siempre hostil y agresivo.

—No, deja, que si me acuesto pienso.

—Pues más le vale no pensar en Alicia, ni a usted ni a los otros. Alicia era mía, o yo fui suyo. A ustedes les despreciaba.

—Estás con el veleide, Adrián, como todos nosotros, aunque por fuera se te ve tan entero. Ha sido muy fuerte. En fin, voy a darle el desayuno a Perejil.

Perejil hace ya notar su presencia, advierte que algo raro pasa en la casa y se reafirma, yo soy yo y mi circunstancia. Adrián, tras una noche tensa de contención, ha entrado en un ataque de histeria y rencores.

—Perejil, Perejil, que le den por culo a Perejil. Yo he sido el gran amor de Alicia, ella ha sido mía, yo he sido suyo.

—Eso me parece que ya lo dijiste antes, Adrián.

—Lo nuestro fue de verdad. A ustedes sólo les soportaba por el dinero, por los regalos, por las baboserías que le llevaban.

Adrián se mueve por la casa, da patadas a los muebles, llora en los quicios, está dando suelta a su desesperación, a su amor, a su luto y a sus resentimientos de criado y de amante. Pero el marqués conoce los prontos de Adrián. El marqués se quita la chaqueta y la corbata, se pone un kimono japonés y le da los buenos días al loro. Quiere reanudar la cotidianidad de la casa antes de que Adrián se ponga peor.

—Perejil, Perejil, mierda para Perejil. Yo he sido el amor de un gran hombre, de una gran mujer. Yo soy Adrián, tengo juventud, tengo vigor, tengo todo lo que no tenéis vosotras, viejos retablos, viejas carrozas, que me robabais cada día a Alicia con vuestro dinero inútil.

—Lo mejor es olvidar, Adrián, distraerse, hacer algo, como yo. No te dejes llevar por el repente. —Yo soy yo y mi circunstancia.

—Calla, Perejil, lorito marica, calla y desayuna, que ya tenemos bastantes tarascas en esta casa. —Yo soy yo y mi circunstancia.

—Pero esto no va a quedar aquí, marqués de mierda, maricona vieja. He tenido que renunciar muchas veces a Alicia porque estabais de por medio con vuestros caramelos de oro y plata. Ahora voy a vengarme.

No se sabe bien si Adrián limpia los muebles o los hace astillas. Está es mangas de camisa y chaleco. El marqués conoce bien a Adrián y en el metal último de su voz advierte que Adrián está violento, desesperado, en un ataque de resentimiento, como la tarde en que folló y mató a Carmencito.

—Adrián, eres un psicópata, lo que eres es un psicópata, y te soporto porque te quiero. Pero no olvides que estás en mi poder.

El tono oriental y alegre de la mañana saca todos los colores del loro, rojos, verdes y morados que no están en ningún catálogo. Yo soy yo y mi circunstancia.

—Adrián, tú mataste a Carmencito, a quien enterramos por ayudarte, pero eso puede saberse cualquier día.

—No se sabrá si yo te mato y tú no lo cuentas.

Aparte que estáis tan implicados como yo.

—Tranquilo, Adrián, que no va a pasar nada, sólo es un decir por decir. Anda, lorito, que no me comes nada esta mañana.

Y Guadalaviar le da la comida al loro en el pico, con sus manos artrósicas, que el bicho muerde quizá con cariño.

—Usted me ha amenazado (Adrián vuelve al usted y eso es peligroso). Usted me ha amenazado y eso sí que no lo consiento. Aquí me parece que tiene que morir alguien más.

—¿Vas a estrangularme, Adrián? —dice el marqués sin volverse.

La mañana de finales de julio es cálida y nublada en el tupido parque residencial. Los salones de Guadalaviar tienen en sí todos los prestigios de la luz y el tiempo. El loro caga. La excitación de Adrián va creciendo. Hay en él un cruce de rencor, furia mortuoria, lucha de clases y virtud asesina que ni él mismo puede controlar ni entender en su estrecha inteligencia.

Fermín Guadalaviar empieza a tener cierto miedo, aunque le ha conocido al valet otros ataques.

—Lo que pasa es que el amor murió entre nosotros, Adrián, pero nos queda la ternura, al menos a mí.

—No quiero la ternura de una vieja maricona. Necesito matar.

—Eso son palabras mayores, Adrián, hijo.

Y el marqués, con una entereza de clase, ni se vuelve ni se defiende. En estas cosas se nota que los nobles vienen de guerreros.

—Yo soy yo y mi circunstancia.

—¡Calla con esa chorrada, lorito marica!

Y Adrián cae sobre el marqués y el pájaro. La alta jaula de oro se derriba al suelo y todo es una hoguera de colores, gritos y plumas en la luz primera. Adrián aprieta al pájaro y lo está estrangulando. El pájaro se defiende con el pico y Adrián tiene ya las manos calzadas de sangre.

—¡No, Adrián, a Perejil no, a Perejil no! ¡Primero márame a mí, Perejil no te ha hecho nada! ¡A Perejil no, lorito mío...!

Sobre la noble tarima hay un viejo infartado, un criminal con guantes de sangre y un pájaro muerto. Plumas de variados colores como japoneses vuelan despacio en la luz plata de la mañana.

NAT

NAT, NATHALIE, NATALIA GUEVARA es la Rita Hayworth de la jet madrileña, y hasta hizo películas en Hollywood. Natalia Guevara es una judía francesa que de niña pidió limosna por las calles de Nueva York y luego se casaría con el hijo de un famoso dictador latinoché, de cuya separación conserva familia y millones.

—Crisólogo ¿te pongo la inyección?

Pedro Crisólogo, Crisólogo II, va a casa de Natalia a convalecer de las cogidas, que tiene ya muchos tabacos en el cuerpo.

—Bueno, pero que sea la última.

—Vaya un torero de mierda, que tiene miedo a un pinchazo.

Nat Guevara tiene, sí, la belleza de una Gilda mejor conservada, pero con algo ya, los años, ay, los años, de manzana golpeada. Natalia Guevara y Pedro Crisólogo, Crisólogo II, se cuidan mutuamente sus dolamas, en la estela de un viejo y largo amor que se ha enlucido de ternura. Crisólogo, durante las convalecencias, pinta como Van Gogh, echa polvos a Natalia Guevara y escucha el loro vecino de Guadalaviar.

—Hay que joderse qué cosas tan raras dice ese loro.

—Tú hispano no comprender como español el muy bello lenguaje idioma de los animales aves.

Natalia Guevara es un delicioso jeroglífico sexual y sintáctico.

—Lo cual que hace días que no oigo yo al jodío loro.

—Estará la ave estudiosa estudiando los hombres sus palabras lo que dicen.

—Desde luego habla el cristiano mejor que tú. Tengo yo que pasar a preguntarle a Guadalaviar si se le ha muerto el loro.

Natalia Guevara tiene la melena roja y lisa, como un violín sumergido, tiene cara de Hollywood, manos de hermosa vieja y sintaxis de comanche.

—No debieron los vosotros españoles enteraron tanto en las vidas los unos y los otros. Y le pincha al torero en el culo. Nat ha encontrado la paz, la felicidad y una sonriente sabiduría en la madurez y el amor del gran torero famoso. Nat se baña en la piscina todo el año y Pedro Crisólogo, Crisólogo II, convalece en este paraíso breve y amoroso pensando en nuevas tardes de gloria y vino de la bota, entre toro y toro, que es el vino que mejor sabe del mundo.

—El vino de la bota, entre toro y toro, es como si te estuvieras bebiendo la sangre del bicho. Vale la pena ser matador sólo por beber ese vino.

Nat Guevara y Pedro Crisólogo viven a temporadas un como matrimonio muy hecho, una cosa de ternura y claudicación, ella le remedia de su gloria tardía, terminal, y él la remienda su madurez enferma, bella y solitaria.

—Y tampoco oigo, ahora que caigo, a Carmencito, ese tonto que se trajeron a vivir protegido.

—Oh los espagnoles ah siempre los pendientes de lo que hacía su vecino.

Pedro Crisólogo, Crisólogo II, se cansa de pintar como Van Gogh y se acerca, renqueante de la cogida, hasta el chalet inmediato de Guadalaviar. El marqués y el torero siempre han tenido una buena vecindad, como todos los marqueses y toreros en España. Esto lo suele decir Nat:

—Ah oh los marqueses y los toreros en la suya Espagna.

A Crisólogo le abre Adrián.

—Que venía yo a hacerle una visita al señor marqués, si no es mala hora, vamos, digo. Guadalaviar salía al encuentro del famoso diestro haciéndose una zalema de manos torcidas y expresivas:

—El gran maestro, cuánto tiempo ¿cómo va esa cogida?

Guadalaviar viste uno de sus quimonos japoneses de por las mañanas y parece aliviado de algo por la aparición del torero.

—Pues les parecerá a ustedes una tontería, pero uno, con perdón...

—Nada de tontería. Un honor tan mañanero. Ya veo que la cosa cicatriza. ¿Y cómo está la deliciosa Nat? Tomaremos el vermú juntos. Adrián, hijo, vamos a servirle un vermú al maestro.

Se sientan y beben una cosa roja. Adrián se queda de pie, cerca y lejos, como un mayordomo de teatro.

—Era sólo curiosidad. Ya sabe que me gustan los animales, aunque vivo de matarlos. Pero hace días que no oigo charlar al loro.

—¿Al loro?

—Sí, Perejil, esa cosa tan graciosa que decía de no sé qué circunstancias.

El marqués y el criado se miran un momento sin mirarse, también como en el teatro. Guadalaviar le pone más alcohol a su vermú.

—Y tampoco veo por aquí aquella hermosa jaula de oro. Sentiría mucho que el animalito hubiese palmado, vamos, quiero decir que haya muerto.

El marqués y el criado vuelven a mirarse sin mirarse, como en el teatro.

—Pues sí, el animalito ha muerto, y bien que lo hemos sentido ¿verdad, Adrián? Ya sabe usted que es lo malo de querer a los animales, que siempre duran menos que uno, y eso que yo soy un carcamal.

—Vaya, pues no sé si acompañarles en el sentimiento. Era un loro muy simpático. Y muy culto.

—Sí, por lo visto citaba a los filósofos. Pero debían ser filósofos antiguos, porque a mí no me sonaban.

—Lo habrán enterrado en el jardín, supongo.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, un torero es un poco detective. Si no estás muy atento a lo que pasa a tu alrededor, en seguida te coge el toro.

—Por cierto ¿cuándo vuelve usted a la fiesta?

—En cuanto esta pata se ponga en razón —populachea el torero—. ¿Y saben qué es lo que más echo de menos? La bota de vino de los toros, ese trago entre toro y toro. Lo estaba pensando hace un momento, en casa.

—Pues el vino de los toros es lo único que no puedo darle —se abre de alma el marqués, satisfecho de ver que la conversación toma otros rumbos.

—Pues decía yo lo del jardín porque, antes de llamar en la casa, he echado una mirada para las flores, uno es hombre de campo, y me ha parecido ver tierra removida.

Guadalaviar y Adrián vuelven al juego de miradas sin mirada.

—Claro, tierra removida. A Perejil, quiero decir al lorito, nos lo encontramos muerto a la vuelta de un viaje. Quizá murió de nostalgia y soledad, el pobre. ¿Y por dónde ha visto usted la tierra removida? Adrián, por favor, sírvele otro vermú aquí al maestro, ya que no tenemos vino de bota, que es lo suyo.

—Por la parte donde tienen ustedes ese diosecillo desnudo, romano o lo que sea.

Vuelve el juego de miradas teatrales.

—Claro, allí enterramos al loro, debajo de Apolo. Apolo era la belleza y el loro la palabra. ¿No le parece una buena conjunción?

—Yo de mitos no entiendo, pero a quien también he echado de menos en mi convalecencia es a Carmencito, el tonto que tan caritativamente recogieron ustedes. Hablaba mucho con el loro.

—Carmencito está en un centro psiquiátrico de Almería — interviene Adrián con sorprendente urgencia.

—Lástima, dos ausencias en poco tiempo.

—Pero la vida sigue, Crisólogo. ¿Otro vermú? Ya ve usted que los preparo con mucha pimienta.

—Pues lamento esta conversación tan fúnebre, pero un enfermo es que se entera de todo, y yo he estado enfermo muchos días.

—Nada de fúnebre, matador. Carmencito está en el sitio que le corresponde, bien cuidado, a cuenta mía, por supuesto, y un loro se sustituye por otro. Lo bueno de los animales es que son especie, no individuo, y es fácil cambiar de loro o de gato.

—Cuánto sabe usted, marqués, y qué manera de hablar. Se merece cuando menos un Van Gogh de Crisólogo II. En cuanto termine el que estoy haciendo, se lo traigo.

—Será una luz para esta casa, Crisólogo.

La tertulia mañanera parece que se agota. Un sol sin fe en sí mismo dibuja el jardín. Hay una paz áurea que luce en los salones del marqués. Crisólogo apura su vermú. Todo es flor y silencio.

—Perejil no se murió. A Perejil lo maté yo.

El torero estira la pata que le duele, ante la frase seca del criado. Le mira fijamente, como se mira al toro, diestro siempre en psicologías, y espera a que el valet continúe. El marqués está congestionado en blanco, pero es el que habla:

—Bueno, Adrián tiene estas cosas. Piensa que el loro se murió por falta de cuidados y se siente culpable.

Y el marqués se ponía muy trastamara.

—Nada de eso. Lo maté porque estaba harto de loro y por Alicia Carroll, que lo habrá visto usted en los periódicos.

—Perdonen, pero no entiendo nada. Alicia Carroll, Nazario, el famoso travestí, que era muy amiga nuestra, ha muerto brutalmente asesinada, sí, pero ¿qué tiene que ver eso con el loro?

—Nada, Crisólogo, nada. Adrián está pasando una crisis —sonríe pálidamente el marqués.

—Lamento haber sido inoportuno.

Y el torero se levanta estirando mucho su pata mala.

—Usted nunca es inoportuno. ¿Otro vermú?

—Perdonen que me haya metido en su vida, pero sólo quería saber algo del lorito.

—Y de Carmencito —dice lacónicamente el criado.

—Bueno, perdonen mis preguntas, yo no soy un detective. Pero ya les digo que los hombres del toro estamos en todo. El peligro puede venir por cualquier parte, en la plaza. Y luego descubrimos que también en la vida.

—Adrián, te he dicho que otro vermú picante al maestro.

—Sírvese tú.

El torero hace como que no oye estas palabras.

—Bueno, pues con su permiso, uno se retira.

Ante lo complicado de la situación, a Crisólogo II le sale el hombre del pueblo. Definitivamente, los señoritos son otra cosa.

—¿Y sabe usted por qué maté al muerto?

—Por favor, Adrián, deja en paz a nuestro invitado, que ya se va.

El torero se despide de cualquier manera. Estas mariconas siempre con sus líos raros, va pensando el torero. Tenía razón Nat, y quién me manda a mí meterme en esto. Al cruzar el jardín, mira de nuevo la tierra removida, debajo del Apolo ¿han dicho que era un Apolo? y le nace una inquietud inexplicable por algo que en realidad no le importa. De vuelta a su chalet, la pierna le renquea más que antes. Si es que no tenía que haberme movido, se dice.

Natalia está tendida en un sofá, como los romanos, y tiene delante una comida variada, abundante, con mucha verdura fresca:

—Ya esperaba ti para la comer, amog.

—Perdona, me he entretenido con esas mariconas.

—¿Y la loro?

—El loro ha muerto.

—¿Muerto de muerto?

—De muerte natural. Los bichos se mueren de muerte natural.

—No tus toros, amog.

—Vete a la mierda, amog. Bueno, parece que a Perejil lo mató el mayordomo.

—¿Como cuando Agatha Christie?

—Eso, como en las novelas de Agatha Christie. El asesino es el valet.

—Pero matar una loro.

—Eso digo yo.

—Siéntate a comer.

Se sienta y come. Los vermús picantes del marqués le han abierto el apetito.

—Hay otra cosa que me preocupa. Carmencito.

—¿El tonto? ¿Qué nosotros importa un tonto?

—También ha desaparecido.

—Eres tú torero, amog, no pero detective. Esas mariconas que se arreglen solas.

—Tienes razón. Esta tarde vuelvo con Van Gogh.

La pierna herida le duele mucho, pero no le dice nada a Nat para que no le reprenda.

Soy ya muchos tabacos en el cuerpo, piensa. Quizá no haya próxima temporada y lo que tengo es que retirarme. Demasiados tabacos para un torero de cincuenta.

MAGDALENO APÓSTOL

EL MERCEDES CORRE por la carretera de Andalucía, devorando horizontes. Rappell se lo había dicho a Fe Segovia.

—El jeque volverá, ya lo creo que volverá.

Y Magdaleno Apóstol volvió, con un mercedes a todas luces robado, y ahora lo conduce, enérgico y de perfil, hacia el sur profundo. Fe Segovia la verdad es que le había echado de menos y estaba deseando dejarse raptar por un príncipe del desierto que, a mayores, había sido hermano espiritual suyo en una vida anterior. Rappell va de melenita rubia, grandes abanicos y túnicas que tienden al orientalismo, pero se quedan en una especie de batas holgadas y domésticas. Rappell, el futurólogo de la jet, tiene algo de visita, de señora que va de visita a una casa y da buenos consejos a todo el mundo mientras mueve su abanico. El mercedes robado corre sorteando camiones/cisterna por la carretera de Andalucía. Fe Segovia, encogida en su asiento delantero, junto a Magdaleno Apóstol, mira a su raptor con terror y atracción.

—¿Y puede saberse adónde vamos, Apóstol?

—Ya te lo he dicho. Hacia un Oriente de lujuria y lujo donde serás mía para siempre.

A Fe Segovia la verdad es que le gusta Magdaleno Apóstol, un árabe tan moreno y pasional, pero sobre todo han influido en ella los consejos de Rappell:

—Magdaleno Apóstol, el hombre de tu vida, volverá.

—¿Y por qué sabe usted que volverá?

—Está escrito, hija. En tu carta astral hay un jinete de fuego negro en corcel robado a los dioses, con luz en su ruta y decisión en su alma.

De modo que Fe Segovia mira por el rabillo al jinete de fuego negro en corcel robado (el mercedes robado, claro, Rappell no falla una), con luz en su ruta (el último gran sol de julio) y decisión en su alma (la decisión, más que en el alma, se le nota al jeque raptor en la barbilla cuadrada, que se transparenta bajo la barbita negra y en punta).

El mercedes se detiene bruscamente, como un caballo piafante, ante un motel de Getafe. Fe supone que el jeque, Magdaleno Apóstol, va a mear o a invitarla a un café, antes de seguir ruta.

—Bájate, que hemos llegado.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Esto es un Oriente de lujuria y lujo?

—Esto es un sitio solitario y bello, lejos del mundo, donde viviremos nuestra primera luna de miel.

—¿Y luego?

—Luego vendrán muchas lunas.

Fe Segovia empieza a arrepentirse de la aventura y del dinero que le ha cobrado Rappell por la consulta.

—¿Me voy o no me voy con el jeque, Rappell?

—Ni dudarlo, hija.

Rappell, esa especie de visita que forma en sí mismo como un matrimonio unipersonal, tiende a decirles a sus clientes aquello que quieren escuchar, en esto es como los médicos, vamos, como algunos médicos, quiere decirse.

Magdaleno Apóstol lo tenía todo previsto, porque les pasan sin mayor trámite a un cuarto matrimonial como para turistas japoneses sin dinero, desde donde se ve una piscina popular, socializada y hortera, llena de amas de casa que todavía quieren someter sus carnes al bronce solemne y erótico de un sol nacional y como cansado. El mercedes ha quedado en el aparcamiento comunal y alguien le está cambiando la matrícula, quizá el propio jeque. Fe Segovia lo ve todo de lejos, pero lo ve.

—Yo aquí no aguanto ni un cuarto de hora, Magdaleno.

—Tú eres la mujer de un jeque, ya, y la mujer de un jeque no tiene opinión.

- Nadie nos ha casado todavía.
- Pero nos casarán.
- ¿En Getafe? Porque esto es Getafe.
- En Getafe o en otra vida.
- ¿Es que vas a matarme?
- Primero voy a poseerte.

Fe Segovia se sienta lejos de la cama y del ventanal. Fuma en boquilla. Sus objetos habituales, el oro, la plata, el tabaco, el perfume, le devuelven su personalidad madrileña e internacional. Empieza a pensar por su cuenta. El jeque ha salido a disponer cosas, a dar órdenes, sin duda quiere sorprenderla con una gran paella casera para los dos. Este hombre está loco, me quiere poseer a las once de la mañana. Las once no son horas de poseer a nadie. «Tengo preparado un baño de los dos, desnudos, esta noche, a la luz de la luna cambiante», ha dicho el jeque antes de salir. Fe Segovia se imagina sumergida en un agua caldorra donde han dejado sus orines numerosas amas de casa durante todo el día.

Papá Zacarías siempre le apunta a Fe un teléfono secreto de la policía, cuando sale, por si le pasa algo, llamas aquí y nunca te falla, el ministro está a mis órdenes. Fe coge con cierto asco el teléfono del apartamento, el teléfono de las mentiras y las citas clandestinas, y llama al número que le apuntara papá. Lo cuenta todo. El jeque, efectivamente, está siendo buscado por numerosos cargos: robo de coche, falsificación de matrícula, deudas, hoteles sin pagar y más cosas. Se personarán en el acto. Magdaleno Apóstol, hermano espiritual de Fe Segovia en una vida anterior, y esposo suyo en unas bodas de sangre muy cercanas, entra impetuoso en la habitación y le hace a Fe la escena del sofá. Se siente ya seguro y por tanto actúa con menos violencia. Ella también se siente segura y se deja querer. Son dos seguridades haciendo el juego dialéctico de dos debilidades.

—Eres mi hermana, mi amante, mi esposa...

Los árabes legendarios no escribían mal, pero la policía española entiende poco de eso y entra de improviso en la cámara nupcial y ligeramente hortera:

—Señor Magdaleno Cristóbal, acompáñenos.

Fe Segovia le ve partir, en el coche de la policía, y llora por él o por ella misma. ¿Y quién me va a mentir a mí ahora?

LIDIA LA MORA

CRESCENCITO ESNIFA CON ESTORNUDO, COMO casi todas las mariconas. Isabel de Portugal se mete una hebra por aburrimiento o porque Brígido no la echa un polvo, que los polvos se los echa a Solsticia y otras muñecas de goma. Fe Segovia parece como que se lava los dientes con la coca, pero prefiere los caminos oscuros de sus poderes a la lucidez fría y dura de la droga. Petra Paula San Marcial esnifa por probar de todo en esta vida, pero en seguida vuelve al chinchón, que es lo que realmente la pone cachonda.

—A mí el chinchón es lo que realmente me pone cachonda, con perdón.

—Es usted muy libre, señora duquesa.

—Pues eso.

Fermín Guadalaviar, marqués de Guadalaviar, le pide a Adrián que le prepare una raya, y luego se coloca uno de sus vermús rojos y picantes, o un par de ellos.

—A mí esto de gozar por la nariz me parece una cosa muy sosa. Luego lo ves todo muy claro, como un ministro ¿no crees, Segovita? Pero nosotros somos de la generación del alcohol y el picantillo ¿eh, Segovita?

Adrián esnifa a solas, en la cocina, cuando no están las cocineras. Se niega a esnifar con el señorito. Adrián, ya, se niega a compartir nada con el señorito, esa carrozona de mierda. Eugenio Beltrán, con su tristeza de ojos claros, esnifa un poco porque se lo manda el viejo Zacarías, como los lores ingleses encargan al criado estrenar el traje nuevo. Pero Eugenio Beltrán también consuela mejor sus fracasos sentimentales y literarios con el whisky. Se ve que esto del pecado es una cosa de generaciones, cada generación tiene los suyos.

—Anda, Beltrán, métete un poco de polvillo por la nariz, a ver si te acuerdas cuando ibas de poeta falangista, después de la guerra.

—Lo veo demasiado claro, Zacarías. Prefiero el whisky. Esta cosa moderna de la droga es como ver tu vida en el cine, con demasiada luz. El alcohol lo vuelve todo confuso, amable y propicio, Zacarías.

—Hablas como un poeta, Beltrán, lástima que sólo seas un poeta malo —dice el latigante y viejo Zacarías Segovia.

En los tiempos del adolfato, la coca se ponía de moda entre la tribu de oro de Madrid. Pero el profesor Juan Gualberto y su fiel Raúl Ordóñez siguen fijos en el anís machaquito, como la San Marcial en el chinchón.

—Que digo, profesor, que la mayor lucidez está en aceptar la derrota.

—¿Qué derrota?

—Nosotros en política no somos nadie. Usted personalmente es un mito, pero como partido hemos fracasado.

—No es preciso que me lo recuerde.

—Quiero decirle que yo me vuelvo a mi bufete, me olvido de la política, y a esperar la oportunidad de un buen asunto, que en el bufete siempre salen, antes o después, si estás al loro.

—¿Al loro? Habla usted ya como los pícaros, Ordóñez.

—Perdone la expresión, pero usted ya me entiende.,

El profesor le entiende demasiado. Raúl Ordóñez es el último que le abandona entre sus ensayos históricos y su ética puritano/marxista. Ordóñez, un judas tardío. Ordóñez tiene prisa por incorporarse al mundo de los negocios fáciles y el dinero culpable que ha traído el adolfato.

—Es usted muy dueño, Ordóñez.

Y se toman juntos el último machaquito. Camilo Celis, el viejo galán de cifesa, el que se tiró a la San Marcial en una hormigonera, esnifa y no siente nada. Lo suyo es el vino tinto. Hizo de héroe legionario en las películas de postguerra, vivió las farras de Chicote, con Manolete y Niní Montañán, pero es comunista perdido y, por mucho que

haya esnifado, se levanta a media noche a fumar negro y beber vino tinto de Valdepeñas, que es lo suyo:

—Esto de la coca a mí que no me digan, es una mariconada.

Habla consigo mismo y su voz de puerto y catástrofe, su hermosa voz de chulo y picadura, le convence a él mismo. Mario Goretti, el viejo ácrata cristiano, el hippy de Dios, sigue fijo en el whisky, que le conserva y le salva, y sólo esnifa un poco cuando su novia le prepara una rayita. Cristóbal Benito, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, locaza de abanico, tiene también el esnife con estornudo, ay Cristóbal, hija, que ya no estás para estas novedades. Durante el adolfato, la coca fue a las clases altas lo que el rapé a la Ilustración. La Ilustración se hizo con rapé, en el XVIII, y la Santa Transición se hizo con coca colombiana.

Enrique Brindis había esnifado un poco para olvidarse de la muerte, pero prefería el tranxilium. «Es más intelectual», decía él. Aurora Pavón, la periodista, le come el coño a Áurea, la embajadora tercermundista, con verdadera aplicación. Áurea, la embajadora tercermundista, le muerde los pezones a Aurora Pavón con un cierto canibalismo africano, con una antropofagia sexual. Áurea y Aurora Pavón tienen un amor sublime y griego en el cuarto de la plancha. Antes del bollo se meten unas hebras para el desparrame total. Don Buenaventura, el último alcalde franquista de Madrid, persigue la coca, besa a su Madonna y fuma puros que dan cáncer. Alicia Carroll, en vida, le pegaba mucho a la nieve, la pobre. Brígido, en Somosaguas, se mete una hebra y duda si tirarse a Solsticia, la muñeca, o a la Portugal, que acaba de casarse con el cacereño de las encinas y se viene aquí a pasar las tardes y bañarse desnuda, por amenizar el matrimonio. Parece que con la hebra Brígido va entrando en razón y follan más que antes.

—Parece que con la hebra vas entrando en razón, Brígido.

—No creas, es que me gusta poner cuernos. Desde que estás casada te lo haces mucho mejor.

Raúl Ordóñez, en su bufete, abandonada la ética en el paragüero, empieza con la coca y los negocios raros.

Joaquina Brindis mezcla la coca con el vodka y su viudez le queda cada día más lejos. María Ligoría sólo esnifa la coca que roba. Aurora Pavón y Áurea se hacen unos bollazos monumentales y entusiastas en el cuarto de la plancha. En las cenas de Áurea hay cada día más socialistas, se ve venir el felipismo. Los de la San Marcial todavía están en el adolfato, y eso los modernos. La mayoría están en el cuarentañismo. Nat le cura a Crisólogo II los dolores de la pierna con unas rayas que le prepara primorosamente.

—No te pases, Nat, que Julito Iglesias está con la nariz de platino.

—El culo de platino es lo que a ti vamos a poner.

Lidia la Mora es una fina y hermosa hindú que no se sabe si ha venido a Madrid a abortar, a hacer la ruta del narco o a poner un lenocinio oriental. A Lidia la Mora le llaman la Mora porque es de Nueva Dehli, naturalmente. Lidia la Mora es un misterio y un encanto de echarpes hindúes, una música de gestos, una piel que cambia de color a cada hora del día o de la noche, del marfil al rosa y del basalto al amarillo, pasando por un pálido casi aceitunado. A Lidia la Mora se la ha visto en sociedad con futbolistas, cantantes, marqueses y banqueros. Se ha deslizado entre la jet no se sabe cómo y de pronto empieza a vivir con Crescencito.

—¿Pero Crescencito no era como un poco maricono?

—Con los hombres nunca se sabe, hija. Están llenos de sorpresas.

—Y que lo digas, pero esto es demasiado fuerte.

Lidia la Mora es una terminal de la ruta del narco y toda la coca que consume Madrid (sólo la de calité) pasa a través de ella. Lidia ha hecho un hombre a Crescencito, que antes vivía sin un duro y ahora invita hasta a los que no son título. Crescencito ya no se

llama Crescencito, sino Douglas Fairbanks, que queda más corriente y normal.

—Cuando me llames para lo del material, ya sabes que soy Douglas Fairbanks, que estamos todos pinchados, hija, y uno es muy conocido.

Crescencito, o sea Douglas Fairbanks, se ha convertido en el caballo de oro de la jet, dirigido y suministrado siempre por Lidia la Mora, que, según dicen, además le ha hecho un hombre y le ha enseñado incluso el número del carrete. Douglas Fairbanks aparece más arrogante, más hombre, más seguro, con más billetes, y todos le buscan para pedirle una dosis. Él y la Mora incluso llegan a casarse. Ya han llenado Madrid de material. Tienen problemas con la pasma, claro, pero la Mora sabe salir de eso. Es lo que dice Douglas Fairbanks: «Esta mujer se pasa la ley por el coño.»

CARMENCITO

FERMIN GUADALAVIAR, marqués de Guadalaviar, da esta noche una fiesta. En el mundo de Fe Segovia, cuando alguien da una fiesta es que tiene un problema. Anda ya por Madrid mucho runrún sobre las cosas que pasan en la dacha de Guadalaviar: el mongólico desaparecido, el loro muerto, las tiranteces entre señor y criado, que un día se tuvieran tanto amor, todo lo que Crisólogo II y Nat, y hasta Douglas Fairbanks, van contando por los salones. De modo que había que dar una fiesta.

—Vete pensándotelo, Adrián, hijo, pero me parece que tenemos que dar una cenita. Sólo cien personas o así. Ah, y que no sea un fin de semana.

Lo último que se haría en el mundo de Fe Segovia es dar una fiesta el fin de semana, como los yuppies de segunda y los periodistas.

—De modo que podría ser el miércoles.

—Eso, el miércoles. Qué haría yo sin ti, Adrián.

El marqués coquetea inútilmente con Adrián. Luego, a la hora de seleccionar los invitados, se pone muy trastámara, hace una selección dura y hasta se olvida de que la fiesta la hace casi para pedir perdón. Es una de esas cenastordalía en que la gente dice al fin por libre, y en casa del interesado, todo lo que anda diciendo por Madrid en un soplo. Así se acaba el runrún y todos contentos. Hay que echarles de comer para que se desahoguen.

—Hay que echarles de comer, Adrián, hijo, para que se desahoguen. Les compra uno por una cena. Y el menú y el servicio me lo encargas a José Luis, que hace muy bien estas cosas.

Lo cual que están todos, incluso Guido Brunner, el embajador alemán, que le ganaba mucho dinero al pobre Enrique Brindis jugando al póker. Brunner es un panceta inteligente, medio alemán, medio de Chamberí, que liga fácil, juega muy bien al póker, tiene más cultura de la necesaria en un embajador y ha conseguido seguir siéndolo con los democristianos de Kohl, como antes lo fuera con los socialdemócratas de Willy Brandt.

—Es muy listo el embajador.

—Sólo que ha cambiado de parroquia. Ya no invita intelectuales de izquierdas a la embajada.

—De todos modos le van a cesar cualquier día.

—Vete tú a saber.

—Al pobre Brindis lo tenía arruinado con el póker.

—Era el marco fuerte contra la peseta.

La San Marcial y Fe Segovia hablan de hombres. La Portugal presenta a su marido en sociedad:

—Aquí Eusebio Vercelli y señora de Vercelli. El cacereño tiene apostura y se defiende mal que bien, pero la pajarita se le sale.

—La Portugal ya ha encontrado un señor que le pague los caprichos.

María Ligorita, Ligorita, desvaría por la casa viendo de robar algo. Nat y Crisólogo II esnifan un material nuevo que les trae Douglas Fairbanks. En esta casa hay poco que robar. Sólo libros y cuadros antiguos. El marqués tiene más ganga de lo que parece. A ver en el jardín, que dicen que hay unos basaltos valiosos. Ligorita sale al jardín oscuro, sólo la entrada de la casa está luciente, y pasea de un lado a otro. Aquí hay tierra removida. Esta casa ya se sabe que tiene secretos. Fermín habrá enterrado algo para que Adrián no se lo robe. O al revés. Ligorita, en la oscuridad, va al invernadero y se trae una pala. Con la pala va excavando de prisa. Cómo le gustaría a Ligorita robar un tesoro. Sale una mano humana. Ligorita contiene el grito y sigue trabajando. Ahora una cara. Yo diría que éste es Carmencito. Como está bien esnifada, Ligorita se comporta. Vuelve a la casa y lo anuncia, que hay un hombre enterrado en el jardín, me parece que es Carmencito, el tonto. Corre la histeria, se alborotan los escotes y todos

acuden al jardín con hachones, linternas, luces, cosas. Rodean al muerto. El marqués y Adrián llegan los últimos. Tenía que pasar. Douglas Fairbanks le dice a Lidia la Mora que lo mejor es irse, y se van en su mercedes. Crisólogo II está en primera fila; Carmencito enterrado y probablemente asesinado, que nadie se mueva, voy a llamar a la policía.

ZACARÍAS

EL ENTIERRO DE ZACARÍAS SEGOVIA constituye una verdadera manifestación de duelo. La capilla ardiente la han instalado en el patio de operaciones del Banco, que es un inmenso triángulo neoclásico con arrebatos barrocos muy del capitalismo industrial de principios de siglo. La luz de los hachones, las lámparas del techo y los fluorescentes conjuntan una plural desesperación de la luz que le pone a la gran capilla un misterio o un espanto de interior luminiscente de pirámide (al efecto pirámide contribuye la forma triangular del patio).

El muerto, un niño de 103 años, está allí, tan pequeño y abandonado, a la vista de todos y quizá no mirado por nadie, con esa cosa de pie impar y solitario que tiene siempre un muerto. Fe Segovia no ha llorado más de lo necesario. Isabel de Portugal con su cacereño, ahora señores de Verceil o Vercelli, ha vuelto a ponerse de Semana Santa, como en todos los entierros, Fermín Guadalaviar ha salido en libertad provisional y está más trastamara que nunca. Todo el mundo le felicita en silencio, sin decir por qué, con esa solidaridad de clase que había en el mundo de Fe Segovia. Realmente, el velatorio se está convirtiendo en un homenaje, en una fiesta a la vuelta del marqués, como si volviese de ganar una batalla o de ser decapitado, con la cabeza en la mano.

Adrián está en prisión indefinida, pendiente de juicio. Adrián ha relatado su crimen a la justicia con esa minuciosidad y autoensañamiento que algunos delincuentes ponen en su delito, como si estuvieran contando una novela que han escrito. Quizá el crimen llega a ser una obra literaria en la cabeza del criminal. O quizá lo es. La San Marcial también ha venido de Semana Santa, acompañada de Camilo Celis, el viejo actor de cifesa. María Ligorita, Ligorita, procura no encontrarse de frente con Guadalaviar. No es de agradecer eso de que le anden a uno desenterrando los muertos del propio jardín. Cuqui Fierro se ha puesto muy guapetona. Y Sara Montiel de gafas negras, que es el luto de las cómicas. Joaquina Brindis, también de peineta, se reúne con la San Marcial y la Portugal, de modo que parecen ya las tres manolas de la copla. Nat y Pedro Crisólogo, Crisólogo II, llegan muy deportivos. El torero cojea con cierta elegancia. Quizá se van desde aquí a una fiesta campera. Rappel, de túnicas negras y gran abanico de luto, se ha puesto asimismo una cinta negra en la melena de violín asténico. Raúl Ordóñez presenta a un hombre alto de pelo blanco, que a su vez presenta a una morena limeña de buen cuerpo y ojos irresistibles. Raúl Ordóñez está empezando a introducir en el mundo de Fe Segovia una aristocracia inédita de banqueros y amantes de banqueros que son ya el neocapitalismo del adolfato, pero poco tienen que ver con el paleocapitalismo español y agrario, que acaba de morir para siempre en la persona mínima y mítica de Zacarías Segovia. Lidia la Mora y Douglas Fairbanks, ella de blanco inconsútil (luto hindú) y él con un frac viejo, se llevan a Fe a un despacho y le preparan una rayita, para que pase mejor el trago.

—Esto ayuda a pasar mejor el trago, Segovita, hija.

—Qué buenos sois todos conmigo.

Aurora Pavón y Áurea, la embajadora del Tercer Mundo, parecen una página de la prensa del corazón, donde salen ya como «relaciones peligrosas». Todo el mundo sabe, por otra parte, que en la Embajada de Áurea se está gestando el asalto socialista al Estado.

—Esta latinoché de mierda nos va a meter en el Gobierno a los sindicalistas.

—¿Los de Solís?

—No, mujer, la UGT.

—Y eso qué es.

—Luego te cuento. Ahora calla y reza.

Eugenio Beltrán, con sus eternos ojos de lágrima, de un azul lágrima, llora la muerte del amigo protector, va de luto riguroso y juega un poco el papel de huérfano (pudo

haberlo sido) al lado de Fe Segovia. La capilla ardiente empieza a oler a lo que huele esta gente, perfumes íntimos femeninos, ropas con aura de arcón, gamuzas húmedas y colonias macho. Por debajo de todo eso, el gran Banco huele a bodega de barco, a puerto y salazón, que es el olor del dinero, quizá por su origen fenicio.

Mario Goretti, el teólogo ácrata, llega con el cura que va a decir los latines, un cura bajo que quizá sea Martín Patino. Cristóbal Benito, lleno de medallas académicas, medallitas, relojitos, gafitas que se quita y pone, sonrisas y olor a tabaco sucio, en seguida hace del funeral lo que realmente es, una fiesta social. Su sonrisa mundana pasa por todos y les deja sonrientes. Un rato le pide el abanico a Rappell y se abanica vistosamente:

—Qué calorina, hijas, el pobre Zacarías qué a gusto estará en el cielo, sin estos ahogos.

Don Buenaventura, el alcalde, tiene un puro apagado en la boca. No lo enciende por respeto: «Ya he rezado por Zacarías a mi Madonina.» Fe Segovia, de pie, negra y entera, como una María Callas fea, va recibiendo el homenaje de todos, el pésame, la fiesta del luto, y se siente una vez más la hacedora de lluvia, la sacerdotisa, la papisa única y fuerte de esta tribu de oro que es su mundo. En la calle de Alcalá negrean grupos de gente. Son los pequeños ahorradores, que lloran un poco y preguntan por sus ahorros.

DAMIÁN

CAMILO CELIS CONDUCE EL COCHE de la duquesa, un austin del patrimonio, por las tierras baldías de la luna de agosto. Camilo Celis conduce ceñudo, oscuro y dispuesto. La duquesa, o sea la San Marcial, va a su lado, encogida de frío de luna, sesgada e impaciente. Camilo Celis, Camilón, lo había dicho en Oliver y en Bocaccio, me lo había dicho, nos lo había a todos:

—Joder con la duquesa. Ha llamado ya hasta a Arturo Fernández, y a mí por qué no me llama, si soy el follador oficial del reino.

Un día le llamó. Estuvieron en una cena íntima, o sea con poca gente, en palacio, y luego salieron solos en el viejo austin.

—Y qué bien llevas el austin, Camilón.

Camilo Celis, Camilón, el héroe franquista de cifesa, comunista de carnet en la vida real, tenía un hermano también comunista, Damián, que se le murió en Cuelgamuros, del infarto, picando piedra para el Valle de los Caídos, según diseño mussoliniano de Sánchez Mazas. Camilo Celis, Camilón, confunde en sí el sentido de clase, el sentimiento de partido y el sentimiento por la muerte de su hermano mayor, que era el inteligente.

—El intelectual era mi hermano Damián. Yo soy un paria. Yo no tengo más que la cara de macho franquista que gusta a las tías.

Camilo Celis, Camilón, ha tirado hacia el Este, de una manera instintiva, ya que la duquesa, al fin, le ha llamado, y se la quiere beneficiar humillándola en lo posible. Para el galán Camilo Celis, tirarse a una mujer no es sólo un acto de lujuria, sino que debe aplicarse por una intención, como las misas. Y él aplica este polvo por su hermano.

Han llegado a los espartales de Vallecas, o algo que se le parece. Camilo Celis quiere revolcar a la duquesa en el fango, con un sentimiento de clase que está entre Victor Hugo y «La Internacional», pero él no lo sabe.

—Y qué poco hablas, hijo, para lo mucho que hablas en las películas.

—En las películas es que me dan un guión.

—¿Y a ti, sin guión, es que no se te ocurre nada?

—Demasiadas cosas.

—Pues dilas.

—Te ibas a enfadar conmigo.

—Ya sé que eres un rojo horrible.

—¿Y por qué me has llamado?

—No tengo nada contra los rojos. Salvaron mi palacio cuando la guerra.

Han llegado al solar de unas obras, o sea de una casa en construcción, y a Camilo Celis se le ocurre que es el sitio perfecto para beneficiarse a la duquesa.

—Aquí.

—¿Aquí?

La duquesa no se rebela ni dice nada, porque también ella es aventurera y busca en un hombre la revelación de nuevos mundos. No añora para nada sus colchones de pluma. Damián era inteligente, sobrio, callado, buen lector, largo en hechos y corto en palabras. Se escapó de Cuelgamuros en camiseta y le pegaron un tiro. O quizá muriese de infarto, como se ha dicho antes. Camilo Celis prefiere la primera versión. La verdad es que la policía les dio varias, a la familia. Camilo Celis, ya se ha dicho, confunde el resentimiento social con el resentimiento por la muerte de su hermano, que, fuera como fuese, le sigue pareciendo un asesinato. Petra Paula San Marcial, duquesa de San Marcial, está metida en la hormigonera, con medio cuerpo fuera, o sea de la cintura para abajo. El guarda de las obras, que va de perrillo ladrador y asma, es también comunista, y reconoce a Camilo, que además le da una propina para que se vaya.

—Cómo te llamas.

—Chindasvinto.

—Toma para tabaco, Chindasvinto, que es bueno para el asma, y tú no has visto nada. A Camilo Celis no le gusta mucho la duquesa, pero el tirársela es un timbre de gloria, un mito y un récord entre los sementales reconocidos del Boletín Oficial del Estado. Luego está el ya explicado resentimiento de clase y, finalmente, la condición folladora de Camilo Celis, Camilón, que de madrugada y con numerosos whiskies es capaz de beneficiarse una farola fernandina, que son las más sugerentes. Lo que tiene Camilo ante sí es una falda de flores, larga, y unas sandalias. Se baja los pantalones, levanta la falda y arrima el taller al material, de modo y manera que del fondo de cúpula de la hormigonera llegan unos gemidos, lamentos, placeres y contorsiones que le ponen ya ciego, sin saber a quién se está tirando. El joderse a muchas mujeres es lo que tiene: que al final acabas pensando en tus cosas y no sabes quién es la loca que grita de dolor y de placer. Están ahí para eso, piensa Camilón, para que uno las haga infinitamente felices y desgraciadas.

La luna de agosto canta en el cielo su aria silenciosa y le da calidades de muerta a los muslos, el sexo y el vientre desnudo de la duquesa. Camilo se incorpora, se levanta, se aparta y se pone a mear. Infinita y hermosa meada bajo la noche manchega, sobre los espartales de Vallecas, en un clima efectivamente lunar donde no hay vida ni muerte (los sabios dicen que en la luna hace mucho frío, pero déjales que digan).

Vuelven hacia Madrid en el austin. El perrillo del guarda ladra a lo lejos, como un lucero mínimo, caído y furioso. La duquesa busca resguardo y ternura en el hombro de Camilo:

—Hijo, qué brusco eres.

—Cada uno es como es.

—¿Y no me quieres un poco?

—¿Quieres fumar, duquesa?

—Sí, pero de lo tuyo.

Y el actor le pasa a la duquesa su paquete de picadura. Esto es lo que ella venía buscando, lo que ha buscado siempre, como reina natural de las Españas: el sabor acre, popular y macho de la picadura. Camilo piensa en Damián.

CRISTÓBAL BENITO

CRISTÓBAL BENITO, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, anda de madrugada por la calle Almirante. El académico va de abanico, impertinentes y camisola de colores Armani. Se para a hablar con tres chaperos.

—Mejor si os venís los tres y montamos el pollo.

—Eso, porque nosotros no acostumbramos a separarnos.

Los chaperos se llaman cualquier cosa. Uno parece un mensajero de esos que llevan paquetes en moto, de una punta a otra de Madrid. Otro (el que más le gusta al académico) parece un vendedor de clínex de semáforo, cruzado de actor lírico y recastado en el amor portuario de las calles sin puerto. El tercero es fuerte, directo, cuadrado, seco, brutal, sonriente en frío.

Don Cristóbal Benito, por ahí por Fomento y la Bola, tiene una casa que es un museo, encima del Café de Chinitas, y cuando los flamencos del colmao patean a deshora, todas la giliporcelanas del coleccionista y académico tiemblan con un tintineo fino y peligroso.

El académico y sus chaperos se meten los cuatro en un taxi. La noche de agosto tiene algo portuario, absurdo en Madrid. A lo mejor esta humedad caliente y perfumada la trae la luna. (La duquesa y el actor andan follando por los espartales de Vallecas.)

— ¿Y vosotros a qué os dedicáis?

—Trabajamos en el paro.

Esto es el sueño de una noche de verano. O el sueño de una noche de primavera sin sueño. Parece que a todo el mundo le ha dado por enamorarse esta noche. Shakespeare debe estar beneficiándose a un mancebo en algún barrio mercantil de Londres. O esto es lo que le gusta pensar a Cristóbal Benito.

— Trabajáis en el paro. Eso tiene gracia. Ah, la gracia popular de la gente. ¿Y aparte de eso?

—Aparte de eso no nos gusta que nos hagan preguntas.

El académico se encoge un poco. La Gran Vía es como un inmenso chancro de luz y soledad en el sexo de Madrid. El taxi tuerce hacia Santo Domingo.

— ¿Queréis primero unas copas en el Café de Chinitas?

—Nosotros vamos a lo nuestro.

—Hijo, tú es que eres un brusco.

La duquesa anda follando por los espartales de Vallecas. El académico mete en su casa museo a tres chaperos de la calle Almirante que llenan el piso con su olor de aire libre, noche salvaje y motocicleta.

Miran en torno todas las cosas. Todo es demasiado bueno y bello. Vitrinas, bibelots, cuadros, libros antiguos, relojes como medievales, que dan los cuartos de hora como centinelas.

—Hale, sentaos por ahí que os traigo algo de beber. Venga, id pidiendo.

Y el académico toma una actitud servil de camarero.

—Coca cola.

—Mirinda.

—Chivas Regal.

—Hijos, qué gustos tan raros.

Y se va a la cocina a por los pedidos. El académico se ha quitado la chaqueta.

Benito es coleccionista como todo erudito. O erudito como todo coleccionista. La erudición no es sino un coleccionismo culto. Cristóbal Benito es antiguo y esnob. En su casa museo hay erudiciones de clásicos, de científicos, de moralistas, de políticos, que derivan ya hacia el coleccionismo. Y hay colecciones de giliporcelanas, abanicos, relojes y catalejos que se elevan ya a la categoría de erudición. De la mirinda pasan al porro y la coca, al has y la mierda, y el académico trata de darle a aquello, según su sentido sociable, un aspecto de juega de amigos, pero los tres chaperos son

herméticos, duros y puede que un poco aburridos. El académico se los imagina desnudos y le gustan. Efectivamente, empiezan a desnudarse.

—Aquí hace mucho calor.

—La refrigeración es mala para mis obras de arte.

—Se está mejor en bolas.

—Como gustéis, es vuestra casa.

Se van desnudando los tres y a CB le tiemblan las rodillas, pero disimula y se abanica. Uno de ellos tiene un suave y dorado cuerpo de chica. Otro es blanco y peludo. El cuadrado exhibe una sexualidad selvática y un culo impresentable. Empiezan a jugar entre ellos y luego van desnudando al académico dulcemente, como mecánicos que fuesen gheisas^m.

Aparece el perro chirle de CB y el cuadrado le da una patada que lo incrusta en el entelado de la pared.

—Hijo, qué modales —se queja el académico—. Mi pobre Montesquieu.

—Me joden los perros con nombre en extranjero.

A todo esto le están bajando los pantalones al académico, que muestra unas nalgas sesentonas, caídas y blancas como bolsas de cemento.

— ¿Pasamos a la alcoba, hijos?

—No hace falta.

El cuadrado le da la primera patada en el culo. Le dejan desnudo de cintura para abajo. CB comprende la trampa, el peligro que había intuido desde la calle Almirante, y que su lujuria se negaba a ver.

Le pisan, le dan de hostias, le tiran sobre una alfombra persa que huele a todas las generaciones de persas que han meado sobre ella. El rubito triste, poético, cansado y sonriente, le va atando con una soga que han sacado de algún sitio. CB todavía mira los genitales adolescentes del rubito, con deseo. La duquesa ha tenido su largo orgasmo en la hormigonera. A CB la han hecho astillas los quevedos y sólo ve sombras que le roban, desvalijan, arrasan la casa. «El dinero, mariconas.» Y les dice, como una liberación, dónde está el dinero. Se han vestido rápido y desaparecen cerrando la puerta con mucha educación. CB pierde el sentido sobre la alfombra. La duquesa muere de amor en los espartales.

LA MARQUESA DE LIMA

FE SEGOVIA tiene de inquilina en el principal de su palacete a doña Rosa de Lima, marquesa de Lima, una madura de aire colonial, rentas escasas y mucho entrar y salir. Fe Segovia aspira a quedarse con todo el palacete, pero las leyes no ayudan mucho en esto. Ni con Franco, ni con Arias Navarro ni con Adolfo Suárez, el abogado de Fe Segovia ha encontrado procedimiento para echar a la marquesa de Lima.

Fe Segovia tiene como inquilinos, en las buhardillas a unas tribus de paragüeros, lañadores, pobres de pedir, buhoneros, dineros y otras taifas de la calle y el hambre. La casa de Fe Segovia es como una síntesis de España: la aristocracia en el principal, el pueblo en la buhardilla y, entre medias, la alta burguesía del dinero, que es la que manda.

—Querida marquesa, perdone que le insista, pero la ley y mi abogado consideran oportuna la indemnización fijada para que usted me deje libre esta planta.

La planta de doña Rosa de Lima tiene un clima de guacamayo, aunque en la casa no haya guacamayos, ni siquiera un periquito.

—Querida Fe, usted sabe que ese dinero es una miseria para mí. Yo soy un título y un título debe vivir con arreglo a su dignidad.

El amplio piso de doña Rosa de Lima, marquesa de Lima, tiene incluso una luz colonial, una gracia antillana y antigua, un viso de otros tiempos y un piano donde la marquesa, cuando está un poco pasada de ron, toca habaneras.

—Aunque yo no sea un título, doña Rosa, puedo comprender sus necesidades. Lo que no puedo, ni tengo por qué, es sufragarlas.

—No se me ponga usted plebeya ni insolente, señorita Fe.

—Soy la dueña de esta casa.

—Aquí en España, desde que echaron al rey, la nobleza va por una parte y el dinero por otra.

—A mí no me cuente usted la historia de España, doña Rosa. Yo lo que quiero es que se vaya.

—Usted representa la nueva clase que quiere vivir en un palacio, desalojando a los nobles de toda la vida.

—¿Me está llamando parvenu?

—No hablo francés, señorita Fe. Yo sólo insulto en castellano.

Y doña Rosa de Lima, marquesa de Lima, se revuelve en un lío de abanicos filipinos, mantones de manila y flores de trapo que constituyen una especie de trópico de cretona en que la marquesa, viuda de algún general de las antiguas colonias, se ha refugiado.

—Sabe usted que, antes o después, tiene que dejar esta casa.

—Más bien será después.

La marquesa tiene una zumba de mulata con platita, aunque sólo es de Madrigal de las Altas Torres, provincia de Ávila.

—Estoy dispuesta a llevar el caso al Tribunal Supremo, marquesa.

—No sé qué es el Tribunal Supremo. Mándeme a su abogado que me lo explique.

Y la aristócrata colonial hace un mohín antiguo como de ir a seducir al abogado.

—No le voy a subir la indemnización ni una peseta.

—Una peseta no, pero varios millones más sí que me convencerían.

—Abusa usted de la situación.

—Me acojo a la ley. Son las leyes de una guerra que ganaron ustedes. Su papá, concretamente.

—No le consiento que meta en esto a mi difunto padre.

—Pues mi difunto marido estaba ya bajo un almendro filipino cuando Franco hizo la revolución.

—Le repito que no me cuente la historia de España, por favor. No he venido a eso.

Fe Segovia baja periódicamente al principal para parlamentar con la marquesa sobre la recuperación de la planta noble del palacete. Pero la marquesa y sus abogados se acogen a las leyes, aparte que doña Rosa sabe darle hilo a la mujer más rica de Madrid.

—¿Quiere usted un poco de bacardí, señorita Fe?

—Lo que quiero es irme de esta casa ahora mismo. Es usted una intrusa.

—Los intrusos son ustedes. Los intrusos del dinero. La aristocracia estamos en España desde siempre.

La marquesa va a buscar más bacardí y luego se sienta al piano, adornado con un mantón de manila, y toca viejas habaneras, ay tarde de otoño llena de sol de Madrid, ay mil ochocientos qué lejos ya estás de mí, todo pasó como una luz que yo apagué ya...

Fe Segovia se va del piso sin despedirse. Por las escaleras todavía oye el piano y la voz de la marquesa:

*La tarde clara
de otoño madrileño,
en Platerías
tomaba yo café
y entrar en el salón
te vi
y al verte tan bonita
me puse junto a ti.*

BRÍGIDO

- DE MODO QUE AHORA la Mora me va a divorciar de Eusebio Vercelli.
- ¿Douglas Fairbanks no se comporta?
- Lo de la coca lo van teniendo muy crudo. Y Douglas Fairbanks va estando ya muy marcado por la pasma.
- O sea que la Mora cambia de caballo sobre la marcha.
- Eso, como Miguel Strogoff, el correo del zar.
- Siempre me han deslumbrado tus alusiones literarias.
- Vete a la mierda.
- Y el caballo de refresco es Eusebio Vercelli, señor de Portugal, de soltero el cacereño.
- Ya comprenderás el favor que me hace nuestra negra. Vercelli folla como un mozo de pueblo el día del Cristo, y mis derechos los tengo adquiridos. Quiero decir que me deja situada.
- Te quedas con el mensaje y asesinas al mensajero.
- Tú también estás muy brillante de frases esta tarde.
- ¿Y se sabe qué piensa hacer la Mora con los olivos del cacereño? No es fácil que la gente pase de la coca a las aceitunas aliñadas.
- Brígido e Isabel han hecho el amor sobre la yerba madura de agosto. Ahora están tendidos en sendas hamacas, blancas y un poco torcidas, viejas, fumando, bebiendo whisky, mirando el cielo grande, puro y solitario de Somosaguas. El cielo un poco extenuado del verano.
- Tiene gracia eso de las aceitunas.
- Brígido e Isabel hacen el amor, cuando lo hacen, más bien poco (Brígido prefiere sus muñecas), de una manera sabia y un poco cansada, de una manera larga y consabida, experta, en una ancha y plácida camaradería del placer. La Portugal no ha dejado de acostarse con Brígido después de ninguna de sus bodas. Ahora vuelve a él como a la comfortable rutina de toda la vida, a la magia sin prestigios de la costumbre, más entregada y feliz desde que los primeros tonteos de su marido con la Mora empezaron a salir en la prensa sentimental. Parece que se conocieron en una cena de la San Marcial. Brígido acostumbra a no segar la yerba de su jardín sino un par de veces al año. A Brígido no le gusta esa costumbre entre hortera y anglosajona de la yerba rapada.
- En todo caso, está claro que la Mora sale huyendo del tema de la coca.
- Douglas Fairbanks ya ha ido dos veces al juez. Parece que se defiende bien, pero acabará cayendo.
- Que le eche una mano Guadalaviar —dice Brígido.
- ¿Guadalaviar tiene mano con la justicia?
- Una maricona ilustre, de cien años, tiene mano con todo el mundo.
- Lo cierto es que la Mora ha elegido a mi Eusebio como caballo de refresco. Mi vida es una novela, Brígido. ¿Por qué no la escribes?
- Están desnudos, hermosos y muy hechos por la vida. Brígido tiene algo de querubín viejo que se ha dejado la barba. Isabel de Portugal cuida ya en su piel el oro de un verano que la va hermozeando con panes silenciosos y mano renacentista. Es la mujer de los pechos bellos e insensibles, es la mujer del vientre de violín y el sexo rubio, es la mujer de los muslos poderosos, inesperados, espectaculares como los muslos de otra. La piel del verano la viste de luz y metales sutilísimos.
- Otra vez te veo soltera, Portugal. ¿Por qué no nos casamos?
- Porque eres un mierda y me jode que hagas coñas con eso, que tanto te he pedido.
- Me pregunto qué industria se va a montar la Mora con tu cacereño.
- Acabará quedándose con las fincas.
- No la veo de latifundista. Ni sabía que la encina o el olivo fuesen alucinógenos.

—A mí me parece como si la negra quisiera insertarse ahora en la serie de los negocios serios, de los negocios limpios.

—¿La revolución campesina, la reforma agraria? Eso ya lo hizo el Caudillo.

La Portugal tiene un follar entregado y difícil. La Portugal tiene un follar de gata que no está en celo, pero quisiera estarlo. La Portugal ha descubierto el sexo, el orgasmo infinito, la vida, no con sus sucesivos maridos, sino con las artes pacientes, indiferentes e irónicas de Brígido. Brígido, algunas noches, le hace un amor exquisito a la muñeca réplica de Isabel. Es lo que él dice: «Con una mujer es muy difícil llegar a la unanimidad en el orgasmo, contra lo que decía Marañón, que de eso sabía poco. Con una muñeca, la unanimidad es perfecta. La unanimidad con uno mismo.»

—Lo que hay que hacer ahora —dice Isabel, poniéndose de costado en la hamaca, con lo que glorifica una cadera y descuelga un seno— es hablar lo menos posible del asunto, no vayamos a estropearlo. Estas cosas se estropean por los chismes.

La Portugal sabe que la mejor manera de liberarse de un marido es no darse por enterada. Los escándalos en casa son más eficaces de lo que parece y al final el tío se queda. Brígido piensa que Isabel tiene razón y que sabe mucho de eso, mientras contempla el seno descolgado y la cadera poderosa, mitológica, dorada en blanco, de su amiga. Brígido es un voyeur sobre todas las cosas. Si accede alguna vez a acostarse con una mujer es por mirarla cómo goza y sufre, por ver cómo un cuerpo femenino pasa del barroco al gótico, a través de lo mortuorio, mientras te lo estás follando.

—¿Y para cuándo piensas segar la yerba, Brígido?

—De viejo me he hecho ecologista y ya no siego nada. Creo que cuanto menos intervengamos en la marcha del mundo, el mundo va mejor. Es lo que tú estabas diciendo de los amores de la Mora con el cacereño.

GERARDO

FE SEGOVIA HA INVITADO a tomar café a Gerardo, el carpintero con poderes, en su palacete de la calle Don Pedro. Gerardo va de boina, esa boinilla que nunca se pone y que le sirve para saludar a las señoras.

—Gerardo, las cosas no van bien y usted lo sabe.

—La señora dirá.

—Con la muerte de Franco han cambiado muchas cosas. La gente está a ganar dinero y ya nadie tiene fe en la parapsicología ni en nada que no sea contante y sonante.

—También es verdad.

—Yo quisiera devolver a esta sociedad la conciencia de que hay cosas, fenómenos, milagros, personas que nos alimentamos del misterio y de un más allá de la realidad.

—Y usted que lo diga. Fe Segovia se toma el café a medias, ya frío, y enciende un cigarrillo. Gerardo, el carpintero con poderes, se limita a darle vueltas al azúcar sin decidirse a probar su taza. Pero Gerardo entiende lo que doña Fe quiere decirle y lo simplifica así en su cabeza: esa mora que ha venido de la India le está quitando todas las portadas a doña Fe, que lo veo yo por las revistas que mi señora roba en la peluquería, y doña Fe quiere que hagamos algo para cargarnos a la mora. Gerardo es un intuitivo, como todos los carpinteros, y su intuición llega más allá que su inteligencia.

—Pero tómese el café, Gerardo.

El carpintero se lo toma de un trago, por timidez, por acabar cuanto antes.

—¿Le apetece una copita de ojén, Gerardo?

—Si la señora se empeña...

Fe Segovia le sirve el ojén.

—Lo que pasa, Gerardo, es que esto de la democracia está acabando con los valores. La gente ya no tiene religión, y lo mismo que han dejado de creer en Dios, han dejado de creer en el demonio. Lo uno trae lo otro.

—Y qué bien lo explica la señora.

Gerardo se ha bebido el ojén de un trago y Fe le sirve otro. De pronto comprende que eso le quita la timidez al carpintero y le pone más imaginativo.

—¿Quiere que le hable con el corazón la señora?

—Para eso le he llamado, Gerardo.

—Aparte cómo van los tiempos, que efectivamente van muy mal, mucho peor que con nuestro Caudillo, al menos para los pobres, con perdón, lo que pasa, doña Fe, y no sé cómo decírselo...

Fe le sirve otro ojén. A Gerardo le ha cambiado la voz y se le ha despertado en los ojos la inteligencia dormida por la miseria.

—Lo que pasa, doña Fe, es que por el camino del misterio ya no podemos avanzar más. Con el demonio ya hemos hecho todos los tratos posibles.

—Por Dios, Gerardo, no hable usted así, que me va a asustar.

Y Fe hace un mohín que la pone fea.

—Disculpe la señora, pero quiero decir que la línea de los fenómenos paranormales está agotada. Hay que probar otra.

Gerardo ha dejado de hablar como un carpintero. Ahora está claro que tiene poderes. Al menos, el poder de la astucia.

—¿Qué me está usted proponiendo, Gerardo?

—Terminado el pacto con el demonio, empezar con Dios.

—Como católica me resisto a hablar en esos términos, pero continúe.

—Usted volverá a ser la que era si ahora pactamos con el cielo. En el infierno ya no tenemos crédito.

—Tendré que confesarme por esta conversación, Gerardo,

—Como guste la señora. Mi señora también es muy piadosa.

—¿Y qué se le ocurre a usted en concreto?

—Necesito unos días.

Fe recuerda que, al cabo de unos días, Gerardo le devolvió los pendientes charros. Y no quiere recordar que ella los vendería seguidamente en un empeñista de Pontejos.

—Unos días y dinero.

—¿Dinero, Gerardo?

—La democracia trae mucho paro, señora. Y mi proyecto va a costar caro, señorita Fe.

—¿Como cuánto?

—Lo que calcule la señorita.

—¿Cinco mil?

—Cincuenta mil para empezar.

—¿Pero es que va usted a traer a la Virgen de Lourdes?

—Algo así.

—¿Y para cuándo ese dinero, Gerardo?

Trapichean ya como dos rufianes. La visita ha cambiado de signo.

—Para ahora mismo, señorita.

Fe advierte el resentimiento de clase. Gerardo debe estar harto de las propinas de veinte duros por comerciar con el demonio.

—Le firmaré un cheque.

—Mejor en billetes. Tengo unas compras urgentes y ahora por la tarde están cerrados los bancos. Fe principia a asustarse de Gerardo, a arrepentirse. Fe ama a los pobres mientras son sumisos. Un pobre que pide dinero es casi un delincuente. Gerardo se está aprovechando de que la ve un poco perdida. «Para qué le habré yo dado ojén a este hombre». Desaparece en los fondos de la casa y vuelve con una baraja de billetes de mil, sucios, arrugados, ajados, olientes a encierro y usura. Los cuenta sobre la mesa camilla.

—... cuarenta y nueve y cincuenta.

Gerardo se guarda el dinero en el mono.

—La llamaré con lo que haya, señorita Fe.

Y se despide con la boinilla.

GUADALAVIAR

FERMIN GUADALAVIAR, va dos veces al mes a Carabanchel, a visitar a Adrián. Fermín va en su viejo ford, con un chófer nuevo al que requiere de amores. A Adrián le lleva tabaco, whisky, ropa de verano, ropa de invierno, revistas, latas de comida y fruta. Adrián, vestido de dril y con el pelo al cero, ha perdido su belleza cínica de valet y Fermín le encuentra más niño, más desvalido, más atractivo:

—Que te veo muy mocetón, Adrián, que la cárcel te está probando, y no creas que es ironía.

—Yo a usted le encuentro más viejo.

(La cárcel le ha devuelto misteriosamente al usted.)

—Tú siempre con tus salidas. Toma, te he traído todo esto, pero no lo repartas con tus amigotes de ahí dentro. Es sólo para ti.

—¿Tengo que darle las gracias?

—No, hijo, es bien poca cosa. Anda, cuéntame algo de tu vida aquí.

—Más vale que se vaya. Luego hay cachondeo con los compañeros. « ¿Ha venido con la cestita la señora marquesa? »

—Qué simpáticos y qué monos tus compañeros. ¿Tienes aquí algún novio?

—Eso a usted no le importa.

—Hijo, qué borde. Era sólo curiosidad.

—Aquí todos somos jóvenes, hasta los guardianes.

—¿También te entiendes con algún guardián?

—Son los que más te pueden ayudar en todo.

—Ya veo que la democracia no ha cambiado nada.

—¿Y qué tiene que ver eso con la democracia?

—Más de lo que tú crees. Los amores entre presos y vigilantes son de toda la vida. Y tienen mucho morbo ¿verdad?

—Es usted una vieja guarra.

Guadalaviar se quita y se pone unos guantes de verano. Está muy trastamara entre la gente gris y vil que va a visitar a los presos.

—No soy más que una vieja que te quiere.

—Pero me ha metido usted aquí y estoy pagando por todos.

—Te metiste tú solo por hablador. Hay que negar siempre, hijo, negar aunque te pillen en la cama. Pero ya estoy haciendo algo por ti.

—Eso me lo dice siempre.

—La democracia ha traído alguna gente nueva y poco tratable, pero los míos, los legales, los de toda la vida, ya están trabajando en lo tuyo.

—¿Tiene usted mano con los jueces?

—En Madrid todos somos una gran familia, eso no lo va a cambiar la democracia.

—¿Para cuándo calcula que voy a salir?

—Hijo, qué prisas. Primero disfruta un poco con tu amado guardián. ¿Sabes que estoy un poco celosa?

Adrián no le escucha. Enciende el primer marlboro de los que ha traído el viejo y se dice a sí mismo que más le vale aguantar, más me vale aguantar, esta carrozona de mierda se entiende con todo el mundo y es capaz de sacarme de aquí.

—Te saco con una condición, Adrián —dice Fermín, que lee el pensamiento de su amor.

—Ya sé.

—Pues eso. Que te saco para que vuelvas a casa.

—Tengo que cambiar una cárcel por otra.

—Mi casa no es Carabanchel. Y allí serás el amo, como lo has sido siempre. Estoy muy solo, Adrián. Ya sabes que Crescencito se casó con una india, anda metido en el narco y ahora le llaman Douglas Fairbanks.

—También echará usted de menos el loro.

—No me seas cruel, Adrián.

De un lado y otro de la verja, Fermín y su criado preso conversan en el idioma adusto del amor y el odio. Adrián sabe que le unen al viejo más cosas de las que quisiera confesarse. El marqués exagera su devoción por el chico porque se siente un poco culpable de su prisión, a Carmencito lo metimos en casa de mala manera y aquello fue una locura que tenía que acabar así, todavía me parece un milagro estar yo en la calle, andar por ahí.

—¿Te puedo mandar un beso a través de la tela metálica?

—No seas maricona, Fermín.

—¿Cuándo quieres que vuelva a verte?

—Cuando a usted le apetezca. Aquí no se está mal, pero si no salgo mato a alguien.

—¿Otra locura?

—Cuando se aprende lo fácil que es matar, ya es difícil pararse.

—¿Tienes alguna reyerta?

—Todas y ninguna. La cárcel anima mucho a matar.

—Ahora que mis gestiones van por buen camino, sería una pena que lo estropeases.

—Pues dése prisa, que ya no me aguanto ni a mí mismo.

—Paciencia, hijo, mucha paciencia. Yo te juro que te saco.

—El caso es que también me da miedo salir.

—Fermín Guadalaviar, marqués de Guadalaviar, con su vieja y hermosa cabeza de trastamara, comprende que Adrián está peor de lo que él pensaba. Adrián ha descubierto la sangre como otros descubren la droga o la homosexualidad. Casi desiste de sacarle a la calle. Casi decide no llevarle de nuevo a su casa, aquel día mató al loro y otra mañana me estrangulará a mí.

—Toma, Adrián, este moquero que te he bordado.

Y le pasa la coca.

—Esto es lo que más se agradece aquí.

—Dale las gracias a Douglas Fairbanks, que nos tiene a todos bien servidos.

—Para la próxima espero más dosis. Esto es una mierda.

—De estas cosas mejor no hablar aquí, hijo. Las paredes oyen. Muá.

El preso se ha dado media vuelta y se aleja. El marqués va de sombrero de verano, un panamá, y guantes blancos. Levanta el mandibulón y se mete en su coche, yo, a estas edades, haciendo de camello para un asesino, tiene cojones. El viejo ford regresa hacia el centro de Madrid:

—A almorzar a la Gran Peña, Obrador, hijo.

LA VIRGEN

GERARDO VUELVE A CASA, Tetuán de las Victorias, en el metro, y ya se le va ocurriendo algo. « ¿Es que va usted a traer a la Virgen de Lourdes? », dijo esa bruja de la doña Fe. Por ahí, por ahí. Ya entrando en su calle, Gerardo, el carpintero con poderes, para en la vinatería de la esquina y compra un hojita fuerte, del 68, una botella de litro. A la casa, a su casa, se entra por el taller de carpintería, que ahora, cerrado y dormido, da un perfume en el que está toda la santidad de la madera y todo el evangelio de la pobreza.

Subiendo la escalera interior, el guiso de la cena, el buen guiso de la Ginesta, su señora, baja como un ensalmo de las alturas de la cocina. La Ginesta está guisando carne y pescado, y a todo le pone mucho picante y mucho perfume. Sólo el pueblo come bien, porque se hace su propia comida, como los primitivos. Las clases altas comen lo que les preparan los criados, con lo que se pierden lo más noble del arte de comer, que es hacer la comida.

La Ginesta está poniendo la mesa. La Ginesta es aldeana y judía, aunque no lo sepa, es baja y habla siempre muy alto, como los sordos, aunque la Ginesta oye muy bien. Tiene los pómulos altos, el pelo gris y corto, en melenita, y la sonrisa de mecánico dentista. Junto al fogón hay una botella de tinto y la Ginesta bebe de vez en cuando. Gerardo pone sobre la mesa la otra botella, la que acaba de comprar.

—¿Un litro de rioja, Gerardo? ¿Es que es mi santo o que has robado un banco?

Viven solos y se arreglan bien con la carpintería y lo que va sacando Gerardo de sus poderes secretos, que alguna propina siempre da la gente por un milagro. La Ginesta guisa aldeano, pero fino, y le pega al tinto con cierto cariño de mujer sin hijos. Con el vino va matando la soledad o el peligroso filo de la lucidez, que a veces asoma. Se sientan a cenar.

—Que vengo de casa de la doña Fe.

—¿Se le han perdido otros pendientes?

—No, no es eso.

—Te da unas propinas de mierda. Lo que no sé es cómo aguantas a esa bruja.

—Quiere que hagamos algo importante.

—¿Tiene problemas?

—Cosas de los pudientes.

—¿Y ya se te ha ocurrido algo?

—Se me está ocurriendo.

—Para eso tienes poderes.

—Y cuento contigo.

—¿Conmigo?

La Ginesta aprieta entre los muslos la botella que ha traído su marido y la está descorchando.

—Déjame que te explique, Ginesta.

—Este riojita está buenísimo, Gerardo. Gracias por acordarte de una. ¿Quieres tú probarlo?

Pero Gerardo es abstemio, como es casto, y él atribuye a estas cosas sus poderes.

—Deja, ya he tomado un poco de ojén en casa de doña Fe. Pues te decía, Ginesta, que cuento contigo.

—¿Y qué tengo yo que hacer? Yo no tengo poderes, Gerardo.

—Pero vas a tenerlos.

La Ginesta bebe y vuelve a preguntar.

—¿Y qué tengo yo que hacer?

Gerardo sabe que su mujer ha estado bebiendo toda la tarde. El regalo del rioja (los primeros gastos de que le habló a Fe Segovia) va a poner mágica a la Ginesta, como se pone siempre.

—Ver a la Virgen.
La Ginesta posa el vaso y deja de masticar.
—¿A qué Virgen? Me asustas, Gerardo.
—Bebe un trago para pasar el susto.
—¿A qué Virgen, Gerardo?
—Eso da igual. La Virgen. Me parece que sólo hay una.
—Hay muchas, en mi pueblo teníamos cinco.
—Puede que la tuya se llame la Virgen de Illescas. La doña Fe tiene una finca en Illescas.
—La doña Fe tiene fincas en todas partes, que se las dejó su papá.
—Pero tengo mis razones para elegir Illescas. Es un pueblo que tiene santos del Greco, y la finca la conozco, que me llevaron una vez a sanar a don Zacarías.
—¿Y lo sanaste?
—Ciento tres años que ha vivido.
—Tienes poderes, Gerardo.
—La Ginesta lleva mediada la botella de rioja. Gerardo piensa que debiera haber comprado dos.
—Tú sabes que las apariciones están de moda, Ginesta.
—Claro, por las revistas de la peluquera, la Maru, que es amiga y me pasa las atrasadas.
—Pues eso es lo que vamos a hacer, apariciones.
—No entiendo nada, Gerardo. A ver si con un poco de rioja.
—La Virgen de Illescas se va a aparecer en la finca de doña Fe, que se llama El Almanzor, no sé por qué, y tú la vas a ver, sólo tú. Una vez a la semana. Irán cientos de personas.
—¿Y qué sacamos con eso?
—Ella saca prestigio, la Virgen también saca prestigio y nosotros sacamos un poco de dinero para la vejez. Mira, ya me ha dado cincuenta mil.
La Ginesta mira el dinero con asombro y alegría, lo cuenta varias veces y va dejando en los billetes la huella alegre y minuciosa del vino.
—¿Y tengo que ponerme en trance, Gerardo?
—Claro.
—Pero yo no sé hacer eso.
—Sabrás. Ahora mismo ya estás en trance.
—Esto que me notas sólo es del vino.
—Pues te daremos vino, que coges unas castañas muy místicas.

LIDIA KIPLING

LA IGLESIA ERA UN GRAN ARMÓNIO dentro del cual estaban todos, pamelas y pecheras, levitantes de música, glorificados de flores, solemnes e impacientes.

Hay coros que bajan del cielo y un resto de voz blanca temblando en el sol de los vitrales. Eusebio Vercelli, el novio, en compañía de su madre y madrina, espera junto al altar. La madre de Eusebio Vercelli va vestida como de alcaldesa de pueblo. Los curas, muy revestidos y cardenalicios, hacen tertulia y hasta se fuman unos cigarrillos. Pero la novia no llega.

Entre el público, cada cual piensa en sus asuntos. Aurora Pavón ha escrito cosas muy crueles en las revistas contra Lidia Kipling, Lidia la Mora, contando sus orígenes hindúes, la casa de lenocinio que tenía la madre en Nueva Dehli, la ruta del narco que ha traído a esta mujer a España, su boda con un homosexual, Douglas Fairbanks, etc. Todo suena a mentira con unos gramos de plata, a verdad fabricada, a novela mala y por tanto apócrifa (la vida las hace mejores). Los reportajes de Aurora Pavón han resultado sensacionales, pero la periodista ha fallado en el matiz: todo encaja demasiado bien en su relato. La vida es más irregular.

Lidia Kipling, Lidia la Mora, deberá llegar del brazo del marqués de Guadalaviar, a quien ha elegido como padrino. La gente tose discretamente y se vuelve un poco a mirar la puerta. Aurora Pavón ha venido aquí, con Áurea la embajadora, para añadir un capítulo más a la novela verídica, difamatoria y famosa de la vida de la hindú. Huele a incienso y chanel, huele a sagrado y a profano, todo muy recalentado por un sol que se vuelve pájaro en cada color que atraviesa.

¿Y qué hace aquí toda esta distinguida minoría, en Madrid a mediados de agosto? Entre otras cosas, asistir a la boda de Lidia Kipling, hoy la mujer más poderosa del todo Madrid, y que quizá no tiene otro poder que el que los demás la otorgan.

Aparece en las puertas abiertas de la iglesia un hombre con un bulto blanco y rojo en los brazos. Es Douglas Fairbanks, que trae a Lidia con el traje de novia acuchillado en sangre. Hay gritos, una marea de murmullos, la revolución de los escotes y los fracs, estupor, un instante intenso, sobrecargado de realidad, que parece irreal e interminable. Douglas Fairbanks avanza por la gran alfombra roja, tambaleante. Ella parece muerta:

—¡Ahí tenéis a esta puta de mora! ¡Que la casen a la muy zorra!

Douglas Fairbanks ha gritado como un borracho, como un loco o un asesino. Como un asesino loco y borracho. Da media vuelta y sale corriendo, enredándose en la alfombra y, ya en la calle, se oye un coche que arranca violentamente. Todos acuden en torno del cuerpo caído.

—¡Se ha vuelto loco!

—¡Ha querido matarla!

—¡Qué espectáculo, qué mal gusto!

—¡Un crimen de celos!

—¡No soportaba que le dejase por otro!

—Parece que vuelve en sí.

Eusebio Vercelli entra en el centro del remolino. Ahora se ve en él al hombre de acción, al caballista. Se arrodilla junto a ella y la toma.

—¡Ha querido matarla!

—¡Qué espectáculo, qué mal gusto!

Vercelli levanta la cabeza y mira a los ojos de todos con una mirada que pide silencio y que les hace retroceder un paso. Ha puesto en su rodilla la cabeza de Lidia. Le toca las manos y la cara. Su traje de novio se decora de sangre. Se miran, casi se sonríen:

—Vamos, hay que curarte. Aplazaremos la boda.

—No, querido, ayúdame a ponerme de pie. Nos casamos ahora mismo.

Y la pareja avanzaba solemne y trágica hacia el altar. El sol eleva a la novia en un cielo

de blancura profanada, en una gloria de pureza y cuchilladas. Suena el armónium, suben y bajan los coros, perfuma Dios y agonizan a gritos las flores. Todo el mundo ha vuelto a su sitio. Aurora Pavón ya tiene título para su nuevo reportaje: se lo dice al oído a Áurea, «Las bodas de sangre de Lidia Kipling».

Los curas hacen su oficio, la madrina/alcaldesa queda siempre descolocada. Raúl Ordóñez, que ha estado un mes en la cárcel por el asunto de un banco inexistente, evasión de capitales y dinero negro, ha recibido el homenaje implícito de todo el mundo, esa solidaridad de clase, endogámica y correcta, que nunca falla. La iglesia, más bien una elegante capilla, gravita entre el cielo y la tierra, toda oro, incienso y mirra. El oro, el incienso y la mirra del dinero.

Guadalaviar, al ir a por la novia, se encontró una casa vacía, desordenada y sangrienta. Guadalaviar conoce mejor que nadie a Douglas Fairbanks. «Crescencito ya ha hecho una de sus locuras.» Vuelve a su coche, adornado de lazos para la ceremonia.

—Otra vez a casa, Obrador, hijo, que no hay boda.

De vuelta por la gran alfombra, entre ramos de flores y ramos de caras, ya casados, la extraña pareja sonrío pálidamente. Eusebio Vercelli tiene algo de cow/boy que acaba de salvar a la chica. Douglas Fairbanks no puede soportar que Lidia le deje por otro, que le abandone, se le hace intolerable la pérdida del brillo social que ella le ha dado, la persecución de la policía tras el narco, la soledad, el miedo, la vuelta a la homosexualidad, la pobreza elegante o la cárcel. Douglas Fairbanks es un poco psicópata y llevaba dentro muchas puñaladas que dar en esta vida. Se las ha dado todas a su mujer, pero con poca costumbre. Douglas Fairbanks no sabe matar, que es lo que más le gustaría del mundo. La suegra/alcaldesa se ha desmayado, pero nadie se entera o a nadie le importa. Ha venido otro coche nupcial. Lidia Kipling, la Mora, del brazo de su nuevo marido, acuchillada y bellísima, irreal de sangre y tules, sonrío a todos, camino de la salida, mientras toca el órgano, con una sonrisa de poder y gracia que es como otra cuchillada.

Nada más partir el coche, cae sangrante en el regazo de su marido.

PETRA PAULA SAN MARCIAL

EL PALACIO DE SAN MARCIAL había tenido un capellán que murió muy viejo, más o menos cuando los padres de Petra Paula. Ésta no se ha ocupado nunca de sustituir al capellán. Encuentra, quizá, que sin capellán tampoco se está mal. Pero Fe Segovia, en su nueva época mística y marianista, se lo viene diciendo:

—Un capellán, Petra, en esta casa hace falta un capellán.

—¿Me quieres poner guardián, me ves tan puta?

—Mujer, no digas eso.

De modo y manera que la San Marcial encarga a sus monjas de toda la vida, las del colegio, que le busquen un capellán:

—Pero que sea jovencito. Esta casa es como una catedral y aquí hay mucho que hacer. No me mande más viejos, madre abadesa.

El capellán es joven, muy joven, se llama Cayetano y va de sotana, pelo muy negro, en melenita, manos de poeta y voz acordada y tímida, profunda. Todo él es un morenito ni guapo ni feo, pero con cierta débil intensidad de adolescente cenceño. Petra Paula le pone a decir misa todos los días, sobre las seis de la tarde.

—A mí es que me sienta mejor la misa por la tarde. Ahora las convalidan ¿no?

Y cuando el padre Cayetano le da de comulgar, procura rozarle la mano con los labios. Pero el gran juguete erótico de la duquesa es la confesión. Se confiesa también casi a diario y le cuenta sus pecados al curita, casi un seminarista. La San Marcial descubre en esta relación con el cura unos alicientes que nunca había sospechado. Siempre fue más mujer de banderilleros y bailarines.

—¿Sabes, Fe, que está muy bien eso de contarle tus pecados de cama a un santo?

—No tienes arreglo, Petra, hija.

Durante las confesiones, el padre Cayetano apenas pregunta. No se atreve a oír más horrores, pero ella se los cuenta:

—Padre Cayetano, me acuso de que anoche un hombre me poseyó en una hormigonera.

El cura, el casi seminarista no dice nada. No entiende nada.

—¿Es que no le parece mal lo de la hormigonera, padre?

—Siga, señora, siga.

—Bueno, hay hombres que prefieren hacer conmigo el amor anal. Yo quisiera saber, padre, qué es más pecado, si por delante o por detrás.

—Todo es pecado, señora, horrible pecado.

—Soy una pobre mujer sola y los hombres han abusado mucho de mí.

—Y usted de los hombres, duquesa.

—Me gusta tener un hombre encima, padre Cayetano. Bueno, o debajo. Esto es otra cosa que quisiera preguntarle, por cierto. ¿Es más pecado encima o debajo?

—¿Encima o debajo de qué, hija?

—Debo parecerle una horrible pecadora, padre. Una María Magdalena. Una Santa María Egipcíaca.

—¿Por qué no se casa la señora duquesa?

—Ya me casé y me separó La Rota. Ahora me gustan los hombres jovencitos, así como usted, padre, pero que no sean santos como usted, claro.

—Yo no soy santo, hija.

—¿Usted cree que podrá darme la absolución, padre?

—La señora es una pobre mujer sola, desorientada, falta de amor. La señora necesitaría un marido. A través del matrimonio se llega al amor a Dios.

—Yo soy creyente de toda la vida, piadosa a mi manera, y creo que me salvaré.

—Pero lo de la hormigonera, hija...

—¿Quiere que le explique con más detalle lo de la hormigonera?

—Deje, deje, duquesa, que la descripción del pecado es peor que el pecado mismo. Algunas noches, la duquesa mandaba llamar al padre Cayetano para que subiese a cenar con ella.

—En esta casona estoy muy sola y no me apetece recibir a nadie. Las malas compañías son las que nos meten el pecado en el cuerpo.

Pero el padre Cayetano, el seminarista, como le llama ella para sí, lo que pasa es que es vegetariano.

—No me come usted nada, padre. Claro que está guapo delgadito, y ese pelo tan negro y tan espeso. Pero me gustaría verle un poco más metido en carnes.

—Hay que cuidar las palabras, duquesa. Tiene usted un lenguaje demasiado... demasiado carnal, demasiado visual, plástico, demasiado sensual. Casi pecaminoso.

—Perdóneme, padre, pero debajo de un cura no puedo evitar ver al hombre.

—Le ruego que en mí sólo vea al capellán.

Hasta que acababa persiguiéndole por toda la casa, salones y goyas, pasillos y rembrandts, él con la sotana remangada para correr y ella con la bata suelta, borracha ya y licenciosa, loca de deseo:

—¡Ven acá, cura marica, ven acá que te hago un hombre!

Los adustos caballeros de Pantoja, los apóstoles del Greco, las damas del Renacimiento, que habían visto tantas cosas, nunca vieran cosa igual. El palacio era un vértigo de pinturas y lujuria.

Estas persecuciones empezaron a hacerse casi diarias:

—¡No tengo la dispensa! ¡Respéteme la señora, que no tengo la dispensa!

Las amigas se lo preguntan:

—¿Te has tirado ya al capellancito?

—Estamos esperando la dispensa de Roma, pero lo nuestro va muy bien.

FE SEGOVIA

LOS ALTILLOS DEL PALACETE de Fe Segovia son unas buhardillas adonde viven y conviven unas tribus patriotas de la miseria, fanáticas de la intemperie, entre palanganas viejas, sartenes sin mango, butacas desgualdradas y relojes parados. Hay un niño cojo que tiene en el muñón del pie un fino calcetín de seda con los colores de la bandera española.

Hay un viejo que cuenta y recuenta sus colillas y al final se hace una pajita de tabaco negro que fuma como un millonario de la Costa Azul al sol clemente y amarillo de los tejados.

—Que viene la Segovita a echarnos a la calle.

—Que viene la dueña a subirnos la renta.

—Tápate las tetas, Pepita, que sube la señora.

—Hay una mujer de media edad y vieja hermosura que cose en una máquina de pedal que hace ruido de locomotora rota.

Fe Segovia, para subir a las buhardillas, se viste un sobrio hábito del Carmen. «A los pobres no hay que darles escándalo.»

—Buenos días tengan ustedes. Veo muy guapos a los niños.

—Los buenos ojos de la señora.

—El Esperancito está muy crecido.

—No será por lo que come.

—Ya saben a lo que vengo.

—¿Y cómo vamos a irnos de aquí para dormir en la vía del tren?

—Les ofrecí unas casas en Valdeacederas.

—Las hemos visto.

—Eso no son casas.

—Eso son chabolas.

—No son chabolas. Las ha hecho el Ayuntamiento.

—Chabolas, señorita, lo que yo le diga.

—Mejor que lo que tienen aquí ahora...

—Aquí estamos en el centro de Madrid.

—Nosotros no tenemos para transportes.

—Y nos ganamos la vida por el centro.

—¿Por qué viene usted a echarnos?

—Yo no quiero echarles, sino proporcionarles una forma de vida más digna. Estos buhardillones hay que destruirlos. Son una vergüenza en el centro de Madrid, en un barrio noble como éste, a pocos pasos del Palacio Real.

—Tiene razón la señora, que ahora los reyes han vuelto.

—Dice que son los borbones.

—¿Nos llevará usted un día a ver al rey, doña Fe?

—No perdamos el tiempo. Ustedes tienen que irse.

—¿Y la marquesa del principal?

—También. Ya ven ustedes que no tengo nada contra los humildes. El otro día se lo he vuelto a decir a doña Rosa: o se va usted o la echamos.

—Quiere el palacio para usted sola.

—Lo necesito para meter aquí los muebles y los recuerdos de mis padres.

Las tribus de los altillos son como tribus magdalenienses. La casa de Fe Segovia, que es como una síntesis de España, se ha dicho aquí, también es como una síntesis antropológica de la humanidad: del magdaleniense a la aristocracia del XIX, y en medio la burguesía y el dinero, eternos como el oro, como el cielo, como el bosque.

—Nosotros deseando irnos.

—Pero a unos pisos decentes.

—Queremos casas mejores.

- Y usted tiene los posibles.
- Ya les he buscado lo de Valdeacederas. Todo a mi cargo.
- Chabolas —dice el viejo de las colillas.
- No queremos ser chabolistas.
- Queremos ser ciudadanos.
- Queremos ser madrileños.

La hembra de la máquina de coser ha parado en su trabajo. Se coloca las tetas con descaro:

- Mire usted, doña Fe, sólo tenemos que aguantar un poco.
- No comprendo.
- Me comprende de sobras.
- Que en seguida va a venir el socialismo y estas buhardillas serán nuestras.

Fe Segovia se queda un momento en silencio, parpadeante, y deja de revolver el pelo a un niño que tiene al lado.

- ¿Ustedes son socialistas?
- A ver qué vida.
- ¿Y creen que Felipe González va a hacerles propietarios, a quitarme a mí las cosas para dárselas a ustedes?
- Sería lo legal.

Fe Segovia no está muy segura de lo que va a pasar, pero Eugenio Beltrán le ha dicho que no va a pasar nada.

- Los socialistas, si no están locos, harán justicia, y pondrán a cada uno en su sitio.
- Nosotros ya estamos en el nuestro.
- Ustedes están aquí casi de limosna y yo necesito esto para hacer obras.
- La propiedad es un robo.
- Déjese de tópicos y hablemos con sentido común. O Valdeacederas o nada.
- Mejor nada y esperar la revolución.
- Felipe González no es la revolución. En caso de que gane.
- Nosotros vamos a votarle.
- Lo comprendo y están en su derecho.

El niño cojo del calcetín con la bandera española cojea por las tejas en declive y orina al patio. El viejo de las colillas abre un número pasado de «El País» y lee con lentes de cordel:

- Ya los rojos hasta tenemos un periódico.

La mujer de la máquina de coser singer y las tetas bien puestas, se encara con Fe Segovia:

- Mire usted, doña Fe, señorita Fe o como usted quiera: yo me llamo Ubalda y les coso los trapos a todos estos niños, que no llevan más que trapos. Mi hombre está en Carabanchel para muchos años y soy capaz, si Felipe González no llega a tiempo, de coger la azuela de la leña y bajar a matarla a usted con toda su mierda de criados.
- Por favor, Ubalda, qué términos son éstos.
- Pues éstos. O sea que ándese.
- Bueno, les había traído estos caramelos a los niños y casi me los olvido. Aquí tienen y buenos días. Otra vez hablaremos con menos nervios.

Fe Segovia se va. El rumor artesano de la máquina de coser la acompaña. Otros dos niños imitan la proeza del cojo, bajan por las tejas en declive y los tres mean gloriosamente al profundo patio.

GINESTA

LOS CAMIONES, las camionetas, los automóviles, los autobuses, el tren de cercanías, los carros de mulas, llegan reventones de gente, de fieles, de creyentes, de curiosos, de marianistas. La Virgen (la Virgen de Illescas, la llaman ya) se aparece todos los lunes por la tarde en la finca El Almanzor, de Illescas. Se le aparece a una mujer del pueblo, de unos sesenta años, pequeña y en vilo, que se llama Ginesta y que nadie se pregunta de dónde ha salido. La multitud negrea por la finca El Almanzor, que en realidad son varias fincas, y el núcleo del milagro se produce en torno a una encina, delante de la cual está arrodillada Ginesta, en la tierra. La encina tiene en sí colgaduras, cruces, rosarios, estampas de la Virgen, recuerdos, exvotos, cosas. Es ya un árbol sagrado y milagroso. En torno de la encina y de Ginesta (que va de negro y velo), un inmenso corro que hacen los de primera fila. Y luego corros concéntricos, redondeles humanos, cada vez más anchos y vagos, hasta el infinito. Son gentes venidas de Madrid, de Toledo, de la honda Mancha y de más lejos. Las apariciones no han fallado un solo lunes, desde que empezaron. Entre los curiosos, en grupo distante y bienoliente, la gente del mundo de Fe Segovia. Algunos curas viejos y algunas monjas.

—Esto es un espectáculo.

—Las que lía Segovita.

—Esta mujer siempre nos sorprende.

—¿Tú crees que anda en el tema?

—Suya es la finca.

—La Virgen se aparece donde quiere.

—Eso también es verdad.

Las apariciones salen ya en todas las revistas y a Fe Segovia le han hecho interviús, porque la vidente se niega a hablar. Hasta andan ya los primeros milagros, un viejo que le ha salido un diente a los noventa y un años, una niña que sólo veía con un ojo y ahora ve sólo con el otro, una madre soltera que también ha visto a la Virgen de Illescas y se ha metido monja, una puta arrepentida, en fin. Fe Segovia está discreta en las entrevistas y sólo agradece que la Virgen haya elegido una encina suya, entre tantos miles de encinas como tiene por España, para aparecerse, y que haya elegido asimismo a una pobre mujer del pueblo, pura de corazón, inocente y casta, para transmitirle sus mensajes. ¿Y cuáles son los mensajes de la Virgen? Una melopea que recuerda o repite vagamente las de Lourdes y Fátima, y que la vidente expresa con hipo y memorización, y la prensa interpreta y aplica a la actualidad: paz en el mundo, conversión de Rusia, amor a los pobres, amor a los ricos, caridad para todos, fe y mucho rosario.

Los lunes, en el Almanzor y en todo Illescas se montan puestos de vírgenes y velas, de estampas y rosquillas, de fotos y carretes de fotos, para quien quiera retratar a la Virgen. Cuando el clima de romería se va poniendo espeso de multitud y vino, de expectación y polvareda, la señora Ginesta, de rodillas y en cruz, empieza a gemir, barruntar, barritar, llorar, mirar a lo alto o taparse la cara, deslumbrada por la luz que emana de la Virgen. Hay un extenso silencio mojado de lágrimas, en la multitud. La vidente está roja, vinácea, extática, y se diría que el resol de la media tarde hace señas de luz y dibuja formas de huida y oro entre los árboles.

La vidente cae de bruces sobre el polvo.

Es cuando acuden las beatas de primera fila a levantarla y, tras unos minutos de sudor y sopor, la vidente despierta y balbucea sus mensajes marianos, que las radios graban, las televisiones filman y los periódicos escriben. A la señora Ginesta la recoge un coche elegante, de la escudería de Fe Segovia, y desaparece.

—Basta ya, comprendan, está agotada, ha pasado por un trance sobrenatural, se encuentra en una tensión muy fuerte.

La multitud contagia a la multitud un calambre de inminencia, de afán, de miedo. Todos prefieren haber visto algo.

—Es la esposa de un humilde carpintero.

—Como la Virgen María.

—Yo ver no he visto nada, pero un calambre sí que he sentido.

—Aquí pasa algo, de eso no hay duda.

—Te sientes como traspasada por la luz.

—Sin romperte ni mancharte.

—No seas blasfemo, Crisólogo.

Porque Crisólogo II y Nat también han ido. Cuando el milagro ha degenerado en verbena, cuando el público y la vidente se han ido, Fe Segovia da de merendar a sus amigos en la casa de labranza de la finca. Y a los periodistas. Estas reuniones se prolongan mucho.

Y se organiza como involuntariamente una rueda de prensa en torno a Fe Segovia. Los periodistas preguntan con el descaro que les da la profesión y el whisky de la anfitriona:

—Esa mujer, la Ginesta, parecía borracha.

—No lo prueba. Sólo cuando algún cura le da a beber un poco de vino bendito.

—Tenía como el mono de algo.

—No sé lo que es el mono.

—¿Y usted qué tiene que ver en esto?

—Mi devoción por María, que es muy grande en mí desde niña.

—Pero la finca es suya.

—No creo que eso tenga nada que ver. Aunque me alegro, naturalmente, de que la Virgen haya elegido el sitio.

—¿Usted ha visto a la Virgen?

—Nunca, por desgracia.

—Pero el público dice que ve algo.

—Estoy segura de que algo ven. Por eso vienen.

—¿Qué tiene que decir la Virgen al mundo de hoy?

—Que haya más caridad, más amor, más virtud.

—¿La vidente es una santa?

—Estoy segura.

—¿Y usted?

—Yo no soy más que una pobre pecadora, pero llena de fe, eso sí.

Y Fe Segovia vuelve a vivir sus grandes momentos de popularidad, de reina del couché, y llega a confundir en sí el fervor de la fama con el fervor mariano. La San Marcial está con su capellán, cogidos de la mano.

RAÚL ORDÓÑEZ

YA EN EL BAJO ADOLFATO, la embajada de Áurea era como el cuartel general de la revolución inminente. Socialistas, guerrilleros, polisarios, etarras, eurocomunistas y toda la tropa de los intelectuales progres de Madrid, cenaban en el jardín o hacían tertulia en los espejos.

El cuero y la pana de los socialistas, la boina y la melena de los guerrilleros, la sábana azafrán de los polisarios, el viento sano y acentuado de los vascos, el whisky liberal de los eurocomunistas, el color de cárcel de los intelectuales, un día perseguidos por Fraga, entre ellos Mario Goretti, Aranguren y Tamames.

Nacían hogueras de amistad y violencia sobre las alfombras indígenas y sobre la hierba negra de las cenas en el hondo jardín. Aurora Pavón, siempre cerca de Áurea, hacía luego crónicas precursoras y hostiles sobre todo aquello, contra el Gobierno. Allí empezaron a tratarse más íntimamente Joaquina Brindis, viuda de Brindis, y Raúl Ordóñez, recién separado de una esposa no significativa y, aunque metido en el mundo de los negocios, fiel estéticamente a sus orígenes socialistas junto al profesor Juan Gualberto.

—¿Otro vodka, Raúl?

—Son demasiados para mí.

—Nunca son demasiados.

—Tendré que ir acostumbrándome.

—Eso quiere decir que tendrás que ir acostumbrándote a mí.

La Brindis está guapa, trágica, castiza, muy recastada en Serrano, con ojos de luz, boca de mentira, un rizo de pelo negro en la mejilla y las manos sólo de anillos y temblores.

—Nada me gustaría tanto como acostumbrarme a ti.

—No soy una mujer difícil.

—A mí me pareces difícilísima.

—Los hombres os asustáis en cuanto una mujer ha leído a Bertrand Russell.

—Yo también lo he leído y me sigues asustando.

—Ya se te pasará el susto.

—¿Cómo?

—Con otro susto. Te lo doy cualquier día. A las profundidades del jardín, hacia la cena, bajan ya cogidos de la mano.

—¿Y qué va a salir de todo esto, Raúl?

—El socialismo de Isidoro tiene que venir, antes o después.

—Ya está aquí.

—España necesita una pasada por el socialismo.

—Pero que sea una pasada suave.

—No me parece González hombre duro.

—¿Vas a hacer carrera política con él, Raúl?

—De momento me bastaría con hacer carrera económica.

—No me juegues a cínico, que el momento pide hombres honestos.

—Adolfo lo es.

—Tendría que saltar más allá de sí mismo.

—Eso parece de Russell, Joaquina.

—A lo mejor lo es.

Salían a cenar varias noches a la semana. Salían a bailar a Joy Eslava, la discoteca de las carrozas ilustres.

—Un día me voy a encontrar por ahí con mis hijas, Raúl.

—Lo nuestro no tiene nada de malo.

—Pero lo de ellas sí, y prefiero no enterarme.

Era la mujer de la respuesta rápida, que pasaba del juego intelectual a la réplica

popular, de un casticismo un poco pasado, que era el de su juventud. Acabaron haciendo el amor en el apartamento de separado de Raúl Ordóñez, pero lo que sostenía aquel amor, más que el sexo, era el alcohol. A Raúl le gustaba aquella mujer, pero sobre todo le gustaba entrar en el mundo de los Brindis, siquiera fuese por una puerta estrecha.

Joaquina buscaba un hombre, un amante, un marido, algo, y pensaba que ella podría potenciar los todavía no muy evidentes talentos de Ordóñez con su talento propio, con sus relaciones, con su personalidad. Cosa parecida había intentado con el marido, el difunto Enrique Brindis, y esto es lo que había enfriado el matrimonio, ya que Enrique Brindis no necesitaba de nadie y más bien creía que la violenta y brillante personalidad de su mujer era como una casa en llamas en mitad de su serena, concienzuda y cerebral carrera política, verdadera sinfonía en gris, pero sinfonía.

A medida que aquel amor se iba profundizando, se iba recreciendo como una hoguera de vodka y palabras, de noches y sexo tardío, Ordóñez entendía que aquella mujer era autodestructiva y podía destruir a los demás. ¿Cómo había podido Enrique Brindis llegar adonde llegó teniendo al lado un tornado femenino de urgencia, lucidez, velocidades inestables y creaciones fugaces que ella misma abolía con un gesto de la mano ilustre e insegura? No, sobre esto no se puede edificar nada, se decía, pero empezaba a sentirse enamorado por primera vez en su vida.

—¿Adónde va a parar lo nuestro, Joaquina? —preguntaba después del amor, cuando los cuerpos desnudos y extensos se llenan de una lucidez pensante y tranquila.

—No al altar, espero. Tú estás sólo separado y eso siempre es una garantía. Los hombres libres son un peligro para las mujeres libres, como yo.

Y Joaquina bebía y fumaba. Raúl no sabía si ella era del todo sincera, pero en último extremo decidía vivir aquella aventura, la más brillante de su vida, si no la única, hasta agotarla o agotarse en ella. «Y luego, liberado, a seguir mi carrera.»

—Vayamos donde vayamos, hay algo que nos lleva y me gusta sentirme llevado. Creo que es el amor.

—Raúl, que no estamos en edad de pronunciar ciertas palabras.

—Ya sé que tú no me quieres.

—No sabes nada. Y seguirás sin saberlo. Un hombre que se sabe querido se vuelve insoportable.

Era como estar en la cama con Oscar Wilde. No paraba de hacer frases. Algunas tardes iban a llevarle flores al muerto, a Enrique Brindis, que naturalmente había sido amigo de Raúl Ordóñez, y acababan, por urgencias de ella, haciendo el amor entre las tumbas y los cipreses, a la sombra de los grandes panteones, como los adolescentes y los perros.

ADRIÁN

OBRADOR CONDUCE EL COCHE con cautela y cierta solemnidad, hacia Carabanchel. Guadalaviar, en el fondo del vehículo, lleva más paquetes de los acostumbrados. Un millón de fianza. Salir por un millón de fianza. El marqués se lo ha pensado mucho. ¿Y voy a pagar yo un millón de fianza por sacar a la calle a un hombre que quizá sólo piensa en matarme?

Guadalaviar, después de haber tejido una tupida trama de relaciones, recomendaciones e influencias para sacar a Adrián de Carabanchel, ahora empieza a arrepentirse, cuando ya lo ha conseguido. En sus visitas al antiguo amante le ha encontrado cada día más loco, violento, oscuro, desesperado, cínico. Tiene ya todo el perfil moral, agudo y frío, irónico y duro, del asesino. Mató a Carmencito, mató a Alicia Carroll y el final lógico es que me mate a mí. De modo que Guadalaviar ha negado el millón de fianza, ha conseguido que no le comuniquen a Adrián esta nueva posibilidad que se le ofrece, y hoy está dispuesto a salvar la visita con palabras y regalos. La verdad es que estas visitas son un trago. Yo le quiero, pero Adrián está cada día más insoportable. La cárcel vuelve salvajes a los hombres, en eso tiene razón la izquierda, mira.

Es una mañana de otoño anticipado y el sol de Carabanchel barrio, un sol menestral y vacío, enseña la talabartería de los oficios, la minucia de la vida y los colores vivos e inéditos de la miseria. Hasta aquí no ha llegado la democracia, piensa Fermín con ironía.

Le detienen en la puerta del locutorio:

—Vengo a ver a Adrián, como siempre. Registre mis paquetes.

—Sus paquetes puede llevárselos, señor marqués.

—¿Pues qué pasa? No me alarmen, por favor, que estoy con el aviso de infarto.

—Adrián Fernández ha muerto.

—Lo intuía.

Y luego se queda tieso, con la cabeza caída y un mundo de paquetes en brazos. Ya no es un trastamara ni un habsburgo. Es un viejo derrotado que sufre y se culpa a sí mismo.

—Cómo ha sido, por favor.

—Pase aquí un momento, señor marqués, que le veo muy afectado por la noticia.

Le sientan en un pasillo, en un banco largo, de madera, que nace de la pared. El funcionario es joven, amable, indiferente. El marqués hasta lo encuentra mono.

—¿Quiere usted un café, descansar un rato, que llamemos a su chófer?

—No, deje, estoy bien.

Piensa en llamar a Obrador para que se haga cargo de los inútiles paquetes, pero luego el bulto se le hace entrañable, eran los regalos para Adrián, prefiere abrazarlos como lo último que le queda de él, aunque sólo sean envoltorios comerciales.

—¿Y cómo dice usted que ha sido?

—Se ha colgado del techo, esta madrugada.

—¿Es que nadie ha podido impedirlo?

Fermín comprende en seguida que esta pregunta es necia. Todos los días se suicidan presos en las cárceles. La cárcel es una lenta invitación al suicidio.

—Discúlpeme usted. Estoy trastocado. ¿Se saben las causas, había pasado algo?

—Bueno, Adrián siempre llevó mal la celda, desde el primer día. Cada vez le veíamos peor.

El joven funcionario habla con cierta deferencia hacia el título de Guadalaviar. El joven funcionario es un hombre vulgar de ojos castaños, pero Guadalaviar empieza a encontrarle deslumbrante y como de la familia. Es el único ser en el mundo que puede hablarle de Adrián. Entonces Fermín se lanza a mentir, que es lo suyo:

—Verá, yo le traía, aparte estos pobres regalos, una gran noticia. Adrián iba a salir bajo

fianza. Yo había depositado ya el millón correspondiente. Ya sabe usted que Adrián era mi valet. Un amigo insustituible.

—Lástima, por unas horas no se ha resuelto todo.

—¿Quiere usted quedarse con los paquetes? Se los regalo por su amabilidad.

Fermín vuelve a ser el gran frívolo; lleno de talento social.

—Gracias, pero no nos está permitido aceptar nada.

Y el marqués, como un malabarista, le pasa un billete de cinco mil. Piensa, sin quererlo, que se ha ahorrado un millón y bien puede darle una propina al funcionario.

—Tenga, esto es sólo para un café.

Hay un silencio. El marqués comprende que tiene que irse, pero no quiere.

—¿Podría verle?

—Desde luego, está en el depósito. Pero le veo a usted muy afectado y...

En toda la amabilidad del funcionario florece apenas una ironía referida, sin duda al carácter homosexual de la relación entre el marqués y el preso, pero Fermín prefiere no enterarse. Ya está acostumbrado a eso. Por el contrario, lejos del papel de viuda llorona, voy a demostrarle a este funcionario que soy un hombre.

—Pues vamos a verle.

El funcionario levanta una punta de la sábana. Fermín ve lo primero un hombro y medio pecho desnudo. Ah el desnudo purísimo de Adrián. Luego se fija en la cara. El muerto está sereno, bello, rejuvenecido. Y el marqués monologa interiormente, Adrián no ha matado a un niño subnormal, Adrián no me estranguló al loro, Adrián no le cortó los testículos a Alicia Carroll, Adrián no era un asesino nato, Adrián era este muchacho puro, moreno, hermoso, triste, solitario y sin amor.

Levanta la cabeza trastamara, muy entero.

—Gracias, funcionario, me ha sido muy conveniente ver a Adrián. Está como él era cuando le conocí, cuando vino a casa, apenas un niño.

Deja los paquetes en una papelera y sale de la cárcel con la hermosa cabeza alta, mandibulón, heráldico y fuerte. Ya en el coche, le ordena al mecánico:

—A la Gran Peña, Obrador, hijo, que va siendo hora de almorzar.

LIDIA KIPLING

LUIS ESCOBAR, los duques de Alba, Esperanza Ridruejo, Sisita Milans del Bosch, los Garrigues, Luis Berlanga, Alfonso Fierro, Sara Montiel y Pepe Tous, Lita Trujillo y Jaime Ostos, Raúl Ordóñez, Isabel Preysler y Miguel Boyer, Hafida, embajadora de Argelia, el mundo de Fe Segovia, Aurora Pavón y otros cronistas sociales, el todo Madrid había acudido a la montería en el coto de los Vercelli, Eusebio Vercelli y señora de Vercelli, o sea Lidia Kipling, la Mora. Porque al fin se supo a qué conducía el matrimonio, las «bodas de sangre» de la bella oriental con el terrateniente cacereño. Ella, huyendo del mundo del narco, había organizado en el coto de su nuevo marido unas cacerías elegantes a las que acudió todo el mundo (todo el mundo que tenía que acudir), dado el poder de convocatoria de Lidia, como suelen decir los periódicos. La bella oriental, vestida de caza a su manera, con saris y pañuelos por el cuello y la cabeza, toda casimir y vaporosidad, empuña el rifle como si fuera un instrumento musical, pero sin duda es la más sabia y segura en este arte, la que ha cazado el elefante en las selvas orientales, acertándole con la bala en su entrecejo de piedra. Así como puso de moda la coca en Madrid, en su Madrid, en poco tiempo y sin mancharse en el tráfico del narco, la bella oriental ha puesto de moda las monterías (pagando) en las fincas de su marido. Este negocio parece menos delictivo que el otro, aunque, en cualquier caso, cazan en toda época del año y no respetan vedas ni leyes, puesto que están cazando «de lo suyo», como dice el señor Vercelli no sin cierta rudeza cacereña.

Lidia Kipling, la Mora, es uno de esos personajes que surgen en el gran mundo para pastorear a los demás, porque los ricos son gregarios como los pobres. A los pobres los mueve la necesidad y a los ricos la moda. Unos temen no ser invitados por Lidia la Mora a sus elegantes cacerías, donde se persigue el gamo, el ciervo y hasta el jabalí. Otros deciden desentenderse del asunto y al final, cuando a todos ellos les llega la invitación, se sueltan el chaleco para respirar tranquilos, sabiendo que «van a estar». Hay gentes del adolfato, ministros, neocapitalistas de los nuevos negocios de la democracia, que resultan un poco extraños a todo el mundo, pero está claro que Lidia ha montado esto como un elegante negocio y el esnobismo de la nueva clase va a pagar el esnobismo de los esnobs de toda la vida, y que por tanto ya no lo son.

El coto es inmenso, los animales bullen y respiran, invisibles y cercanos, hay zonas de secarral donde sólo corre la liebre intuitiva y zonas de bosque y misterio que tienen en sí toda la respiración misteriosa y caliente de la presa, encendida ya por la inminencia del peligro.

En la casa del coto, todo son presentaciones. Lidia Kipling ha decidido fundir a la nueva clase adolfista con la vieja aristocracia madrileña. Su aspiración es traer un día a cazar a Adolfo Suárez. Guadalaviar, vestido de cazador de los años veinte, no piensa disparar un tiro. Ha venido sólo para olvidar la muerte de Adrián. Fe Segovia ni siquiera se ha vestido de caza. Sólo quiere calibrar al personal y calcular si acude más gente a las cacerías o a las apariciones, sus apariciones. La San Marcial y su seminarista hacen manitas, pero ella fue educada en Inglaterra en la caza del zorro, a caballo, y se ha traído su mejor escopeta. Brígido e Isabel de Portugal van a pasarse el día bebiendo, junto a las olorosas chimeneas de septiembre, y han venido como el que acude a ver una película. Joaquina Brindis y Raúl Ordóñez están aquí, más que nada, por hacer público, visible y presentable su amor. El novio de una viuda siempre es un trofeo de la muerte. Nat y Pedro Crisólogo también disparan.

—El campo es una cosa monstruosa que debiera estar más lejos.

—Por Cáceres empieza a conocerse África ¿sabes?

—¿Y a tus cacerías no van ministros y demócratas?

—Yo lo que quiero es llevarme la pieza, aunque sea una avutarda.

—Esto de la caza es que no os lo tomáis en serio.

—Lástima que no ha venido Fraga, que siempre mata algún guarda jurado.

—Supongo que aquí se permite tirar a los guardas jurados...

—Y a los ojeadores.

—La verdad es que Lidia no para de inventar cosas.

—Qué sería de nosotros sin ella.

—Pues estaríamos en Madrid, tan ricamente, jugando al póker.

Salen barajas de póker por todas partes y se organizan partidas. Lidia teme que el sedentarismo de sus invitados más ilustres haga fracasar la montería. Para la siguiente, se promete esconder todas las barajas. Aurora Pavón, muy dispuesta a cazar bichos y noticias, se ve agasajada por la hospitalidad oriental de Lidia la Mora, como si no hubiera entre ellas unos escritos infames.

El clima, en la casa, es de montería golfa, whisky y marlboro. Afuera, el campo está tibio, inmenso, ilustrado de animales presentidos, tentador y septembrino, aunque agosto todavía canta sus arias entre nubes.

Frescos ladridos de la jauría.

—Creo que lo vamos a pasar francamente bien.

—Dijo alguien que todos los males le vienen al hombre de no saber estarse quieto en su casa.

—Pues yo no voy a moverme de ésta.

—Esa frase es de Pasteur.

—Será de Pascal, burra.

—Pasteur no hacía frases.

—¿Pues qué hacía ese Pasteur?

—Trabajada en la leche.

—¿Era lechero?

—La pasteurizaba, como su nombre indica.

—Hijos, qué culturaza.

—Bueno, que no estamos en la Real Academia Española. Esto es sólo una cacería fuera de época.

—Nos caerá alguna multa.

—Que la paguen los adolfistas.

—Y esos ministros que andan por ahí, que no cogían una escopeta desde el Frente de Juventudes.

Suena la caracola, que va trayendo el día, y se tensan los perros en la ladra. La cacería se ha formalizado. La gente tiende a cazar mal, pero van cayendo algunas piezas. Camilo Celis, el actor, ha probado que sus batallas de mentira, en el cine, le enseñaron a mover la repetidora. La San Marcial le mira recordando lo de la hormigonera, pero tiene que arreglarse con su capellán seminarista, que está a la espera de la dispensa de Roma:

—Buenos tiros has hecho, Camilón.

—Se tira lo que se puede, duquesa.

Guadalaviar, cazador malo de toda la vida, se sabe por lo menos el papel, tiene su puesto y dispara con displicencia, como no creyendo en la existencia de los venados y los varetos. Una vez lo dijo:

—Ciertos animales son espíritus puros que jamás hemos visto, como el unicornio. ¿Quién ha cazado un unicornio? Sería como cazar un ángel.

La San Marcial, para asombro de su seminarista, el ensotinado Cayetano, tira y acierta a una res en huída. Hay un fragor de perros y escopetas.

—Esta cacería no está bien organizada, Fe. O tiras al jabalí o tiras al conejo. No puede una estar en todo.

Fe Segovia calcula con desolación que a la montería viene, no tanta gente como a sus apariciones, pero sí mejor gente. También la de Alba y la de Benavente, en el siglo pasado, tuvieron duelos a muerte por mandar en Madrid.

La Portugal, con una beretta en la mano, siente renacer en ella la fibra militar de la familia, la pasión de las armas, y se hace unos cuantos cervatillos.

—Brígido, amor, más que una cacería, esto parece una carnicería.

—Sabes que soy ecologista. O devuelves esos bichos a su madre o lo nuestro ha terminado.

Raúl Ordóñez tira poco, pero seguro. Joaquina, a su lado, necesita más vodka para fijar el pulso, de modo que vuelve a sacar la cantimplora hemingwaiana de bolsillo.

—Te veo más seguro en la caza que en la cama.

—Si empiezas a hacer frases me fallan los tiros.

—A ti lo que te hace falta es más cantimplora, Raúl, amor.

—De momento, tú bebes y yo disparo. Nos complementamos.

—Pues Hemingway bebía y cazaba muy bien.

—Lo siento, pero no soy el Hemingway de tu vida.

Pedro Crisólogo, Crisólogo II, caza seguro como todos los toreros. Nat, que comparte puesto con él, aprendió a disparar de mentira en Hollywood y ahora, de verdad, tampoco lo hace mal.

—Con mi suegro, el Guevara, cazando mucho en la selva y lo desierto.

—Pues ahora sólo estamos en Cáceres. Nat, amor. Lo siento.

El torero va mejor de su pata mala. Áurea y la Pavón también cazan juntas. Áurea le está enseñando a la Pavón a coger una escopeta. La periodista no había estado nunca en una cacería. Áurea, que ha sido guerrillera, disfruta el sabor de la pólvora, el olor de la sangre, la precisión de las armas y el humo caliente y alegre de la montería. Eusebio Vercelli, aleccionado por su esposa, Lidia, ha desaparecido, caza y no caza, como dejando el botín a sus invitados. Lidia Kipling, la Mora, tiene su sitio especial reservado, su puesto privilegiado y seguro. Ha hecho mucha caza mayor en las selvas de la India y está acostumbrada a acertarle al tigre en su entrecejo de furia y jeroglífico. Esbelta, solitaria, bella como una Virgen oriental, anteriores todas a la Virgen María, dispara poco y seguro, y el remington es en sus manos como un violín. En una mejilla tiene la cicatriz de una de las puñaladas de Douglas Fairbanks, pero esto sólo da más enigma y encanto a su rostro.

Lidia tiene en travesía el puesto de la embajadora y la periodista. Hay un momento en que la embajadora dispara, sabe que ha acertado la pieza, un cervatillo. Aurora, espontánea e inexperta, corre a recogerlo:

—¡Aurora, Aurora, ven aquí, vuelve atrás, Aurora, por favor!

Lidia ve correr a la Pavón atravesando el claro, levanta despacio el rifle y duda si disparar o no. Está un instante dubitativa, con la mira en alto. Luego, con la gracia serpentina y sigilosa de todos los seres asiáticos, abandona el puesto y se sitúa en otro, que se había reservado vacío. Áurea corre hacia el cuerpo de su amiga, gruesa y torpe, que ha caído como tropezándose consigo misma, ha sido una locura, amor, ha sido una locura. Aurora, bocabajo, tiene un tiro en la espalda, a la altura mortal del corazón.

Ha habido un muerto, una muerta, y la cacería se suspende. Los disparos dejan de sonar alegres en la mañana. Áurea ha cogido en brazos el cuerpo pesado de la muerta y lo ha llevado a la casa, tendiéndolo en una mesa baja y larga, de nogal salvaje, donde primero ha arrasado cacharros y vajillas con violencia. Los cazadores van entrando con el arma hacia abajo. Áurea acaricia o adecenta el cadáver. En las cacerías a veces ocurre. Una bala perdida.

—Una bala perdida.

—Y demasiado oportuna, diría yo.

—A quién se le ocurre, correr en descubierta por cobrar una pieza.

—Para esto de la caza hay que saber.

—La Pavón no sabía.

El salón, ilustre de maderas nobles y barroco de cornamentas de ciervo, se va llenando de cazadores. La cacería es ahora un funeral. Guadalaviar se sirve un whisky y se lo explica a Fe Segovia, pero todos le oyen:

—Mira, Segovita, yo sé algo de crímenes y algo de caza. En esta casa no se le han perdonado nunca a la Pavón sus reportajes insultantes, insidiosos, sus investigaciones, sus verdades y sus mentiras. He cazado mucho, casi desde niño, y sé dónde estaba situado cada uno. ¿Una bala perdida? Yo lo dudaría. Eusebio, el pobre Vercelli, estaba en un puesto lejano por cortesía de anfitrión, pero no se le ha visto en toda la montería y puede convertirse en el sospechoso.

El marqués sigue jugando a Sherlock Holmes. Entre Áurea y Lidia han subido a la muerta a una cama de arriba. No oyen nada de lo que está diciendo Fermín. Se abre la puerta y entra Vercelli, tardío y desconcertado, con la escopeta caliente. Lidia aparece en ese momento, se le abraza y esconde la cara en su pecho. Es un abrazo que le protege tanto como le señala. La escena va siendo insoportablemente teatral, tópica. La versión criminosa del marqués empieza a correr entre los invitados. Aparece Áurea, como en un escenario, mira a la pareja y comprende algo más, ese pobre tonto no ha sido, es ella quien quería callar para siempre la voz de Aurora. Los criados van trayendo las reses muertas.

LUIS CALASANZ

EL COMEDOR DE FE SEGOVIA es largo y un poco Sombrío, con vitrales y sillas muy altas. La cena, con las habitués de Fe Segovia, es de recepción a Luis Calasanz, que ha salido nuevo presidente de la Banca que fundara Zacarías Segovia.

—Una cenita íntima. Poca cosa —había dicho Fe, por teléfono, a sus invitados.

La San Marcial, Guadalaviar, Ligorita, Nat y Crisólogo II, Eugenio Beltrán, Cristóbal Benito y algunas parejas inusuales y neutras. El comedor de Fe Segovia se alegra lánguidamente con un rigor de escotes, caballeros armani, nueva comida francesa (o sea escasa) y licores que en casa de Fe Segovia siempre saben a vino de consagrar.

—Pues es muy joven para el cargo.

—Y muy guapo.

—Las mujeres siempre estáis pensando en lo mismo.

Luis Calasanz, a quien Fe ha sentado a su derecha, realiza el modelo Cary Grant de los cuarenta, con peinado al bias, cuello de camisa alto y un cierto dandismo bancario y discreto. Fe Segovia, cuando supo de la elección del oscuro (hasta entonces) Luis Calasanz para la presidencia del consejo de administración de la Banca de papá, pensó primero en hacerle la guerra y luego (casi todo lo piensa dos veces) en ganarle para la paz. De momento, ya lo tiene cenando en casa.

—Se dice que este jovencito tiene ambiciones políticas.

Tanto mejor. La política tira mucho y eso le alejará de la Banca.

Fe Segovia siente la Banca familiar como el barro original de que ella naciera. Luis Calasanz le parece un intruso, un extraño, un usurpador de la biografía de papá. La cena se solemniza de candelabros y criados. Luis Calasanz es un hombre muy natural, de buen humor, correcto, irónico y como descuidado de su imagen, que tanto cuida.

Después de la cena, los invitados se dispersan por los salones y Fe y Calasanz tiene su aparte, obligado, necesario y previsible, en el salón chino. El salón chino es recoleto, acogedor, quizá más alto que ancho, y de un orientalismo discreto, suave, soportable. Hay algunas virgulillas asiáticas en los muebles y la decoración, pero tampoco demasiado.

—¿Un whisquicito?

—Café, sólo café. Siempre café.

—¿Y no le quita a usted el sueño? Claro, ustedes los jóvenes...

Fe Segovia maneja el usted como un escudo, como una distancia. Luis Calasanz fuma y parece, no sólo el nuevo dueño de la Banca, sino también el dueño de esta casa.

—Bueno, en principio tengo que felicitarle por su nombramiento.

Fe Segovia bebe un licor de frutas que le mandan las monjas de su colegio/convento.

—Espero seguir la línea de la casa, pero tenemos que ponernos un poco al día.

—Papá le hubiera tratado a usted como un hijo.

—Me basta con que usted me trate como un amigo.

—¿Y qué reformas son ésas de que me habla?

—No he hablado de reformas, sino de poner la Banca al día.

—Claro, ustedes los jóvenes ejecutivos. Yuppies les llaman ¿no? Es la moda...

—Perdón, señora, pero yo no soy una moda, sino un profesional que quiere poner nuestra Banca al nivel social y democrático del momento, de acuerdo con el neocapitalismo americano y el capitalismo popular anglosajón.

—Por Dios, cuántas cosas a la vez.

—Hay que fomentar el nuevo ahorro, hay que recoger más dinero y, para ello, ofrecer más intereses. No quiero agobiarla con tecnicismos, pero se trata de subir los tipos en general, de ser más agresivos.

—Papá no era nada agresivo. Siempre tuvo un sentido paternal del dinero, con especial cariño al pequeño ahorro.

—Usted ha dicho la palabra: «paternalismo». El cliente, hoy, ya no necesita

paternalismos, sino créditos, más créditos. En cuanto a la situación personal de usted como accionista...

—Si ha venido usted a comprar, le advierto que no estoy dispuesta a vender.

—Yo no he venido a nada, señora. Me ha invitado usted. Según el nuevo estatuto del accionariado, deja usted de ser mayoritaria, de modo que, venda o no venda, sobre la Banca, sobre mi Banca ya no tiene ningún poder.

—¿Y ha venido a decirme eso?

—Perdone, pero insisto en que no he venido, sino que me han llamado.

Fe Segovia bebe del licor de las monjas. Siente que algo se hunde en el hundimiento general de su vida. El jeque, la soltería, la soledad, el más allá, el protagonismo social que está perdiendo. En toda esta deflagración, su roca firme es, era la Banca de papá, como piedra de fijeza y como continuidad sentimental y familiar. Fe enciende un cigarrillo.

—Ya sabía yo que con la democracia vendrían nuevas formas, nuevos cambios, nuevas gentes, pero no creí que se llegase a tanto.

—Usted no pierde dinero, señora, sino que a la larga ganará más.

—Pierdo autoridad, que me importa más que el dinero. Para mí, la Banca de papá tiene un valor sentimental, familiar, que no puede tener para usted.

—Eso lo comprendo.

—Bien, más vale que vayamos con los invitados.

Y se unen a la gran tertulia que se ha formado en el salón central. La nueva aparición de Luis Calasanz levanta curiosidad y admiración en hombres y mujeres.

—Se ocupa mucho de usted la prensa del corazón.

—Le llaman el soltero de oro.

—Pues oro es lo único que no tengo.

—No parece usted un banquero.

—¿Es que hay un uniforme de banquero?

—Estábamos acostumbrados a los banqueros gordos y viejos que no iban nunca a una fiesta.

—¿Me quiere usted explicar qué es eso de la opa hostil, señor Calasanz?

Luis Calasanz sonríe sin protagonismo.

—Son muchas preguntas y todo muy largo de explicar.

—¿Dónde le hacen esas camisas a lo Cary Grant?

—Nunca he visto una película de Cary Grant. Pero esto parece una rueda de prensa.

—Es usted el personaje de moda.

—Ya le he dicho antes a Fe que yo no soy una moda. Y perdonen, pero se me hace tarde. En este oficio se madruga.

DOUGLAS FAIRBANKS

DOUGLAS FAIRBANKS aparece de madrugada en casa de Fermín Guadalaviar:

—¡Fermín, Fermín, abre, que soy yo!

Es como un recado en voz baja al oído de la noche. Douglas Fairbanks viene de smoking, pero muy derrotado y como enfermo. El marqués se levanta en bata y chancletea por la casa:

—Crescencito, loco, de dónde sales a deshora. —Déjame pasar, Fermín. Ando muy derrotado y perseguido.

Están en el gran dormitorio de Guadalaviar, en una hora rara y dormida. La cama tiene dosel y la habitación está gratamente amueblada de libros, libros que el marqués heredó de su padre y no ha leído jamás. Douglas Fairbanks conoce bien el sitio.

—No sé qué darte, Crescencio. ¿Qué se ofrece a una visita a las cinco de la mañana?

Beben un whisky absurdo que les sabe mal.

—No puedo más, Fermín. Ando lejano y maldito.

—Aquello que hiciste con la novia no fue más que una locura, una gran locura.

—Qué gran mal son las mujeres, Fermín.
—Pero te fuiste de esta casa siguiendo a la peor de todas.
—La Mora es bruja y mala. Ha sido mi maldición.
—No es hora de decírtelo, pero no sé si alguna vez podré perdonarte, Crescencio.
—Estamos muy solos, Fermín.
—Y somos de la raza de los acusados, como dijo Cocteau.
—Tú hubieras hecho lo mismo que yo. A esa mujer había que matarla.
—Quizá hubiera hecho lo mismo que tú, pero a quien persiguen ahora es a ti.
—Ya veo que no me tienes caridad.
—No es sólo lo de la Mora.
—¿Lo otro, la coca? Eso se acabó. Se acabó cuando terminé con esa puta.
—Terminó ella contigo.
—Estamos otra vez solos y juntos, Fermín. Sólo nos tenemos uno al otro, como siempre, después de tantas muertes.
—Tantos crímenes, diría yo.
Los dos homosexuales están escénicos y como enfermos entre la luz de la lámpara y la primera luz de Dios. Fermín se yergue trastamara, pero así vestido no resulta. Crescencito casi se arrodilla. El marqués inicia una salmodia:
—La muerte de Alicia, que entre todos llamamos, en bien de Adrián. La muerte de Carmencito, otro disgusto de Adrián. La muerte de Adrián, el suicidio en la celda ¿te has enterado?
—Uno, rodando por ahí, lee periódicos viejos.
—Pues te diré toda la verdad. Yo podía haberle sacado con un millón de fianza, y no quise.
—Le tenías miedo.
—Le tenía miedo y ya no le amaba.
—¿Quieres decirme que tampoco vas a hacer nada por mí?
—Déjame seguir. Tu intento de asesinato de la Mora. Y la otra semana, en una montería, la Mora ha matado a Aurora Pavón.
—Algo he oído. ¿Seguro que fue ella?
—No eres el más indicado para presentarte a acusarla.
—Tú podrías hacerlo por mí.
—Ya he hecho correr el rumor. Dicen que fue una bala perdida. Dicen que la Mora ha utilizado al marido, pero yo aseguraría que fue ella. Áurea, que amaba a la Pavón, también lo dice. Y Áurea, la embajadora, es de una raza de vengadores, de un pueblo que no perdona.
—Ojalá acabe con ella.
—Esa mujer reúne en sí el mal de todas las mujeres.
—Unámonos contra ella.
—Pareces un revolucionario, Crescencito. Porque para mí sigues siendo Crescencito.
—¿Entonces me quedo?
El marqués chupa de su whisky.
—Te quedas de momento y ya veremos.
—Con eso me basta. Eres bueno, Fermín. Pero ¿por qué no para siempre?
—Los viejos como yo nos hemos quedado sin siempre.
—Temas a lo otro, lo del narco.
—Y tú también.
—Te he dicho que eso se acabó.
—Es por lo que te buscan.
—Fermín, no eres un redentor. Marqués, no eres el único hombre justo sobre la tierra. Has permitido que Adrián se colgase en la celda por no soltar un millón.
A Crescencito, el whisky le va poniendo violento.

—Crescencito ¿me vas a matar a mí también?

—¡Yo no he matado a nadie, vieja loca!

—En esta casa se acabaron los gritos, hijo mío. Yo tampoco he matado a nadie. Pero hemos enterrado juntos algunos muertos.

—Eres implacable, marqués.

—Quizá todos los marqueses somos implacables.

Hay un largo silencio. Crescencito, devuelto a su verdadera personalidad, hecho un rebujo, con la cabeza entre los brazos, se diría que llora o reza. Guadalaviar, erguido y somnoliento, se pasa las manos deformes y expresivas, casi elegantes, por el pelo blanco, por la melena noble, consiguiendo en los espejos una cabeza pasable.

La luz preoñal vigila en las ventanas. Un olor de estío muerto endulza la casa. El jardín despierta y todavía se vive en blanco y negro.

—Lo peor de todo, Crescencito, es que me has quitado el sueño y ya no me duermo. A ver a la tarde una siestecita.

—¿Juntos?

—Siempre, fuiste un brusco, hijo. Anda, sube a dormir. Tu cuarto está como lo dejaste. Fermín se sienta en la cama con el whisky al lado. Hojea una revista del corazón, buscándose en las fotos. La montería de Cáceres. Las revistas ya insisten en la versión del crimen, más sugestiva que lo de la bala perdida, y acusan a la Mora o al marido, según. «Venganza contra la Prensa. Crimen contra la libertad de expresión.» Por el alto silencio, el marqués sabe que su amigo duerme hondamente. Descuelga el teléfono que hay a su izquierda y se lo cuenta todo a la policía. A las nueve vendrán a buscar a Crescencio, el narcotraficante.

—Todavía me quedan dos horitas para dormir un poco, que hay que ver lo que envejece una a las cinco de la mañana, por favor.

DOUGLAS FAIRBANKS

DOUGLAS FAIRBANKS aparece de madrugada en casa de Fermín Guadalaviar:

—¡Fermín, Fermín, abre, que soy yo!

Es como un recado en voz baja al oído de la noche. Douglas Fairbanks viene de smoking, pero muy derrotado y como enfermo. El marqués se levanta en bata y chancletea por la casa:

—Crescencito, loco, de dónde sales a deshora. —Déjame pasar, Fermín. Ando muy derrotado y perseguido.

Están en el gran dormitorio de Guadalaviar, en una hora rara y dormida. La cama tiene dosel y la habitación está gratamente amueblada de libros, libros que el marqués heredó de su padre y no ha leído jamás. Douglas Fairbanks conoce bien el sitio.

—No sé qué darte, Crescencio. ¿Qué se ofrece a una visita a las cinco de la mañana? Beben un whisky absurdo que les sabe mal.

—No puedo más, Fermín. Ando lejano y maldito.

—Aquello que hiciste con la novia no fue más que una locura, una gran locura.

—Qué gran mal son las mujeres, Fermín.

—Pero te fuiste de esta casa siguiendo a la peor de todas.

—La Mora es bruja y mala. Ha sido mi maldición.

—No es hora de decírtelo, pero no sé si alguna vez podré perdonarte, Crescencio.

—Estamos muy solos, Fermín.

—Y somos de la raza de los acusados, como dijo Cocteau.

—Tú hubieras hecho lo mismo que yo. A esa mujer había que matarla.

—Quizá hubiera hecho lo mismo que tú, pero a quien persiguen ahora es a ti.

—Ya veo que no me tienes caridad.

—No es sólo lo de la Mora.

—¿Lo otro, la coca? Eso se acabó. Se acabó cuando terminé con esa puta.

—Terminó ella contigo.

—Estamos otra vez solos y juntos, Fermín. Sólo nos tenemos uno al otro, como siempre, después de tantas muertes.

—Tantos crímenes, diría yo.

Los dos homosexuales están escénicos y como enfermos entre la luz de la lámpara y la primera luz de Dios. Fermín se yergue trastamara, pero así vestido no resulta. Crescencito casi se arrodilla. El marqués inicia una salmodia:

—La muerte de Alicia, que entre todos llamamos, en bien de Adrián. La muerte de Carmencito, otro disgusto de Adrián. La muerte de Adrián, el suicidio en la celda ¿te has enterado?

—Uno, rodando por ahí, lee periódicos viejos.

—Pues te diré toda la verdad. Yo podía haberle sacado con un millón de fianza, y no quise.

—Le tenías miedo.

—Le tenía miedo y ya no le amaba.

—¿Quieres decirme que tampoco vas a hacer nada por mí?

—Déjame seguir. Tu intento de asesinato de la Mora. Y la otra semana, en una montería, la Mora ha matado a Aurora Pavón.

—Algo he oído. ¿Seguro que fue ella?

—No eres el más indicado para presentarte a acusarla.

—Tú podrías hacerlo por mí.

—Ya he hecho correr el rumor. Dicen que fue una bala perdida. Dicen que la Mora ha utilizado al marido, pero yo aseguraría que fue ella. Áurea, que amaba a la Pavón, también lo dice. Y Áurea, la embajadora, es de una raza de vengadores, de un pueblo que no perdona.

—Ojalá acabe con ella.

—Esa mujer reúne en sí el mal de todas las mujeres.
—Unámonos contra ella.
—Pareces un revolucionario, Crescencito. Porque para mí sigues siendo Crescencito.
—¿Entonces me quedo?
El marqués chupa de su whisky.
—Te quedas de momento y ya veremos.
—Con eso me basta. Eres bueno, Fermín. Pero ¿por qué no para siempre?
—Los viejos como yo nos hemos quedado sin siempres.
—Temes a lo otro, lo del narco.
—Y tú también.
—Te he dicho que eso se acabó.
—Es por lo que te buscan.
—Fermín, no eres un redentor. Marqués, no eres el único hombre justo sobre la tierra. Has permitido que Adrián se colgase en la celda por no soltar un millón.
A Crescencito, el whisky le va poniendo violento.
—Crescencito ¿me vas a matar a mí también?
—¡Yo no he matado a nadie, vieja loca!
—En esta casa se acabaron los gritos, hijo mío. Yo tampoco he matado a nadie. Pero hemos enterrado juntos algunos muertos.
—Eres implacable, marqués.
—Quizá todos los marqueses somos implacables.
Hay un largo silencio. Crescencito, devuelto a su verdadera personalidad, hecho un rebujo, con la cabeza entre los brazos, se diría que llora o reza. Guadalaviar, erguido y somnoliento, se pasa las manos deformes y expresivas, casi elegantes, por el pelo blanco, por la melena noble, consiguiendo en los espejos una cabeza pasable.
La luz preotoñal vigila en las ventanas. Un olor de estío muerto endulza la casa. El jardín despierta y todavía se vive en blanco y negro.
—Lo peor de todo, Crescencito, es que me has quitado el sueño y ya no me duermo. A ver a la tarde una siestecita.
—¿Juntos?
—Siempre, fuiste un brusco, hijo. Anda, sube a dormir. Tu cuarto está como lo dejaste. Fermín se sienta en la cama con el whisky al lado. Hojea una revista del corazón, buscándose en las fotos. La montería de Cáceres. Las revistas ya insisten en la versión del crimen, más sugestiva que lo de la bala perdida, y acusan a la Mora o al marido, según. «Venganza contra la Prensa. Crimen contra la libertad de expresión.» Por el alto silencio, el marqués sabe que su amigo duerme hondamente. Descuelga el teléfono que hay a su izquierda y se lo cuenta todo a la policía. A las nueve vendrán a buscar a Crescencio, el narcotraficante.
—Todavía me quedan dos horitas para dormir un poco, que hay que ver lo que envejece una a las cinco de la mañana, por favor.

DON VICENTE GONZÁLEZ

DON VICENTE GONZÁLEZ, cardenal primado de España y arzobispo de Toledo, vive y escribe, hace su trabajo en lo profundo de una cueva de oro que se diría vaticana si no se adunasen en ella tantas culturas moras y bizantinas, renacentistas y cristianas. Fe Segovia le ha pedido audiencia al alto prelado y se deja conducir por saletas y corredores como por un Vaticano mareante, sobrecargado, luciente, rico y difícil. Don Vicente González, cardenal primado de España, arzobispo de Toledo, ha dado el domingo anterior una homilía prohibiendo las apariciones de Illescas. Fe Segovia, usando de sus linajes, que son los linajes del dinero, la fama y la fe, ha solicitado audiencia a don Vicente. El cardenal, entre edecanes y latines, la recibe en un salón inmenso, colgado de grecos y zurbaranes. Fe Segovia no los había visto iguales más que en el palacio de su amiga la San Marcial, porque al Museo del Prado, lo que se dice al Museo, Fe Segovia no ha ido nunca.

En la alta y luminosa Toledo, el cardenal trabaja a la luz de un flexo de oficina, o bajo el rayo místico de sol que entra por la ventana, como en los cuadros.

Otras veces, el cardenal trabaja y recibe en un cuarto pequeño, lleno de libros abiertos y con una ventanita al paisaje de Toledo. Don Vicente González es un hombre grande, solemne, duro, de pecho atlético y rostro enérgico y redondo, con unas gafas ominosas que le distancian del mundo y las visitas. Fe le besa el anillo. Se sientan.

—Ya sé por lo que viene usted, señora, pero le anticipo que no voy a cambiar en nada mi actitud.

—Perdóneme su eminencia, pero no entiendo la homilía del domingo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—No entiendo cómo un cardenal puede prohibir a la Virgen.

La entrada es un poco fuerte, pero el cardenal se limita a ajustarse las gafas en el entrecejo, con un gesto rápido que seguramente es un tic.

—¿Puedo fumar, eminencia?

—Fume.

Y el cardenal hace un gesto de desentendimiento con su mano poderosa, de campesino vallisoletano, blanda ahora de dulces toledanos y decorada de anillos religiosos y paganos, algunos tirando a verde.

—Yo no he prohibido a la Virgen, sino a una pobre loca, en el mejor de los casos, que cree ver a la Virgen.

—Usted no la conoce. Yo la he tratado, he hablado mucho con ella y estoy convencida de que es una vidente.

—¿Y por qué no viene ella a verme?

—Es una pobre mujer del pueblo, como las que María eligió en Lourdes y Fátima.

—Si puede hablar con la Virgen, podrá hablar conmigo.

—Me gustaría mucho que hablase usted con ella, cardenal. La gracia y el espíritu los comunica hasta sin palabras.

—No utilice usted palabras mayores, por favor. Y sepa que, como cardenal de España y arzobispo de Toledo no puedo tolerar que en mi propia diócesis, para más escarnio, se sigan practicando milagrerías.

—No son milagrerías...

—Eso tengo que decirlo yo, no usted.

Los edecanes, o lo que sean, entran y salen, llevan y traen papeles. Fe comprende que el cardenal les ha autorizado a ello por entorpecer la entrevista y que se vaya antes. La estancia huele a jardines y hombre casto.

—¿Y no podría estudiarse el caso más despacio, eminencia?

—¿Por qué se aparece la Virgen precisamente en su finca, señora?

—Bueno, yo tengo también otras fincas. El evangelista dice que el Espíritu sopla donde quiere.

—Eso no es el evangelista quien lo dice. Fe guarda silencio.

—Le he preguntado por qué se aparece la Virgen en su finca.

—Para mí no es más que un privilegio del cielo.

—Para mí es una romería con fines oscuros que no alcanzo.

—Pero los milagros existen —dice Fe con ingenuidad. Ha apagado el cigarrillo, que no le da ninguna seguridad frente a este hombre fuerte.

—Los milagros existen, pero no se fabrican.

El cardenal se pone en pie y pasea por la estancia. Es un hombre grande, erguido, que lleva con gallardía su edad. Tiene el vientre abultado y los pasos lentos. Espejos turbios le van reflejando, rayos de sol viven un momento en el morado y el rojo de sus arreos.

—¿Qué piensa usted hacer, entonces?

—En mi homilía lo he dicho. Esas supuestas apariciones ya están prohibidas.

—Hoy se dan apariciones en todo el mundo, como su eminencia no ignora. La Virgen puede salir un día por cualquier otro sitio, o por este mismo, aparecerse a otra persona.

—No creo que la Virgen juegue al escondite conmigo señora. ¿Algo más?

—Sólo quisiera decirle, con su anuencia, que entre la Virgen y un cardenal, siempre estaré con la Virgen.

Don Vicente se sienta. Pone las manos sobre la mesa. Se ajusta las gafas. No sonrío nunca. Fe no le ve la mirada.

—Usted, señora Segovia, tiene un pasado de magia negra, de poderes ocultos, de ocultismo exactamente. Y no se lo condeno porque tampoco creo en eso. No soy un inquisidor. La Inquisición ya no existe. Pero esa tendencia a la milagrería, a lo paranormal, a alterar el orden del mundo establecido por Dios, es lo que se prolonga ahora en su asunto de la Virgen. Sólo le digo una cosa. Límitese al diablo, señora. Fe ahoga un grito. La Iglesia la arroja al averno.

—Usted sigue haciendo diabolismo con la Virgen, señora, y sus intervenciones en la prensa y la televisión hacen mucho daño a la Iglesia. Estamos en un momento difícil, con la democracia. España se ha vuelto laica. La Iglesia tiene que fortalecerse frente a eso y frente a lo que viene, el socialismo ateo. No podemos darles ocasión de que hagan chiste y demagogia con sus estúpidas apariciones. La Iglesia, contra el laicismo que viene, tiene que ser ahora más fuerte, segura y respetable que nunca.

—De modo que niega usted a la Virgen por la política, por miedo a los socialistas. El cardenal contiene su ira como se contiene ante una niña o un tonto.

—No niego a la Virgen, sino a una pobre loca, suponiendo que no sea una falsaria. Y sobre todo la niego a usted.

—Mi padre siempre fue generoso con la Iglesia.

—Eso a mí no me importa, yo no vendo mi primacía, señora.

—Al fin lo he comprendido o lo ha dicho usted. Las apariciones no son políticas. La Virgen es inoportuna.

—Es todo más complicado, señora. No jure el nombre de Dios en vano.

—Con Franco había apariciones...

—Por eso mismo no las puede haber ahora. Usted es todavía una beata del franquismo.

—La Iglesia hace política, como siempre, y sólo saca a la Virgen cuando le conviene. Yo, que no hago política, sigo con la Virgen.

—Su Virgen está prohibida.

—Pero no la prohíbe usted, sino Adolfo Suárez o Felipe González.

—Conozco poco a las damas, pero nunca creí que las damas pudieran ser tan insolentes.

—Gracias, eminencia, me ha sido muy útil la visita. Ahora sé que la Iglesia española va a serle tan fiel y servil a la democracia como le fue a Franco.

—Usted es una beneficiaria del franquismo.

—Me está ofendiendo usted, eminencia, lo que prueba que ya no tiene razón. Como dijo el otro, España ha dejado de ser católica. Usted ya no gobierna en nombre de Cristo, sino de Felipe González, que es el que viene.

Terminada la entrevista, el cardenal escribe a la luz de un rayo místico, como en los cuadros.

PETRA PAULA SAN MARCIAL

PETRA PAULA SAN MARCIAL da una fiesta para celebrar su compromiso con el capellancito, Cayetano, que ya ha recibido la dispensa de Roma.

—Umbral ¿y tú crees que, ahora que soy tan feliz, Santiago Carrillo me va a quitar las fincas? Sería un robo.

—Santiago Carrillo no roba ni un bolso de señora.

Fe Segovia llega acompañada de Eugenio Beltrán, el que fuera amigo de su padre, don Zacarías. Eugenio Beltrán, con la muerte de Zacarías, se ha quedado en la calle. Su protector y amigo no le ha dejado un duro, sino una melancólica jubilación en el Banco:

—Y fui falangista de Burgos, de la primera hora, pero Adolfo se ha pasado a la democracia y nadie me publica un poema ni me da una flor natural.

En los tiempos del bajo adolfato, cuando Madrid veía venir el socialismo, el mundo de Fe Segovia era un temblor, una indecisión y un oportunismo. Brígido y la Portugal parecen tranquilos. Ella confía en que volverán los suyos, los militares, y Brígido se asoma a esa punta de acracia que vive ya en la juventud.

—Esto lo arregla mi tío el general con un caballo y cuatro tiros.

Guadalaviar, que es un afrancesado de toda la vida, está pensando si marcharse a París, donde en su juventud conociera a Jean Cocteau, y al que de vez en cuando cita, como se ha visto en estas páginas:

—Como decía mi amigo Cocteau, querida San Marcial, España sólo es una guitarra que recibe telegramas.

María Ligorita, Ligorita, ha descubierto que con la democracia se roba menos, o son otros los que roban. La gente, con eso del socialismo que viene, empieza a sacar de noche las piedras falsas. Cayetano, el novio capellán de la duquesa, luce vestido de paisano y se ve que no sabe. Sin la sotana está como en paños menores. De modo que ha optado por la ropa de fantasía, nada que pueda recordar a un cura, pero el cura lo lleva en la cara. El profesor Juan Gualberto, mientras escribe sus ensayos sobre el marxismo mecanicista, sueña con una nueva oportunidad a la sombra de los socialistas. Sara Montiel cuenta que tiene un primo preso en Ocaña, por socialista, desde la guerra. Cuqui Fierro, con buen sentido, no cree que aquí vaya a pasar nada.

—En España, nunca pasa nada, salvo una guerra civil de vez en cuando.

—Joaquina Brindis se enterará por las revistas de que Raúl Ordóñez ha acudido a la fiesta de la San Marcial de la mano de la Mora. Se ayuda el trago con vodka.

Nat y Pedro Crisólogo, Crisólogo II, siempre se han sentido un poco de izquierdas. Él procede del bajo pueblo, como los toreros antiguos, y ella, de niña, pedía limosna en el Bronx, y empezó la prostitución y la pubertad al mismo tiempo. Rappell, ante el alud de Historia que se nos viene encima, prefiere suspender sus pronósticos:

—Al final se impondrá la paz.

—O sea, que gane el mejor, como dicen el Papa y los comentaristas de fútbol.

Lidia Kipling, la Mora, estaba con Raúl Ordóñez en Archy, de minifalda y piernas cruzadas, y un fotógrafo de Interviú le acechaba el musulamen (sufijo *men*: conjunto; en este caso, conjunto de los muslos). Cuando el chico reveló la foto en el estudio se encontró con el coño de la mujer más importante de Madrid. La Mora había ido a Archy sin bragas y acompañada de un hombre que no es su marido. Eusebio Vercelli, el marido, acusado implícitamente de la muerte de Aurora Pavón, no se atreve a salir de sus fincas. Cuando ve el coño de su señora a todo color, en los quioscos, se vuelve más cacereño que nunca, comprende que aquella boda ha sido un disparate, pese a las buenas rentas de las cacerías, y pasea a caballo por sus propiedades, hablando mucho con el peonaje, que es su verdadero mundo. Lidia aprovecha esta ausencia para salir con Raúl Ordóñez, un hombre que ha empezado a interesarla por varias razones.

¿Por qué se presentó Lidia Kipling sin bragas en la fiesta de Archy?

Por dar una respuesta a quienes la acusan en silencio de haber matado a su biógrafa cruel, Aurora Pavón.

Por subrayar la intimidad de su nueva relación con el abogado y financiero Raúl Ordóñez, hombre de varios prestigios y recastado en la cárcel.

Por levantar el honor cacereño de su marido, a ver si pide la separación.

Y porque le salió del coño.

Raúl Ordóñez, que había conocido el amor agua chirle de su esposa y el amor vibrante, nervioso, loco, inestable, ido, de Joaquina Brindis, conoce ahora el amor de Lidia Kipling, la Mora, un amor de puta de Nueva Dehli, largo, lento, dulce, espeso, oscuro, sutil como un biombo oriental y profundo como una espada de guerrero hindú. El mundo de Fe Segovia, con la amenaza pacífica del socialismo, en los amenes ya del adolfato, vive entre la nostalgia de Franco y la nostalgia de Suiza, puerto seguro del dinero. En la fiesta hay una orquestina y la duquesa saca a bailar un vals al cura adolescente, que no se maneja bien, pese a los ensayos, Danubio Azul, de plata y zafir, chin chin, chin chin.

EUGENIO BELTRÁN

EUGENIO BELTRÁN y Fe Segovia han acudido juntos a la última fiesta de verano de Joy Eslava, la disco de los grandes retablos y las ilustres carrozonas. A última hora se aíslan en uno de los palcos. Los dos están pasados de copas. Eugenio Beltrán, el amigo, el siervo, la víctima del difunto Zacarías Segovia, tiene la cabeza noble de poeta, los ojos color de lágrima, la nariz entre roma y romana, y el labio caído en un mohín de desprecio, de asco, de cansancio, que seguramente no quiere significar nada de eso, pero expresa muy aproximadamente el alma del viejo falangista lírico.

—Fe, han pasado muchos años, han pasado muchas cosas y no vamos a esperar a ser viejos para hablar de lo nuestro.

Fe Segovia discretea un poco con el amigo de su padre, con el fiel acompañante, con el hipotético novio del pasado. Fe Segovia luce de melena oro y azabache, nariz operada, ojos inmensos, bellos y tristes, etc. Fe Segovia va de lifting, dieta (había adelgazado mucho), elegancia y decepción.

—¿Qué te ha parecido la indecencia de la Mora, Eugenio?

—Eso, una indecencia. Son otros tiempos, Fe.

—Sí, ya no son los nuestros.

—¿Y por qué no recuperar el tiempo perdido, Fe?

—Qué bonito eso.

—Es de Marcel Proust.

—Podría ser tuyo. Tú eres un gran poeta.

—Lo fui con la Falange.

—Tienes razón. Lo que viene ahora es el PSOE.

—Pero no nos dejemos devorar por la nostalgia. Hagamos presente lo que entonces fue imposible.

—¿El qué? — tontea Segovita jugando con sus anillos.

Eugenio Beltrán no tiene manos de poeta. Eugenio Beltrán tiene unas manos gruesas y rudas de campesino burgalés, aunque lleva toda la vida de escritor en Madrid y de bancario con buena letra. Quizá por eso, por las manos, no le salen mejor los sonetos. Sostiene un whisky entre las dos, con los dedos cruzados. Chivas regal.

—Ahí tienes a tu amiga la San Marcial, casándose a sus años con un seminarista, como ella dice. Tú has hecho mucho por la gente, Fe, has hecho ya demasiado por los pobres y por la Iglesia. Y ahora la Iglesia te corta el camino.

—El cardenal es un hombre duro y miedoso al mismo tiempo.

—Ya has hecho mucho por todos, Fe. Haz ahora algo por ti. Yo te ofrezco una pobre oportunidad.

A Fe, el whisky le da un lanzazo en el corazón. O quizá sea el amor, pero yo no estoy enamorada de Eugenio Beltrán.

—Sí, una pobre oportunidad, tan pobre como entonces, Fe, porque yo sigo siendo pobre. Tu padre no me dejó más que una mísera jubilación en el Banco. Y no se lo critico, yo no merecía más. Sólo éramos amigos, nada más y nada menos que amigos, grandes amigos, sabes que le saqué de copas hasta la muerte. Entre los amigos no debe andar el dinero, pero lo cierto es que papá no se portó bien, el viejo, al final, no se portó bien conmigo. De jóvenes impidió nuestro noviazgo, luego me ha humillado durante toda la vida. Yo se lo decía: «Cómo me humillas, Zacarías, cómo me humillas». Y nos reíamos. Y luego se muere sin dejarme un duro.

Fe saca la polvera y monologa con el espejo oval, ah, de modo que era eso, todo el resentimiento de una vida, ahora va y me lo vuelca, me ha puesto perdida, éste no quiere recuperar el pasado, sino los millones que perdió entonces, cuando papá le dijo que un poeta era poco para su hija, y encima un poeta malo, como decía papá, aunque a mí sus versos me gustan, y Eugenio se conserva.

Otra ronda de whisky. Eugenio Beltrán respeta siempre el silencio de una mujer que se

está empolvando la nariz. Eugenio Beltrán comprende que se ha pasado por culpa del whisky, empecé muy bien, esto iba muy bien, no había más que mirarla, pero no he debido hablar de dinero, y menos hablar mal del viejo ¿pero es que he hablado mal del viejo? estos Segovias son muy suyos para el dinero, de otro modo no serían multimillonarios, claro, y Fe, entre aparición y aparición, sigue jugando a la Bolsa y ganando, que para eso sí que tiene instinto, ha hecho bien el cardenal en prohibirle las apariciones, esa mierda de apariciones, cuidado, Eugenio, no te pases, que es la última oportunidad de tu vida, que te está patinando el cerebelo, Eugenio.

—Es tarde, oyes. ¿Te parece que nos vayamos?

—Te he pedido en matrimonio, Fe.

—Algo así me parecía. Déjame pensarlo.

—Mejor sin que lo pienses. Hagamos una locura, nuestra última locura.

—La locura la haría yo. Los hombres nunca os jugáis nada.

El coche de Fe deja a un poeta borracho en su casa del barrio de Salamanca y luego se interna en el viejo Madrid, calle de Don Pedro, palacete de Fe Segovia.

La criada del servicio de noche que le abre la puerta a Fe, se lo dice en un susurro:

—Que ha venido una señora a ver a la señora a las diez.

—¿A mí?

—Tiene aspecto de monja.

—¿De monja?

—Es una señora muy educada y parece muy religiosa.

—¿Pero es que está aquí todavía?

—Dijo que esperaba en la capilla, rezando.

—¿Está en la capilla?

—Le he preguntado si se le ofrece algo, pero no se le ofrece nada.

La criada de noche, Fe no recuerda su nombre, es demasiado joven y un poco tonta. Y Fe tiene el relámpago. La Virgen. El cardenal ha prohibido a la Virgen y la Virgen se me aparece en mi propia casa.

Es como si Fe tuviera muchos corazones en el pecho, latientes como medallas de fuego. Corre al baño más cercano, se arranca los pendientes, las alhajas, los adornos del vestido, en una rapiña de oros, platas y diamantes que sus manos de uñas verdes hacen por su propio cuerpo. Con una toalla mojada se frota los maquillajes, los retoques, el carmín, se lava la cara. Luego busca por los hondos armarios una toquilla, la que sacara papá Zacarías en sus descubiertas nocturnas de whisky y lesbianas, unos guantes negros para tapar las uñas verdes, y al fin se encamina, con un rosario en la mano (plata hueca, marfil, pequeños diamantes) hacia la capilla. Abre la puerta sin ruido.

En el fondo, arrodillado frente al altar, de espaldas a ella, hay un bulto femenino y humilde. Fe vive el deslumbramiento de las apariciones, el ahogo del momento, el infarto de lo sobrenatural, al fin la Virgen:

Ave María Purísima —susurra.

El bulto no se mueve. Fe no repara en el absurdo de la Virgen rezando a una imagen de la Virgen, rezándose a sí misma:

—Ave María Purísima...

—Hay un silencio que huele a las flores mustias de todo el día, al parqué encerado de la capilla, a la extinción agónica y alucinada de las velas.

—Sin pecado concebida — dice una voz anciana.

Y la visita se volvió.

Era la Madre Teresa de Calcuta.

ÁUREA

LOS DOS CUERPOS FEMENINOS, el cuerpo cobrizo de Lidia y el cuerpo cuarterón de Áurea, hacen en la cama como una ola de luz y violencia, como una melodía de amor y susurro. Áurea, la cuarterona, besa y muerde los pequeños pechos de Lidia. Lidia, la hindú, pasa como una caricia, como un agua, como un cisne enamorado o una Leda de música, a través del cuerpo robusto, entero y luchador de Áurea. Los meses y los odios han levantado en Áurea el grito de la venganza por la muerte de su amiga. Áurea asedia, persigue, insulta y amenaza a la hindú, hasta que se presenta en su casa llevando en el bolso de mano el pistolón con que en su país hacía la guerrilla. Va a matar a su enemiga con ese trueno atroz, negro y bárbaro.

Pero Lidia la recibe desnuda, completamente desnuda en la soledad de la casa. Áurea había sacado el pistolón. Lidia se acerca a ella en su desnudo cobrizo, que blanquea tiernamente por los breves pechos y la intimidad de los muslos. Lidia coge la cara de Áurea con las manos y besa a la cuarentona en su boca frutada y malva. Ahora copulan con fiebre en un encuentro de razas, de odios, de sexos que son el mismo y son otro.

—Áurea, te juro que yo no maté a Aurora. Estuve a punto de hacerlo cuando la vi correr en aquel momento disparatado, pero no lo hice. Y mi pobre marido tampoco.

Eusebio Vercelli, el pobre marido, lleva meses separado de ella. Lidia vive con Raúl Ordóñez, a quien envía a los puertos blancos y apacibles del mundo donde tocan los barcos ominosos del tráfico de armas. Lidia ha metido a Raúl en eso, quedándose ella entre biombos, como siempre, incógnita, y Raúl siente que al fin ha llegado la oportunidad del gran dinero, que su poderosa vocación de triunfo esperaba desde siempre. Y como la mujer es buena conductora de la electricidad y del dinero, con el dinero le ha llegado Lidia, el gran amor de su vida.

—Sé lo de las armas, Lidia, y puedo mandaros a la cárcel a los dos, en cuanto llegue el socialismo, pero prefiero matarte, he venido a matarte, estás en mi poder y no creo tus palabras, tus viejas mentiras que tanto gustan a los hombres.

Se hacen el amor inverso y bucal con una gracia violenta, con una ternura negra de la que nunca son capaces los hombres. La cuarterona grita como una res herida y en celo, en la casa desierta, y la hindú gime como una niña enferma violada por su padre.

—Y pensar que vine a matarte, Lidia.

Son las mujeres que aman a la mujer. Son las razas pansexuales y antiguas que hacen un amor lento y profundo, simétrico y dulce. Un amor de leopardos melancólicos o vírgenes cansadas. El cuerpo cuarterón de Áurea tiene una musculatura sexual de grandes pechos con pezones negros y muslos que se abren y cierran como la gran tenaza animal y sexual que en realidad es la mujer. El cuerpo levemente cobrizo de Lidia es sólo línea y sugerencia, sexo ojival y glúteos a pincel, tenues, infantiles, gráciles.

—Estamos locas, Lidia, estamos locas. Y yo cómo no comprendí antes esto, que te amaba. Pero no porque te ame renuncio a matarte. Quisiera matarte así, jodiendo contigo en la cama.

Lidia guarda un silencio asiático en el amor y recorre con su boca fina y sabia el rostro, las axilas, el vientre, la vagina malva de la cuarterona. El gemido perfumado y final de Lidia queda ahogado por el grito ancho y desesperado de Áurea. Luego yacen, todavía latientes de orgasmos, abrazadas con ternura, blandamente.

—Lidia ¿no habrás llegado a esto por salvarte de mí, por engañarnos a todos una vez más?

—¿Es que siempre vamos a ser enemigas, Áurea?

Y Lidia se levanta a traer whisky y cigarrillos para las dos. Áurea mira el desnudo de la hindú, yendo y viniendo, un desnudo de dibujo antiguo e inspirado, algo que no parece haber nacido de la naturaleza, sino de la historia. No de la vida, sino del arte. No de

otro cuerpo de mujer, sino de la imaginación oscura y delicada de los artistas que trabajaban la piedra cálida y femenina de las pagodas.

Fuman y beben tendidas.

—¿Sigues queriendo matarme, Áurea?

—Ahora te mataría por hermosa, te mataría por amor, te mataría porque te quiero.

Lidia fuma como una esfinge que fumase. Áurea, apoyada en un codo, contempla a Lidia y pasa su mano de guerrillera por el cuerpo delicado, yacente, sutil y eterno de la india.

—¿Volveré a esta casa, Lidia?

—¿Es que no me ofreces la tuya?

—Te ofrezco la vida, mi vida, y si algún día me traicionases, no olvides que tendré una nueva razón para matarte. Casi lo desearía.

Vuelven a hacer el amor y finalmente Áurea se va:

—Ahí te dejo el pistolón, Lidia, en prueba de mi amor y mi crimen.

Y arroja el arma, antigua y bella, sobre la cama.

Media hora más tarde, Lidia, aún desnuda, sin levantarse del lecho, llena de whisky, de sexo y de humo, llama al ministro, a un ministro, a su ministro amigo, al ministro que suele llamar para estas cosas:

—Soy Lidia Kipling. Tengo pruebas precisas para demostrar que Áurea, ya sabes, esconde y protege etarras en su embajada. ¿Que qué exijo? Que se la expulse del país en el plazo de una semana.

Es el ministro con quien Raúl Ordóñez trata lo del tráfico de armas. Raúl ya no sabe si trabaja para Lidia o para el Gobierno. Pero a Lidia la escuchan en algunos ministerios.

Áurea, la embajadora cuarterona, no tardó más de una semana en ser expulsada de Madrid por colaborar con ETA.

Y Lidia Kipling empieza a arreglarse, porque tiene una cena íntima con Luis Calasanz.

CRISÓLOGO II

PEDRO CRISÓLOGO, Crisólogo II, está hasta los mismísimos de pintar como Van Gogh. Pedro Crisólogo se lo dice a Nathalie Guevara:

—Estoy hasta los mismísimos de pintar como Van Gogh. Cojo el coche, me voy al tentadero a ponerme un poco en forma y vuelvo al toro.

—Pero la tu pierna no mejor suficiente para el toro peligro por ti temo.

Nathalie Guevara, Nat, se está bañando en la piscina cubierta. Tiene un desnudo juvenil y cansado, tiene una sonrisa luminosa y triste. Nat sobrelleva con gracia y amargura el peso dulce de sus grandes senos y se da cremas, con manos de gitana, en los delgados, esbeltos, finos muslos pálidos y todavía bellos.

—Tengo contratos, tengo público, hay gente que me espera. Esto se va haciendo demasiado largo.

—Consulta la tu médico primero por el pierna de enfermedad.^[1]

—Los médicos siempre le encuentran a uno algo. Hay que ser torero a pesar de los médicos.

Y Pedro Crisólogo, Crisólogo II, prepara los trastos, recoge cuatro cosas y besa a Nat:

—Adiós, amor, vengo en unos días dispuesto ya para la reaparición.

El alfa descapotable sale del garaje y del jardín tomando la carretera con una curva abierta, vertiginosa y violenta. Nat se pone cualquier cosa sobre su desnudo y ve partir al torero. Nat tiene el sentido femenino de la prudencia, el fatalismo femenino de lo peor, la conciencia femenina y maternal que ve en el hombre a un niño equivocado y valiente.

—Ah, Pedro, Pedro, qué gran niño tonto —se dice a sí misma con melancolía y miedo de las cosas.

Luego sigue reparando su belleza, luchando contra la noche, que es cuando pasa el tiempo por los cansados y gráciles cuerpos femeninos. La mañana es clara y fina, el viento es tenue y ágil, el cielo es luminoso, abrumador y teológico como una aparición. Un cielo como de otra estación del año.

Nat habita ahora la ausencia del hombre, se asoma al estudio del pintor, donde huele a pintura fresca y a madera, cae en el dormitorio común, un poco cinematográfico, enorme, ahora desolado por el rastro de una huída. Nat sabe que cuando un hombre se cansa de pintar, de vivir, de ser feliz, cuando un hombre vuelve al peligro de ser libre, la mujer le ha perdido un poco o le ha perdido para siempre. Nat ha visto irse de sí a los hombres, no por odio ni violencia, sino por esa abrumación ahogante que trae la felicidad.

Nat ha perdido a algunos hombres por hacerles demasiado felices. La niña del Bronx, la pequeña judía, se siente vieja por dentro, quizá enferma. El día es ese día en que no apetece ver revistas porque se encuentra una en todas las fotos. Nat escribe cartas, huele flores, encarga a la cocina comidas que luego no prueba, va y viene por la casa, se da otro baño desnuda en la piscina cubierta.

Nat empieza a beber whisky a media tarde, entrando lentamente en el sopor dorado del alcohol, en la lucidez rauda o la lentitud infinita del quinto whisky. Todo su pasado acampa junto a la hoguera interior, alegre y triste, de un oro líquido y oscuro, amistoso y quemado. Nat se ha puesto vieja.

La frase está así escrita en el original [Nota del escaneador].

A última hora de la tarde vuelve el coche del torero, llenando la silenciosa colonia residencial de urgencia, velocidad y miedo. Pedro Crisólogo, Crisólogo II, deja el alfa atravesado frente a la casa. Trae la cara blanca, se apoya en una garrota de viejo y cojea mucho más de la pierna mala.

—Un carnero, Nat, hija, nada más que una mierda de carnero y al tercer capotazo me acierta en la pata mala.

Nat le ayuda en silencio.

—Como si lo supiera el bicho, como si supiera dónde tenía que dar, como si se lo hubieran dicho.

Nat tiende a Crisólogo en la cama y le desnuda a medias. Nat está alegre y desolada de que el torero haya vuelto tan pronto y tan inútil. Nat se siente como culpable de algo.

—Suerte mala, Pedro. Suerte mala y ahora cuidar la pierna, llamar doctor si querías tú.

—Un carnero, Nat, una mierda de carnero. Como si se lo hubieran dicho al animal. Y ha ido a dar donde más duele. No, al médico no le llames ahora. Ya sé lo que me va a decir el muy cabrón. Mejor dame un whisky doble.

Sentado contra el respaldo de la cama, Pedro Crisólogo se toca con una mano la pierna golpeada, la vieja pierna renqueante. Se palpa con pericia, tacto, cuidado. En la otra mano tiene el whisky. Se ve la cara blanca en los espejos del dormitorio, ahora es para siempre, Crisólogo, cabrón, no querías confesártelo, pero aquel toro de hace un año te apartó para siempre. Y luego el toro de la edad. Y el toro del miedo, yo qué se.

Se ha quedado solo en la habitación o cree que está solo. No sabe si habla en voz alta o sólo piensa. Se enfrenta por primera vez con una verdad antigua y callada, estás retirado, estás apartado para siempre, Crisólogo, cabrón, y el tiempo y la biografía le pesan en el corazón como un inmenso toro maligno y muerto.

Nat entra con un poco de jamón en un plato. Pedro siempre toma jamón o cecina con el whisky.

Y esta noche va a necesitar mucho whisky. Nat no quiere que el servicio vea a Pedro en estos momentos, que el servicio vea esa cara blanca de torero desenterrado. Nat le mete la mano en el pecho y le toca el corazón. El corazón parece seguro y cansado.

Pedro la mira profundamente, como apoyando su mirada en la de ella. Está a punto de decírselo todo, pero no le dice nada.

—Nat.

—Qué.

—No, deja.

Aquella noche hicieron el amor con desesperación, con afán, con lágrimas, como amortajándose uno al otro. Hicieron un amor matrimonial, definitivo, incierto. Luego, el torero dormía y Nat miraba su perfil romano de yeso ilustre, de torero histórico, de amante derrotado.

—Un carnero de mierda, Nat, ha podido conmigo un carnero de mierda— dice la voz fallida de Pedro en la oscuridad.

La vieja judía calla.

GUADALAVIAR

LA GRAN PEÑA, en la Gran Vía, antes José Antonio, es un cruce de club inglés y café madrileño que sirve comidas. En la Gran Peña hay un gran rectángulo, como un inmenso folio de mármol, donde constan en letra de oro los caídos por Dios y por España en la Cruzada. Todos son grandes apellidos o apellidos de la grandeza. Parece que por España sólo murieron marqueses.

Cuando Luis Calasanz llamó a Fermín Guadalaviar para hablar con él despacio, personalmente, Guadalaviar, que tiene mucho instinto social, no le dio una cena, como Fe Segovia, ni tampoco concertó una cita fría, sino que se decidió por el término medio y le invitó a almorzar en la Gran Peña, así le tengo en mi terreno, pero no le hago los honores de mi casa. Y es que Fermín sabe bien que la visita de este pollo (Fermín todavía dice «pollo») es peligrosa.

—Nos conocimos en casa de Segovita— giesta el marqués.

—Perdone, pero no recuerdo. Había tanta gente...

—Aquí a la Gran Peña venimos los de toda la vida. ¿No conocía usted el sitio?

—Le confieso que no.

—Yo soy socio de todos los clubs, peñas y casinos de Madrid.

—¿Y cómo tiene usted tiempo para tanto?

—No yendo jamás a ningún sitio— sonrío el marqués con el deslumbramiento y la cordialidad de su dentadura postiza.

Luis Calasanz sonrío. Es un chiste que al marqués nunca le falla. En la Gran Peña no dan nueva cocina francesa, sino recia comida española, tirando a vasca. En Madrid, todo lo comfortable tira a vasco. Madrid ha vivido mucho de los señoritos de Neguri.

—Bien, señor Calasanz, pues me tiene a su disposición.

—Ya supone de lo que quiero hablarle. —Le prometo que no tengo ni idea. ¿Me va a hacer alguna póliza, quizá?

El banquero, a su pesar, vuelve a sonreír.

—Sus tierras, marqués.

—¿Esos pobres secarrales que tengo en el sur?

—Son fincas muy valiosas que podrían dar un gran rendimiento.

—¿Y por qué se preocupa usted de mis fincas?

—Hace muchos años que están hipotecadas por mi Banca.

—Bueno, claro, aquello fue un detalle sentimental que yo tuve con el pobre Zacarías. Qué gran hombre, Zacarías. Renovó la Banca española.

—Ahora la voy a renovar yo.

—Teníamos gustos dispares en muchas cosas. Pero fuimos amigos entrañables de toda la vida. Y qué carácter de hombre, qué entereza, qué presencia de ánimo hasta última hora.

—Usted hipotecó las fincas a don Zacarías Segovia. Pero las tiene un poco abandonadas. Comprendo que, siendo de tantos casinos, no pueda estar en todo, marqués.

—¿Abandonadas? Se las regaló don Alfonso trece a papá y...

—Son prácticamente propiedad del Banco, y queremos sacarles rendimiento.

—Aquello no da más que cardos y lagartos. ¿Qué rendimiento va usted a sacar a los lagartos?

—Vamos a hacer una explotación modelo. Regadío. Allí puede salir de todo.

—Pero es que yo no quiero.

—Lo que vamos a hacer supone trabajo para los campesinos y unas rentas para usted.

—Si no le he entendido mal, pierdo la propiedad de las fincas.

—A no ser que quiera recomprárselas al Banco.

—Yo no tengo dinero para tanto. Soy un pobre marqués arruinado.

—Entonces, póngase en mis manos.

—No creo que me deje usted otra opción.
—¿De acuerdo, entonces?
—No, de acuerdo no. Yo soy un intelectual y no entiendo de negocios. ¿Quiere que le diga francamente lo que pienso de todo esto?
—Lo estoy esperando.
—Que es un robo con escalo.
—No pensará lo mismo cuando reciba las primeras liquidaciones.
—Ya me ha dicho Segovita que le quita usted la Banca.
—Yo no le quito nada. He venido a poner en marcha lo que estaba parado. Con beneficio para todos.
—Esto que me está usted haciendo ¿es lo que se llama una opa hostil?
El banquero sonríe.
—No, nada de eso. Usted no sabe lo que es una opa. Y lo de hostil le suena mal, claro. Pero yo no tengo ninguna hostilidad hacia usted.
—Si me quitan las fincas, me da igual que sea con hostilidad o con amor.
—No se las quitamos. Se las ponemos en rendimiento.
—Franco siempre me respetó las fincas.
—Yo también voy a respetárselas.
—¿Es usted socialista, joven?
—No, por Dios. Soy liberal y estuarmilleriano.
—Ah. Pero en todo caso me quita las fincas.
—Digamos que resuelvo lo de la vieja hipoteca. Hay que actualizarse, marqués.
—Un marqués no se actualiza, joven. Dejaría de ser marqués.
Luis Calasanz sonríe y fuma. Han llegado a la sobremesa.
Pasan del comedor al salón del bar. Guadalaviar pide whisky para pasar el trago y el banquero pide un café y agua perrier.
—¿Siempre toma café? ¿Sólo café? Yo creo que a usted el whisky le humanizaría un poco, pollo. A Luis Calasanz no le gusta que le llamen pollo, que es lo que le llamaban sus tías, pero se calla. Luego pregunta:
—¿Entonces, le va gustando la operación, marqués?
—Digamos que me parece un latrocinio, pero un latrocinio necesario.
—Tendrá usted que firmar algunos papeles, pero no hay prisa.
Guadalaviar anda muy distraído con su whisky y luego se dedica a saludar a los amigos de la Peña, que son todos y se le acercan. Calasanz comprende que el marqués le da por despedido.
Saluda, se levanta y se va. En el vestíbulo se para a leer el gran folio de mármol y oro, la lista ilustre de los caídos por Dios y por la Patria en la Cruzada. «Están parados en eso», se dice. «Ganaron una guerra para que no cambiase nada, pero yo voy a cambiarles, aunque no son más que leña mojada, no arden».
Y sale a la Gran vía, antes José Antonio.

TEJERO

EN LA PANTALLA DEL TELEVISOR, cuarto de los criados, aparece un guardia civil, en las Cortes, con una pistola en la mano. Los criados, que son los únicos que ven televisión en el palacio de San Marcial, han avisado a la señora, que tenía una cena:

—Señora, que parece que ha venido la revolución.

—¿De qué me hablas, Zósimo?

—Por la tele mayormente, señora.

Y el criado explica lo que ha visto, lo que están viendo. La duquesa y sus invitados corren a las áreas de servicio, donde los criados y doncellas se recatan y asustan. Retiran su cena, esconden algunos trapos, se arreglan el pelo, la cofia, se ponen el chaleco de rayas.

—Tranquilos, Zósimo, tranquilos, que estos señores os conocen y os estiman. Naturales, a vuestro aire.

El guardia civil Tejero ha conseguido meter en los cuartos del servicio a media aristocracia madrileña:

—Es el golpe de Estado que se venía anunciando— dice Fe Segovia, con un respiro de alivio.

—Mi tío el general creo que está entre los amotinados— anuncia la Portugal.

—Tus tíos vienen amotinándose desde el siglo diecinueve— la castiga Brígido.

—Al fin los militares, la columna vertebral de España, como decía el Caudillo— analiza Guadalaviar, que mentalmente suspende sus planes de irse a París, aunque ya no esté Cocteau, y mandar el dinero a Suiza.

En la pantalla, una filmación incompleta y casual, como luego se supo, se ven guardias civiles, políticos agachados y un poco ridículos, y se oyen frases sueltas, las manitas a la vista, esas manitas, a ver esas manitas, y suenan golpes que no se sabe si son disparos y ruidos que no se sabe si son quejidos. La San Marcial está cogida de la mano de su seminarista. Entre los invitados hay como una crispación esperanzada que se hace extensiva a los criados, tan identificados siempre con la grandeza de sus señores. Ligorita vuelve al comedor y aprovecha para robar algún tenedor de oro.

—La guardia civil ha vuelto a salvar España—dice la San Marcial, sin mucha coherencia histórica.

—Detrás está el ejército.

—Más vale.

(El profesor Juan Gualberto ve el golpe en el televisor de los seriales de su mujer y piensa que de un momento a otro van a venir a matarle.)

—De un momento a otro van a venir a matarme, Eulalia.

—Tienes que esconderte en seguida, Juan. ¿Quieres que llame a algún amigo?

—No, deja. Les espero aquí. A ver en qué para esto. Quiero que me cojan escribiendo. Si tarda un poco, aún puedo terminar este capítulo.

Joaquina Brindis, que daba una pequeña cena en su casa, reparte más vodka entre el personal y explica la situación, porque lo que no puede es estarse callada.

—Esto no es más que un pronunciamiento decimonónico. De un momento a otro entra el caballo de Pavía. Ese guardia no tiene ningún porvenir ante el mundo. Es un impresentable. La democracia está ya muy asentada en España. Enrique ayudó a traerla— añade como homenaje a su marido muerto, y como si eso fuese una garantía. Nat y Pedro Crisólogo, Crisólogo II, en la cocina de la San Marcial, guardan silencio, porque son más bien de izquierdas. Nat habla de pronto sin que se la escuche ni se la entienda:

—Oh la Espagne siempre toreros y civiles guardias matando estatuas y toros.

Y Crisólogo II:

—Ese guardia es ridículo y no puede aguantar la situación.

—Pero tiene una pistola.

Los criados callan y aprenden.

Rappell se abanica el calor que viene de la cocina y se atiene a su costumbre de no pronosticar la Historia cuando la Historia está ahí, sucediendo. A Raúl Ordóñez, conocido traficante de armas, le sale el hombre de izquierdas:

—Este asalto a la democracia no lo va a tolerar Europa, no lo va a tolerar el mundo.

Lidia ha llegado del brazo de Luis Calasanz.

Lidia Kipling, la Mora, que raramente es recibida en esta casa, guarda un silencio asiático y sabio. Fuma. En su celda de Carabanchel, Douglas Fairbanks, Crescencito, desea que triunfe la violencia y maten al marqués. Eugenio Beltrán, que ha venido acompañando a Fe, aunque ya sin esperanzas, piensa que el triunfo de ese guardia, al que llaman Tejero, puede devolverle su gloria de poeta falangista.

—La situación estaba muy deteriorada. Adolfo abdica en Calvo Sotelo. La democracia se pudre y el ejército nos salva. España son los episodios nacionales de Galdós y la historia siempre se repite.

Ante el análisis completo de Eugenio Beltrán, todos callan y Fe vuelve a admirarle un poco, qué hombre, qué cultura, lástima que sea un resentido y un cazadotes.

—Son las palabras más sensatas que he oído en toda la noche.

—Y las palabras de un intelectual.

Camilo Celis, el comunista de cifesa, guarda silencio hasta que no puede más:

—Cuando esto se vea en Europa, seremos la vergüenza del mundo.

—El mundo qué sabe de España.

—Los suecos confunden un tricornio con una montera de torero.

Mario Goretti, teólogo de la liberación, se ha traído un whisky de la cocina y dice con sencillez y casi dulzura:

—Si esto triunfa, llevaréis luto por mí, como decía aquel libro.

—Mientras estés en esta casa no te pasará nada— le coge una mano la San Marcial.

—Gracias, pero no puedo quedarme de caballero estable.

—Mario, por favor...

—Lo mío sólo sería una ejecución retardada. Lo que no llegó a hacer Franco lo puede hacer ese guardia.

Los criados, en un rincón, no acaban de saber quiénes son los buenos y los malos, y no comprenden por qué la duquesa invita rojos a sus cenas. Los rojos tampoco lo comprenden. Cristóbal Benito, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, pide un abanico y explica:

—Estoy con Mario. A los intelectuales nos va a ir mal a partir de ahora.

—¿Y por qué a los intelectuales?

—Para la guardia civil somos como los gitanos.

Los criados ríen la salida. Don Buenaventura, el que fuera último alcalde franquista, enciende un gran puro y pide coñac a la inmediata cocina. Don Buenaventura se ve otra vez de alcalde de Madrid.

—Esto tenía que pasar— dice.

—Había mucho runrún.

—Es que lo que no puede ser no puede ser.

—La democracia es un extranjerismo que nunca cuaja en España.

—En España, lo que cuaja siempre es la alcaldada— dice el actor con rudeza.

—Ya sabemos que usted es comunista, Camilo. Yo le admiro mucho en la pantalla, pero no comparto sus ideas. Y ahí tiene a su jefe, Santiago Carrillo, ante la pistola de un guardia civil.

—Es el único que ha permanecido sentado, mientras los otros están debajo del escaño.

—El valor nadie se lo niega, pero no va a sovietizar España otra vez.

—Y a todo esto ¿a qué día estamos hoy?— interrumpe la duquesa, con su heredado instinto social.

—A veintitrés de febrero.

En la pantalla, la situación parece estacionada, congelada. El guardia repite sus amenazas. Se espera a alguien, pero no llega nadie. La San Marcial dispone chocolate, bebidas y algo de picar entre sus invitados:

—Se han quedado ustedes a media cena, discúlpenme. De aquí no sale nadie hasta mediodía. Dios sabe lo que anda por ahí.

—Usted no es la que ha tomado el Parlamento, duquesa.

Algunos salen a hacer llamadas telefónicas y vuelven sin noticias, o con noticias confusas:

—Que Milans del Bosch se ha sublevado en Valencia.

—Que el rey está haciendo gestiones con las capitanías generales.

—Que Armada está negociando con los rebeldes.

De madrugada sale el rey, vestido de rey, cansado y grave, y dice que el golpe ha sido dominado y que España vuelve a estar en paz. Los invitados de la San Marcial agonizan entre la decepción y el sueño. Desayunan más chocolate.

—Lo siento por tu tío el del siglo diecinueve, Isa— le dice Brígido a la Portugal.

Y se besan delante de todos, se besan en la boca con sabiduría, aplicación, costumbre y callado amor. Como en el happy end de las películas.

La Dacha, septiembre, 1992.



FRANCISCO UMBRAL. Seudónimo de Francisco Pérez Martínez (Madrid, 1932-Madrid, 2007), periodista y escritor español. Desde muy joven vivió en Valladolid, junto con Madrid una de las ciudades claves en su literatura, pues fue allí donde se inició como periodista bajo el magisterio de Miguel Delibes. Enviado en 1961 a Madrid en calidad de corresponsal, se convierte en unos años en un cronista de prestigio por la originalidad de su enfoque periodístico y por la sensibilidad de su mirada sobre lo cotidiano, que concilia la precisión no exenta de inventiva y un mordiente sentido del humor a menudo abrumado de amargura. Ya periodista y escritor de éxito, colabora con los periódicos y revistas más variados e influyentes en la vida española.

De su ingente producción literaria destacan: *Memorias de un niño de derechas* (1972), *Las ninfas* (Premio Nadal, 1975), *Mortal y rosa* (1975), *La noche que llegué al café Gijón* (1977), *Trilogía de Madrid* (1984) y *Leyenda del César Visionario* (Premio de la Crítica, 1992). Este último título adquiriría carácter inaugural de una serie de obras que, a semejanza de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, abordan algunos de los principales acontecimientos de la historia y la política contemporáneas españolas. En 1996 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, en el año 2000 el Premio Cervantes y en el año 2003 el Premio de Periodismo Mesonero Romanos.

Notas

- Ⓜ Así escrito en el original [Nota del escaneador]. <<
- Ⓜ La frase está así escrita en el original [Nota del escaneador]. <<